

Doctor Esperanto



Novela biográfica sobre
Luis Lázaró Zamenhof
por:
María Ziółkowska

Doctor Esperanto

Novela biográfica sobre Luis Lázaro Zamenhof

por:

María Ziółkowska

Publicada originalmente en polaco
en agosto de 1959

Traducción del Esperanto al español
por Jesús Nájera Castaneira,
a partir de la traducción polaco → Esperanto de Isaj Dratwer

La presente edición fue corregida,
rediseñada topográficamente y
complementada con ilustraciones seleccionadas
por Luis Guillermo Restrepo Rivas.

Medellín (Colombia) abril-mayo de 2008

La primera edición de este texto en español fue publicada, impresa en papel,
en 1975 por Juventud Mexicana Esperantista, con el título: *Doktor Esperanto*.

1

En la calle Zielona

Al caer de la tarde del 15 de diciembre del año de 1859, en el hogar del matrimonio Zamenhof, Rosalía, la joven esposa de Marcos, dio a luz un niño.

Las parlanchinas comadres del vecindario, reunidas en torno al lecho de la feliz parturienta, no auguraban un brillante horóscopo al debilucho, casi endeble, recién nacido.

Marcos Zamenhof, de 22 años de edad, profesor de escuela elemental en la localidad, y su esposa, dos años menor que él, no dieron la menor importancia a los ominosos presagios de sus indiscretas vecinas.

Esto sucedía en Bialystok, pequeña ciudad tendida en la proximidad del límite nororiental del Reino Polaco, donde Warszawska, Lipowa, Niemiecka, Wasilkowska, Klejndorf, algunas de sus calles antañonas, sus bazares y el reloj de la vieja torre al flanco de la plazoleta central; ofrecían un aspecto discretamente encantador.

Pero las calles nuevas —¡guárdenos Dios!— eran vericuetos sinuosos, estrechos y pestilentes.

Las barracas de madera, —fungiendo como improvisados talleres de modestos menestrales, cada vez en mayor número— construidas sin planificación alguna, reflejaban sus desmedradas siluetas en los fangosos charcos de las calles.



Motejado despectivamente ‘atarjea’, el riachuelo Biala había formado en medio de la ciudad una laguna de considerables proporciones, de la que emanaba un hedor insoportable, pues sus precarios y lentos canales de desagüe, estaban permanentemente cubiertos por densa y vaporosa capa de basura de las fábricas, y los desechos de la urbe.

A pesar del intenso trabajo artesanal de tejedores de lana, curtidores de pieles, forjadores de hierro y modestas herramientas de trabajo; el pueblo vivía muy pobremente, en condiciones casi primitivas.

La ciudad era fea y era triste en ella el paso de la vida.

Los 30,000 pobladores de la región consistían en 3,000 polacos, 4,000 rusos y bielorrusos, 5,000 germanos y 18,000 hebreos. Así las violentas fricciones de los temperamentales moradores eran, sin duda, difícilmente conciliables.

Los antagonismos, atribuidos a causa de las diferencias de nacionalidad y raza, provocaban frecuentes diputas que agravaban, todavía más, las precarias condiciones de vida de los bialystokanos.

Aún es imposible creer que el Zar Alejandro I, en algún tiempo durante sus viajes, atravesando Bialystok, tuviera el gusto de elegirlo como su residencia veraniega; y, ciertamente, el Palacio allí construido, ornado de imponentes y fastuosos jardines, mereció para Bialystok el nombre de “El Versalles Polaco”. La sucia urbe quedó al margen, sólo ya como residencia de la plebe.

La pequeña casa de los Zamenhof, construida de madera pintada de color verde, estaba ubicada en la esquina que forman las calles Zielona y Biala. Tenía un estrecho corral de tierra suelta, cercado apenas para marcar su límite con los predios vecinos.

El único ornato del poco agradable conjunto era un moteado arce, que todos los años deshojaban prematuramente las voraces orugas. Le llamaban ‘el arce del perro’, por los desahogos fisiológicos de la callejera jauría sobre su tronco leñoso.



En esa casucha transcurrió la infancia del joven a quien dieron el nombre de Lázaró (en ruso: Лазарь, en polaco: Łazarz). Pero, no obstante las inquietudes y dificultades del tiempo, y de hechos violentos como la rebelión de enero, no fue la suya una triste infancia.

A decir verdad, nadie pudo advertir anticipadamente en Lázaró, signo alguno de hombre notable, como lo presintió su madre desde el día de su nacimiento. Y, no obstante sus capacidades para expresarse en polaco, hebreo, ruso, bielorruso y alemán —lenguas que a los cinco años de edad ya le eran familiares— no le merecieron ser considerado, en su Bialystok natal, como un niño admirable. Allí, el conocimiento de lenguas extranjeras, en escala proporcional a las necesidades cotidianas, era algo natural, aunque ciertamente, no en los niños, aun cuando vivieran en un medio de tal diversidad lingüística.

Rosalía opinaba que su hijo poseía excepcional aptitud para la comprensión de idiomas y, en verdad, Lázaró superaba considerablemente a sus circunvecinos en el conocimiento de lenguas extranjeras, y disfrutaba un particular deleite al charlar en ellas.

Los adultos hablaban exclusivamente en su lengua materna. Suponían que el uso de otro idioma era testimonio de falta de orgullo patrio y de capitulación ante otras nacionalidades radicadas en la misma urbe.

Sin embargo, el trato social obligaba al uso de diversas lenguas: la polaca era la lengua de la intelectualidad; en el campo fabril y artesanal regía la germana; en los barrios comerciales, la judía; los provincianos, viniendo de compras a los bazares ciudadanos hablaban preferentemente la bielorrusa; y la rusa era la lengua oficial de la localidad.

Luisito pronto fue desplazado del pedestal propio de hijo único, por el rápido crecimiento de la prole Zamenhof.

En el año 1860 vino al mundo su primera hermana, Sara; dos años después la segunda, Fania, y nuevamente, tras otros dos años, Augusta;

finalmente, en 1868, su primer hermano. Esta, casi imprevistamente llegada progenie, absorbió por completo la atención de los padres.

Lázaro, el ‘grande e inteligente muchacho’, dejado ya a su autosuficiencia, eligió como pasatiempo favorito —con poco agrado de sus padres— deambular entre la tumultuosa e inquieta concurrencia de la Plaza de los Bazares. Aquello era más interesante que el corral de la casa paterna cuyo único atractivo era el maloliente y mutilado árbol, al que eventualmente trepaba la muchachada, siendo rápidamente desalojada por el anciano vigilante, que para ello se auxiliaba de su viejo cinturón o esgrimía amenazante un palo de escoba.

Toda bullicio, abigarrados contrastes de gente y mercaderías, pregones y regateos en voces altisonantes o indefinibles, tal era la Plaza de los Bazares.

Entre barraca y barraca se aglomeraban revendedores y comerciantes, compradores o simples curiosos, hasta invadir la calle entera. Chiquillos bromistas, desmedrados pordioseros astrosos, y las grises túnicas de los provincianos, o sus jubones típicos de pieles de cabra, se confundían entre los pintorescos atuendos de las damas ciudadinas y los flamantes uniformes de oficinistas y soldados rusos.

El sol en su apogeo hacía resaltar la púrpura de los galones, las blancas hebillas, las doradas águilas de símbolo jerárquico y el brillo de las plateadas charreteras.

Al borde del arroyo se amontonaban canastos con frutas y legumbres, huevos, quesos de variados gustos, carnes y embutidos, y en cubetas y palanganas se exhibían diversas especies de pescados. Las vendedoras eran señoras gordas de aspecto campirano, y esbeltas provincianas de la Rusia Blanca, tocadas con vaporosas chalinas y largas faldas multicolores.

Un viejo ofrecía artísticas cajitas de madera laqueada, cucharones, y unas pequeñas y armoniosas flautas de su propia factura. Los hebreos, de largas barbas y túnicas oscuras, alababan en alta voz sus mercaderías: vestidos, botines, peinetas, lazos y cordones, la más variada y completa bisutería, botones y utensilios de costura, cacharros de todo tipo.

Entre el tumulto surgía de vez en cuando la voz ronca y salmodiosa de un viejo mendigo que cantaba *Rozluce*, monótona y conmovedora elegía de la época.

Aquella babel sonora de tartajosos, ríspidos o eufónicos matices, era, para Lázaro toda color y melodía: él conocía el significado de vocablos y expresiones, los comparaba y catalogaba idóneamente, conforme a sus características particulares.

Aquí, más que en ningún otro lugar, Lázaro comenzó a conocer los conflictos humanos, originados por la diversidad de razas y nacionalidades.

La diferencia de lenguas obligaba a los hombres a comunicarse de muy especial manera: a veces, —al no conocer la palabra adecuada— como en el proverbio de *El Lechón y el Ganso*: recurriendo a mímica y gesticulaciones que resultaban cómicas o ridículas y que, al ser ineficaces, con frecuencia hacían terminar en violentos insultos los tratos o las conversaciones.

Muy a menudo, la sola diferencia racial ocasionaba verdaderas batallas verbales abundantes en epítetos, como: ‘judío tiñoso’, ‘cerdo polaco’, ‘ruso hociudo’, ‘lituano bestia’. Estas ditirámicas injurias, lanzadas a grito abierto en diferentes lenguas, no pertenecían, sin duda, a las más inamistosas e insultantes.

Los hebreos eran aquí la gente más humillada. Vivían en una atmósfera de franca antipatía, que ningún grupo nacional se esforzara siquiera en escatimar. Recíprocamente, ellos rechazaban toda íntima relación con gente de otros pueblos.

Esta persistente animadversión fue siempre, para Lázaro, profundamente dolorosa.

Como es sabido, Bialystok, aunque es una ciudad polaca, estaba en ese tiempo dentro de la órbita del Imperio Ruso. Y entre la población bialystokana se encontraban muchos hebreos emigrados de distintas regiones del Imperio.



Marcos Zamenhof y su esposa Rosalía, en 1878

El padre de Lázaro, de ascendencia polaca y nacido en el villorrio de Tikocina, fijó allí su residencia, por ser muy de su agrado la cultura rusa, tanto, que en ese mismo espíritu educó a todos sus hijos. Esto se deduce

del contenido de un párrafo de la carta que Lázaro envió al francés Alfred Michaux el 21 de febrero de 1905:

... amo mucho este idioma en el cual fui educado. Con gran placer estudié la lengua rusa y fue un sueño para mí, llegar a ser un gran poeta ruso...

Pero esa predilección no duró mucho. Más adelante, en la misma carta se lee:

... pronto me convencí que mi amor se pagaba con odio. Que los exclusivistas amos de este país y de esta lengua, son hombres que sólo ven en mí a un extranjero sin derecho alguno... todos odian, subestiman y oprimen a mis hermanos.

Esta carta contenía —entre otras que describían las relaciones de los bialystokanos de ese tiempo— una frase que revelaba la singular sensibilidad del futuro ideólogo de la fraternidad humana:

... todas las diferentes razas habitantes de nuestra ciudad sufren recíprocas persecuciones y se odian entre sí.

La lectura era para Lázaro una pasión habitual. Alguna vez, hojeando la Biblia —libro muy respetable para él— encontró casi al azar estas admirables palabras:

Sobre la tierra había una sola lengua y una sola manera de hablar. Y cuando ellos partieron del oriente encontraron un valle en la región de Shinar, y allí vivieron. Y se dijeron unos a los otros: Venid, hagamos ladrillos de barro y pongámoslos al fuego. Y así el barro para ellos se hizo piedra. Y del betún hicieron cal. Y ellos dijeron: Venid, construyamos una ciudad y una torre cuya cima alcance el cielo, y así tendremos la gloria, antes que dispersarnos por toda la superficie de la tierra.

Y El Eterno se inclinó para ver la ciudad y la torre que sus criaturas construían. Y El Eterno dijo: He aquí un solo pueblo, en el que una sola lengua es para todos. ¡Y he aquí lo que ellos hacen!... ¡Y ellos no están desamparados en todo lo que desear hacer!... Inclinémoslos pues, y confundamos sus lenguas, para que uno no comprenda el habla de los otros. Y así El Eterno los dispersó por todos los confines de la Tierra, y cesó la construcción de la ciudad y de la torre. Y se le dio al lugar el nombre de Babel, porque allí El Eterno confundió la lengua de todos los hombres.

El Dios bondadoso, cuya nobleza hasta ahora nada hubiera quebrantado, en el sentir del muchacho, súbitamente se convirtió en algo demasiado severo para ser amado. Esa lectura impresionó profundamente al joven.

En la misma ya citada carta a A. Michaux, el escritor hace mención de una tragedia en cinco actos, obra teatral escrita por él a la edad de diez años; Torre de Babel fue su tema, pero no ubicó los hechos en la región de Shinar, prefirió el escenario de la bialystokana Plaza de los Bazares, haciendo de comparsas ‘constructores’ a los siempre enemistados moradores de la misma.

¡Ingenua actualización del acontecimiento histórico! Y todavía más ingenuas metáforas y símbolos plenos de infantil sensibilidad, fueron ilustrados por la excitada vehemencia del muchacho.

Posiblemente fue entonces cuando en el inadvertido jovencuelo se gestó el pensamiento, la idea que posteriormente incorporó al Doctor Esperanto entre los grandes hombres del mundo.

Veintiséis años más tarde, Lázaro Zamenhof habría de escribir a Nikolai Afrikanovich Borovko, presidente del primer grupo esperantista en Rusia:

La idea, a cuya realización yo dedicaría toda mi vida, apareció en mí desde la más temprana infancia.

La madre se sintió feliz por la obra de su hijo, y su anhelo inmediato fue hacer de él un dramaturgo. Su padre aprobó la idea con entusiasmo y, a instancias de ambos, durante largos meses Lázaro practicaba rimas y locuciones en las lenguas polaca y rusa.

Muy pronto, aquella inclinación cedió su lugar a la verdadera pasión que nunca más habría de abandonarlo: sustraer a los miserables hombres, de la “maldición divina” que los condenó a la confusión y al aislamiento; aun cuando esto le significara los más ímprobos esfuerzos. La idealidad fue muy grande, sus posibilidades casi nulas.

En el futuro, Lázaro relataría así sus impresiones de ese tiempo:

... Este lugar de mi nacimiento y de mis años infantiles, marcó la dirección de todos mis futuros propósitos. La población de Bialystok —como se ha dicho antes— consistía de... rusos, polacos, germanos y hebreos, todos enemistados entre sí. Un temperamento de naturaleza impresionable percibe allí, más que en ningún otro lugar, la desgracia del separatismo por la incomprensión y pronto se convence de que, si no la única, sí la principal causa de tal infelicidad es la diversidad de lenguas, que disgrega a la familia humana... Se me educó como idealista, se me enseñó que todos los hombres somos hermanos... Pero, mientras, en la calle y en los campos, todo a cada paso, me hizo sentir que hombres no existen; que solamente existen rusos, germanos, polacos, hebreos y muchas razas más. Esto fue siempre un tormento para mi ánimo infantil, dolor del cual muchos se sonreían de buena gana. Me parecía entonces que los adultos poseían una fuerza superior, y me repetía a mí mismo que, cuando llegara a adulto, yo podría desterrar este mal de la humanidad...

Bajo la influencia que en su ánimo produjo aquella colérica condena de la Divinidad, Lázaro comenzó su tarea en forma por demás ingenua y elemental: mezclando lenguas, intercambiando expresiones, buscando un resultado.

En esto no era el único: muchos niños hacían lo mismo, aunque ciertamente en ellos los móviles y las finalidades no tuvieron con aquel ninguna semejanza.

Estudió otras lenguas extrañas en las que, en poco tiempo, se expresaba con tanta o mayor fluidez que sus maestros.

En aquellos juegos de palabras en los cuales, entre las sílabas de una palabra, se interponía, por ejemplo: “la” o “de”, u otras sílabas; resultando nuevas expresiones rimbombantes como: “la-da-la-me la-un la-cua-la-

der-la-no” (dame un cuaderno) o, “de-yo de-re-de-ci-de-bí de-la de-mi-de-tad” (yo recibí la mitad), etc. Él, como adepto de este entretenido arte, se esforzaba por superar en destreza e invenciones a todos los concursantes y eran muchos los triunfos que así obtenía.

Encontró otro modo de enreversar palabras, por ejemplo, la palabra “pantufla” la hacía sonar “tuflapan”, “flapantu”; “buenos días”, “nosbueasdi”, etc. De esta simple manera construía frases que recitaba con soltura, aun rimándolas admirablemente.

En los otros niños esta manía se disipaba en poco tiempo, pero en Lázaro persistió hasta convertirse en el preludio de una nueva lengua.

Tanto tiempo y esfuerzo dedicó a estos juegos de palabras, que si tales empeños los hubiera dedicado a los estudios escolares, podría haber terminado estos en mucho menos tiempo del que habitualmente requerían.

Cuando estaba solo, por largo tiempo murmuraba sonidos en una jerga confusa y extraña, anotaba en gruesos cuadernos signos y fórmulas con los que después colmaba la paciencia de sus ‘colegas’, o de los adultos que se atrevían a escucharlo.

Verdaderas mártires, a causa de esta manía, fueron sus hermanas. Sara, la mayor, la que más cariño sentía por su hermanito, era quien pacientemente escuchaba sus interminables chapurreos. Las más jóvenes, Fania y Augusta, sometidas también —más a fuerza que por ganas— a la misma prueba, pronto se cansaban del extraño juego y le mandaban con la música a otra parte. Félix estaba a salvo: era apenas un desaprensivo lactante.

A pesar del general menosprecio por su afición, él persistía en ella, tomándola como su principal, seria y sistemática labor. Y esto continuó aun cuando al iniciar el bachillerato, las tareas escolares crecieron en número e importancia.

El padre no percibía la razón de este obstinado y noble interés y, consecuentemente, la manía de su hijo se le hizo intolerable; tanto más, el pensaba, era una manera tonta de entorpecer sus estudios formales. Esta última consideración le llevó al extremo de amonestar severamente al muchacho.

Lázaro al poco tiempo enfermó, y durante un año se vio obligado a interrumpir su asistencia a la escuela. Esto hizo ceder un poco la actitud rigurosa de Marcos, hacia las extrañas tendencias de su hijo.

Al paso de los días, la tal inclinación iba definiéndose mejor: ahora ya en la concreta aspiración de crear una lengua universal.

Esta modalidad de la idea causó gran alboroto en los amigos de la familia Zamenhof.

Augusto Orzechowski, el viejo y honorable señor —como en el vecindario se le conocía— y Pinagel —su polo opuesto— comerciante y propietario de una fábrica textil, conocido como un verdadero tiburón de las finanzas bialystokanas, sólo un ápice menor a Commichau, el más

grande industrial de la región; ambos se interesaron apasionadamente por la idea de la lengua universal, a la moda en el siglo XIX. Naturalmente, cada uno a su manera: Pinagel con su punto de vista mercantil, Orzechowski con una apreciación más o menos científica.

Mucho sabía este sobre la investigación y experimentos en esa materia. Conocía la leyenda que relata cómo, en el siglo VII antes de Cristo, el profeta Cefanías predijo —conforme al sueño de los hombres de la época— la aparición de una lengua universal, que aliviaría las consecuencias de la “maldición divina” lanzada contra los constructores de la Torre de Babel. Él oyó a cerca de Galeno de Pérgamo, el famoso médico griego, quien, en el siglo II a. de C., creó un sistema de prueba basado en cifras numéricas, para la intercomprensión de hombres de diferentes lenguas. Leyó también un relato a cerca de Hildegardis de Bingen, monja del siglo XII, que a su vez elaboró un proyecto de lengua: “Lingua Ignota”.

El siglo XVI aportó un ensayo —recurso de tal carácter— llamado “Balaibalam”, creación del sheik árabe Mohyieddin . En el siglo XVII, el gran científico alemán Gottfried W. Leibniz, elaboró una pasigrafía, sobre la cual explicaba: “... es el arte de intercomprenderse por signos escritos de simbología universal”. Y no le eran extraños a Orzechowski, los nombres de lingüistas del siglo XVIII, ensayistas de una lengua común con base en sonidos, cifras, simbologías escritas, etc., entre los que estaban Ch. Bergier, Delormel, De Maimeaux, Sicard y muchos otros.

— *El sistema de Näther —con ademán sentencioso decía Orzechowski parangonando— es solamente un embrión “panlingvae”, un bebé políglota...*

— *¡Tú siempre con tus “lenguas universales”!... —refunfuñaba Marcos Zamenhof— ¡Claro está. En nuestra sociedad cosmopolita siempre lo mismo! Pero si eres un verdadero experto, no debes olvidar que Näther no fue el comienzo. Él publicó su especie de estenografía en el año de 1805, y no antes...*

— *Yo sé. Yo sé todavía de más de un centenar de esos intentos. Pero no me retraigo a ese oscuro pasado solamente, puesto que los nuevos intentos son mucho más interesantes. Tomemos por ejemplo la “Gablenzografía”, o “Sol-re-sol” de Sudré, que exigía solamente la capacidad de oír y el conocimiento de notas musicales...*

— *¡Poca cosa, si! ¡Sólo un poco de fino oído musical, voz armoniosa y buenos conocimientos de solfeo!... Pero, ¿cómo te imaginas introducir esas patrañas entre lenguas de potencias como Francia, Inglaterra, Alemania o Italia, que son casi universales? ¡Bah!*

— *Es que tú, ni tienes voluntad de escucharme hasta que termine. Mira, tomemos por ejemplo lo que hizo Moisés Paic...*

En ese momento Pinagel irrumpió bruscamente en la sala, y casi desde el umbral exclamó eufórico:

— *¡Señores! ¡Ahora voy a hacer muchísimo dinero! ¡Ya existe una lengua universal, lo leí! Un tal Paic, de Semlin, descubrió un recurso para*

entenderse por medio de cifras. No sé con precisión en qué consiste la cosa, pero presiento que es algo genial...

— Y ¿de dónde o de qué, ese “mucho dinero”? —preguntó con sorna Marcos Zamenhof.

— ¿Cómo “de dónde”? ¡de aquí! —Pinagel palmeó su frente— *Si Paic inventó cifras, entonces yo puedo combinar otros signos: círculos, rombos, cuadrados ... etc. Y justamente por esto vendrá el dinero, señor Zamenhof, ¡Que pague la Academia Danesa de Ciencias!*

Marcos soltó una risa estrepitosa. Pero Orzechowski dijo, con su típica indulgencia:

— *Yo supongo a qué se refiere nuestro estimado señor. Pero al parecer, eso es muy antiguo, hace mucho que pertenece a la historia. Dinamarca, en efecto, ofreció un gran premio al descubrimiento de una eficaz y práctica pasigrafía; pero eso fue en el año de 1811.*

Seguramente nuestro respetable señor todavía no había venido al mundo en ese entonces. Por otra parte, yo nunca oí que alguien recibiera aquel premio. Así que, pruebe usted, yo le deseo mucho éxito.

Casi consternado, Lázaro escuchaba aquella plática de los señores. Se presentaban tantos y tan diversos puntos de vista sobre el problema que...

Sin embargo, día tras día se abismaba más en sus cavilaciones. En ellas homenajeaba mentalmente los nombres de verdaderos o supuestos creadores de formas o sistemas idiomáticos, y los admiraba aún más que a los bíblicos profetas. —*Cuando sea grande descubriré una lengua común, e invitaré a todos los pueblos a usarla en su beneficio.*

Pero para la realización de esos sueños idealistas —según más tarde escribiera— no existían planes concretos. Decía sobre su idea: —*algo impreciso, vago, me impulsaba hacia ella...*

Igual que todos los chicos en esa edad, tenía ilusiones sobre su futuro, y en ellas se veía a sí mismo como creador de La Lengua Universal. Si algunos lauros soñó obtener, los deseaba precisamente en ese campo, a pesar de que su padre eligió para él, desde muy niño, la profesión de médico.

En el año de 1870, sobrevino a la familia Zamenhof una pena muy dolorosa: murió la enfermiza y delicada Sara. Lázaro sintió profundamente esta desgracia y, aun cuando en el año siguiente la pérdida se vio compensada con un nuevo hijo en la familia, Henrico —que él supuso el último—, Luisito no pudo olvidar a su amada hermana, su confidente, su amiga...

Después, cuando trabajaba en su proyecto para beneficio de la humanidad, ella aparecía ante sus ojos muy semejante a su madre, tanto en la faz como en el carácter... Y ahora, para honrar la memoria de su camarada y condiscípula, más asidua y ardientemente ejecutaba su trabajo.

Por entonces, el padre comenzó a pensar en establecerse en Varsovia. Y al mismo tiempo, insistentemente repetía a su hijo:

— *¡Estudia, deja ya ese juego, esas fantasías!... El nivel escolar en Varsovia es más elevado y las exigencias más severas... Tú dedicas mucho tiempo a insensateces. Ocúpate de la harina con la que haz de amasar tu pan. El hombre tiene muy poco tiempo en la vida para permitirse ociosos entretenimientos...*

Padre e hijo nunca pudieron entenderse.

2

Nuevo Latín

Cuando la verduzca casita, hogar del matrimonio Zamenhof, se llenó de niños, los ingresos monetarios de Marcos fueron insuficientes para sostener la vida de la familia. Recientemente había aceptado el empleo de profesor de geografía y lenguas extranjeras, en la principal escuela de la ciudad. Aún así, no todas las necesidades materiales podían quedar satisfechas.

Y en el verano de 1873, Marcos tomó la decisión de trasladarse a Varsovia.

Para Lázaro, la salida de Bialystok, naturalmente, fue algo muy penoso.

Al decirle adiós a aquel, su pueblo natal, todas las cosas de allí tomaban ya el valor de añorados recuerdos: los angostos y largos solares entre viejas casuchas, sus calles de barrio pobre, la laguna en el centro de la ciudad, bordeada por inclinados sauces... el maloliente Biala, el viejo reloj y su torre en la Plaza de los Bazares, las “imponentes” edificaciones de la vieja Klejndorf...

Lloró junto con sus hermanas y su madre.

Sólo el padre amonestaba sordamente:

— *¡Bah! ¿Por qué esos tontos lloriqueos?... Si nos vamos es para mejorar. ¡Y ustedes lamentan dejar esta miseria!...*

Antes de la partida, el simpático Orzechowski los colmó de atenciones. Los despedía como a miembros de su propia familia. Y, abrazando tiernamente al lloroso muchacho, le dijo:

— *¡Hijo mío!... Todavía tenemos mucho que discutir a cerca de nuestra gran idea...*

Marcos, aunque algo conmovido por la sincera ternura de Orzechowski hacia su hijo, no pudo contener su impaciencia:

— *¡Por favor señor! ¡No trastorne más la cabeza del muchacho con esos sueños bialystokanos!*

Varsovia, la ciudad de reciedumbre y gusto medieval, con su creciente población, tanto de gente asalariada, como de industriales, comerciantes y banqueros; era un poderoso atractivo al que emigraba la gente que quería procurarse una mejor forma de vivir.

Aun aquellos impreparados, que en otro lugar no hubieran podido siquiera subsistir, aquí lograban sostenerse, gracias a las misteriosas leyes de la vida.

Marcos Zamenhof recibió un puesto en el Instituto de Veterinaria, y otro en la Real Escuela Superior, como profesor de las mismas asignaturas que impartiera en Bialystok. Alquiló una casa en la calle Nowolipie, número 28, instaló a su familia y, para aumentar un poco sus ingresos, una parte del inmueble la dispuso como pensión para estudiantes de provincia; cosa muy común entonces entre el profesorado.

Los ingresos obtenidos de la pensión y los empleos eran ya suficientes para la subsistencia de la familia; pero no para las exigencias del ambicioso bialystokano, así que, cuando se presentó la oportunidad de desempeñar el empleo de censor, no tuvo el menor escrúpulo en aceptarlo.

Varsovia pronto absorbió al joven Lázaro, imponiéndole así el olvido de Bialystok. Rápidamente se acostumbró al ruidoso e inquieto ritmo de esa vida y también a su nueva casa que, en comparación con la anterior, le parecía un palacio.

En sus paseos por la ciudad, que presentaba para él encantadores atractivos, se hacía acompañar de sus hermanas Fania y Augusta, y discurrían felices por las calles, llevando de la mano a Félix, ahora ya un simpático e inquieto chiquillo de cinco años.

De los edificios públicos, el más interesante para Lázaro fue el de la Escuela Superior, próximo a la calle Nowolipie. Para su ingreso en ella, había preparado sus exámenes arduamente, y ahora, de vez en cuando, furtivo y receloso espiaba a través de los grandes ventanales, tratando de adivinar cuál de todos ellos correspondería al de su salón de clases.

Severos bedeles guardaban el orden y las puertas de acceso al plantel, Lázaro advertía que su curiosidad no les era agradable. Por fin le echaron de allí sin miramiento, al querer imponerse para penetrar en el misterioso, casi sagrado, recinto.

Entonces era muy difícil ser admitido en un centro de estudios superiores; tanto más que aún no se aplicaban, en los planes escolares, sistemas paralelos al bachillerato y el número de postulantes cada año era mayor. Entre los examinados, sólo uno de cada tres podía esperar ser aceptado.

Pero no era sólo la escasez de plazas la dificultad para inscribir a un niño en el bachillerato. El más grave obstáculo era la corrupción, extendida entonces en todo el ámbito del Imperio Ruso. "*Si tu no engrasas, tu no pasas*": este principio generalizado cerró a muchos las puertas de la ciencia.

Tal estado de cosas inquietaba sobremanera a Marcos Zamenhof. Hoy su familia no padecía miseria, pero el no podía admitir la idea de descender al plano humillante del soborno. Decidió que su hijo sustentara y cumpliera en toda su rigidez, los exámenes necesarios.

Hasta donde él podía, ayudaba al joven en los estudios; le impuso además la tarea de aprender las lenguas griega y latina, cosa en que, de por sí, el muchacho mostraba muy grande interés.

Su preparación para los exámenes, según el temor natural de Marcos, rayaba casi en la pedantería.

Cinco meses duró esa disciplina, y gracias a ella, Lázaro consolidó sus conocimientos de lenguas antiguas y modernas. El polaco, el ruso y el alemán, los hablaba perfectamente; el francés, más o menos bien; el latín y el griego, en el nivel normal de un muchacho de catorce años con particular aptitud en la materia.

Esperado con impaciencia, llegó por fin el día de los exámenes. Era de imaginarse la emoción y el nerviosismo del grupo de candidatos. Lázaro pasó satisfactoriamente la prueba, fue aceptado y pronto lo absorbió por completo su nueva vida de estudiante.

Era el año 1873. En ese tiempo, el sueño de Lázaro no había encontrado apoyo de alguna significativa autoridad sobre el tema, algo o alguien que le estimulara para proseguir en aquello que todos no pasaban de considerar “un simple pasatiempo”. La pérdida del valioso contacto con el señor Orzechowski, pudo muy bien ser sustituida por su padre, como lingüista que era. Pero ya se sabe que, precisamente, a este le encolerizaba la manía de su hijo, y que la rechazaba al suponerla un estorbo que podía comprometer seriamente su futuro.

Lázaro permanecía callado. No tenía valor para argumentar, algo siquiera, contra la drástica actitud de su padre... ¡su padre que mucho se esforzaba para el sostenimiento de toda la familia!

Pero tampoco tuvo la intención de abandonar la idea.

Después del primer año de estancia en Varsovia, comenzó a ligar en frases vocablos de diversas lenguas, manejándolas a manera de cifras matemáticas. Al presentar el juego a sus condiscípulos, estos lo festejaron jubilosamente. Era una novedad que rompía la rutina de las clases y con la cual se organizaron diversos entretenimientos. “Nuevo Latín”, llamaron los muchachos a dicho juego que por algún tiempo les procuró interesantes y divertidos momentos.

Después, mientras en sus condiscípulos aquella afición iba desapareciendo, en Lázaro —cuya intensa labor sobre el tema se prolongaría varios años— la experiencia tomaba el carácter de embrión de la futura lengua mundial.

Poco a poco la casa de los Zamenhof fue haciéndose hogar abierto a todo hombre pensante. Regía allí un ambiente de inquietud científica e intelectual, criterios con los que se abordaban muchos temas tan variados como interesantes. Los círculos de estudio formados, por los adultos de una parte, y con los amigos de Lázaro por la otra, de tiempo en tiempo se enfrascaban en animadas discusiones comunes.

Por esos días Marcos había editado un libro de texto de geografía en lengua rusa. Estaba muy orgulloso de su obra, tanto más por los

prolongados y elogiosos comentarios que sobre ella hicieron sus doctos allegados.

Lázaro, que había dejado atrás su Nuevo Latín, sustituyéndolo por algo más avanzado de su elaboración, en esas domésticas sesiones científicas refería con vehemencia el resultado de sus investigaciones, siempre temeroso de contrariar la manifiesta oposición de su padre. *Pero, — pensaba con resolución— siendo más grande yo podré, sin temor a nada, acabar este mal de la humanidad... Ya como persona mayor podré viajar a través del mundo y con ardientes discursos convenceré a los hombres de revivir alguna de las lenguas antiguas...* Sin embargo, rápidamente llegaba “a la firme conclusión” —como después escribió— “esto es imposible”, Y una vez más, la idea de la lengua artificial se posesionaba de su mente, al par que le invadían la duda, el temor, la inseguridad de realizar su sueño.

En el quinto grado escolar comenzó a estudiar la lengua inglesa. Este nuevo conocimiento tuvo particular influencia en su proyecto de lengua artificial.

Entre tanto, en el ambiente estudiantil —muy similar en ese tiempo, al de los grupos juveniles de cualquier escuela— se discutían, con desusado énfasis, supuestos planes para el mejoramiento del mundo. Las discusiones eran anárquicas, los antagonistas desgarraban en ellas sus mutuos argumentos, confundían las ideas...

Fue que, —como el proverbial “bastón en el hormiguero”— cayeron en manos de la juventud folletines en los cuales se enunciaba, reiteradamente, una sentencia poco menos que incomprensible para ellos: “Proletarios del mundo, ¡uníos!”. Unos la tildaban de ‘foco infeccioso’; otros considerábanla ‘aurora de la nueva vida’. Los más no percibían alguna trascendencia en su contenido.

Alejandro Waldenberg se caracterizaba como un fogoso polemista. Eran frecuentes los acalorados debates que sostenía con sus compañeros a cerca de los acontecimientos sobresalientes de la época; sin llegar nunca a estar de acuerdo.

En esa ocasión, irritado por el silencio en que Lázaro permanecía ante las violentas discusiones, le gritó:

— *¡Di algo, sordomudo!... ¡Algo, aunque sea en tu Nuevo Latín!...*

— *Su excelencia, el Barón de Nowolipie, medita.* —añadió Jentys, siempre festivo.

Lázaro aventuró su opinión tímidamente:

— *Si un proletario, por ejemplo, de Francia, se encuentra con otro proletario, digamos, polaco, ellos seguramente no podrán entenderse...*

— *¡Bah! Enséñales entonces la jerigonza de tu Nuevo Latín...*

Entre risas y sarcasmos cesó la discusión y el grupo se dispersó. Pero Waldenberg quedó al lado de Lázaro, diciendo:

— *Bromas son bromas... ¿Quieres decirme cómo van tus trabajos sobre la nueva lengua?*

Apresuradamente Lázaro sacó de un cajón un grueso legajo de emborronados papeles. Waldenberg los escudriñó con curiosidad creciente, quedando al fin sorprendido de la efectividad del proyecto.

— *¡El diablo te lleve!* —exclamó a manera de lisonja— *Tu tienes pasión y sabiduría... Parece un italianismo... ¿Cómo llegaste a esto? ¡Es mucho mejor que tu Nuevo Latín!...*

En adelante, ambos muchachos pasarían largas horas elucubrando fantasías a cerca del idioma. En breve tiempo, Waldenberg había aprendido todo el incipiente vocabulario, y la facilidad para expresarse en él, le hacía repetir:

— *¿Cómo es que llegaste a esto?*

— *Comencé desde muy niño. Constantemente hacía pruebas, ensayaba declinaciones, conjugaciones, etc. Pero las lenguas naturales, con las complicadas fórmulas de sus gramáticas, con sus vastos diccionarios, me parecían un mecanismo gigantesco. Muchas veces me dije: —¡Fuera estos sueños!... Este trabajo no está al alcance de las fuerzas de un hombre... Bueno, no obstante, siempre volvía a lo mismo.*

— *¿Por qué? ¿Para qué complicarse la vida?*

— *Una lengua universal ciertamente unificará a toda la humanidad. Creo que vale la pena el esfuerzo para lograr esa unión. Cuando termine los estudios universitarios, a esto dedicaré toda mi vida, tengo esperanza, ¡Creo que he de triunfar!*

Waldenberg miraba al debilucho colega con admiración. Con qué fortaleza y seriedad hablaba y decidía sobre tan importantes asuntos.

— *Los hombres sufren, la humanidad toda se atormenta* —continuaba Lázaro como para sí mismo— *¡Detesto tener sólo quince años! Desearía poder lucir ya esas barbas que tienen los que hoy se ríen de mis ideas o que ven indulgentemente mis esfuerzos... ¡Esto me desespera!...*

Pero se calmaba y proseguía:

— *La simplicidad de la gramática inglesa me abrió mucho los ojos, principalmente por el brusco cambio a ella, en relación con las gramáticas griega y latina. Observé entonces que, que las complicadas fórmulas gramaticales son una ceguera histórica, ocasional, no estrictamente necesarias al idioma. Y comencé a eliminar tales complicaciones. Las fórmulas ociosas se diluían en mis manos y obtuve la gramática más simplificada, sin el perjuicio de invalidar la lengua. Pero el gigantismo de los diccionarios no me dejaba tranquilo.*

Waldenberg nada decía, escuchaba absorto a su colega.

— *Ya no recuerdo cuándo, —pudo ser muy al principio— tomé conciencia de que una ‘lengua universal’ sólo podría serlo una ‘legua neutral’, que no sea propiedad particular de alguna de las naciones del mundo.*

Waldenberg quedaba plenamente convencido. En adelante sería un ferviente propagador de las ideas de su admirado amigo. Jentys se unió a los dos, y con su ayuda pronto reunieron un grupo de discípulos

interesados en la nueva y cada vez más avanzada obra de Lázaro. El grupo le dio a esta el nombre de “Lingvo Universala”.

A pesar de todo, estos resultados no dejaron satisfecho al autor. El reconocimiento por parte de sus amigos no le hacía perder el sentido crítico, y no quería aceptar esos lauros prematuros. La lengua era todavía difícil de aprender. La búsqueda del perfeccionamiento de la obra persistiría indefinidamente.

El grupo de adeptos se identificaba entre sí, repitiendo la consigna del ‘maestro’ —su colega—: “*Rómpanse las barreras de los pueblos*”. Y esa fue su divisa.

En las íntimas conversaciones del grupo, solamente se hablaba aquella especie de italianismo en que consistía el idioma, aunque se advirtieran en él incongruencias, desajustes, falta de vocablos que dieran precisión a las ideas, y muchas deficiencias más.

Estas charlas eran muy animadas, sin embargo, se veían obligados a callar el asunto ante la presencia del señor Marcos, quien de ninguna manera se podía convencer del valor de la obra y las ideas de su primogénito. Obviamente, por la misma causa, Lázaro rehuía siempre tratar este tema con su padre.

Un día, leyendo a Descartes, le sorprendió el siguiente párrafo:

La lengua artificial es posible y se puede hallar la ciencia que fundamente sus principios. Con el auxilio de tal lengua, un provinciano podría formar juicios sobre el sentido de diversos asuntos con más facilidad que como hoy lo hacen los filósofos...

La sangre se le agolpó en las sienes. Entró en la habitación de su padre, y con voz vibrante de emoción le dijo:

— *Papá, posiblemente también a Descartes le llamarás idiota. Por favor, lee.*

— *¿Quieres trampear a mi?* —contestó colérico el padre— *Descartes no es un mocoso quinceañero, ciertamente... Y qué tiene él en común con tus deficientes matemáticas?*

Esta inconsideración no menguaba en lo más mínimo la impresión estimulante, que las palabras del eminente filósofo produjeron en el ánimo de Lázaro.

Encerrado en su habitación, recitaba largas listas de nuevas palabras, hacía enmendaduras y anotaciones, ensayaba nuevas formas de expresión, borraba aquí, tachaba allá... pero hoy lo hacía invadido de excitante alegría.

Rosalía, de mucho tiempo atrás observaba a su hijo con intranquilidad. Temía que se volviera un maniático, o que quizá ya lo fuera. Finalmente

tomó la decisión de hablar con él. Esperó el momento en que estuvieron solos y comenzó diciéndole:

— *Destinas muchas horas a divagaciones en vez de trabajar. Pierdes mucho tiempo... disgustas a tu padre. Tu sabes lo exigente que es, tratándose del cumplimiento del deber.*

— *Mi trabajo no es una diversión. Yo creo una nueva lengua, un idioma que todavía no existe. Si llego a tener éxito, toda la humanidad podrá servirse de él, tal como dijo Descartes... y muchos otros.*

— *¡Pero niño! ¿Qué es lo que dices?... Te contagiaron las ideas de Orzechowski, que perdió toda su vida en ese extraño juego. ¡Dios te guarde de ser como él! Un idioma no puede crearlo un hombre en unos cuantos años, lo crea un pueblo durante muchos siglos...*

Una ilusión es bella en cuanto no se contraponga con el deber, porque entonces, es una irresponsable falta, una infelicidad.

Con seriedad y decisión de adulto, el jovenzuelo arguyó:

— *¡Yo no sueño! ¡Yo hago!* —Y mostró a su madre el grueso legajo con sus anotaciones— *¡Aquí está el resultado de mi trabajo!*

Sus ojos, habitualmente apacibles, brillaron con una extraña y dura expresión. —*¡No cederé nunca!* —afirmó.

— *¡Tu padre no habrá de tolerarlo!*

— *¡Aunque así sea!* —replicó dura y rotundamente.

Pero se sonrojó de vergüenza. Él no podía hablar así. Reflexionó un momento, y queriendo ser persuasivo, añadió después:

— *Mamá, siempre has dicho que Dios dispone para cada hombre una tarea que debe cumplir en la vida. Tal vez, posiblemente... en esta tarea que me he impuesto, cumpla yo el objetivo de mi vida.*

Lentamente, confusa, insegura, Rosalía se levantó del sillón.

Pensó que sería preferible convencer al joven con otros razonamientos, en vez de la severidad que, por otra parte, su cariño de madre no le permitía.

— *Tu eres sincero, leal contigo mismo. Será preferible que pienses mejor tu decisión. El profesor Hertz se lamentó de tu negligencia en el estudio de las matemáticas... En gran parte estoy de acuerdo con tu padre: los dos deseamos tenerte como un hijo inteligente.*

Lázaro abrazó y besó cariñosamente a su madre, y queriendo disipar sus dudas, expresó: —*No creo que sea de tontos el deseo de intentar seguir a René Descartes o a Charles Fourier.*

Tomó de sobre la mesa unos apuntes que comenzó a leer:

Todas las lenguas aportarán sus más valiosas raíces a la lengua de la unificación; que no es el primitivo contexto de la lengua francesa,

sino algo más rico y bello, digno de la sociedad humana, porque contiene en sí el genio de todos los pueblos.

— *Se quiere decir que esto, escrito por Charles Fourier, ¿nada significa respecto de hombres nobles e inteligentes que soñaron una lengua universal?*

Rosalía no encontró la respuesta. Los argumentos expuestos por su hijo la llevaron a recordar que ella también, en sus sueños, lo consideraba un ‘hombre notable’, y a su invención, algo así como una ‘chispa divina’; todo esto, por supuesto, fundado en la extraordinaria habilidad lingüística que poseía. Aun así, ella imaginaba la realización de tales aptitudes muy de otra manera: Veíalo asumiendo una función profesional de escritor o de maestro, por la cual su erudición fuera reconocida y apreciada en las altas esferas sociales, ámbito al cual su talento y sus méritos fácilmente le hicieran llegar. Pero, ¿creador de una lengua universal?... ¿Qué podría prometer tal cosa para el futuro? No. Ella no podía siquiera imaginarlo. *¿Quién sabe?* —conjeturaba dudosamente para sí— *Tal vez un cerebro poco común cree algo que a mi, mujer, simple ama de casa, no me es posible comprender...*

Pensativa, y con la duda reflejada en el semblante, salió de la habitación. Ya en la puerta se tornó para recomendarle, casi como una súplica:

— *Al menos, no le cuentes a nadie tus proyectos... no veo la necesidad de exponerte a que se rían de ti.*

Las reuniones en la casa de Nowolipie eran ahora más frecuentes y ruidosas, pues la concurrencia de adeptos y admiradores cada vez era mayor. Las sesiones pretextaban la discusión, siempre apasionada, de los problemas sociales y del mundo de la época. En ellas, los jovencuelos imberbes consumían furtivamente cigarrillos, y con frecuencia, en sus interlocuciones se escuchaban armoniosas y bellas palabras.

Lázaro explicaba los poco complicados secretos de la Lingvo Universala, las nuevas expresiones, la simplificación de sus fórmulas, y citaba fragmentos o poemas de su propia literatura.

La nueva lengua tenía muchos fervorosos adeptos, pero también había entre el estudiantado gran número de escépticos.

— *¿Por qué quemarse los sesos con supuestas innovaciones existiendo ya el griego y el latín, usados por millones de hombres como lengua universal?* —opinaban estos—.

Lázaro les oía indulgentemente.

— *¡Pues sí. Pero el diablo puede cargar con el hombre, mucho antes de que este acabe de aprender latín! Ninguno de ustedes podrá desmentir que esa materia es muy difícil.*

— Bueno, si no las lenguas muertas, entonces alguna de las modernas más difundidas: la francesa, la inglesa, la alemana...

— El uso generalizado de una de ellas causaría la hegemonía cultural y política del pueblo al que perteneciera. Pero, además, esas lenguas son extremadamente difíciles de aprender. Mi idioma —decía ahora en tono doctoral y con atisbos de legítimo orgullo— consiste en voces que se encuentran en gran número de lenguas europeas; por consiguiente es fácil, por ejemplo:

En polaco 'ojciec', en latín 'pater', en alemán 'vater', en francés 'père'. Yo usarne la especie 'pater', pero posiblemente con otra partícula final. Igualmente: en polaco 'cukier' — 'zucker', 'sugar', 'sucre', en checo 'cukr', en ruso 'sájar'. O: en checo 'bratr', en latín 'frater', en francés 'frère', en inglés 'brother', en alemán 'bruder', en italiano 'fratello'... En mi idioma se acepta la forma más similar a 'frater'. Podrían ser múltiples los ejemplos.

Todavía no tomo una decisión a cerca de las partículas finales. Las primeras expresiones con las que se integra el vocabulario son familiares en muchas lenguas: doktoro, akademio, profesoro, magistro, ofihiro ... etcétera.

Tanto los simpatizantes de la idea, como los escépticos, y aun los envidiosos, escuchaban atentamente sin poder disimular su admiración.



Lázaro Zamenhof a los 16 años (1875)

Durante mucho tiempo la Lingvo Universala mantuvo ocupadas las cabezas de los muchachos de mayor edad, que cursaban el segundo grado en el bachillerato estatal.

Sin embargo, los prosaicos adultos, con criterio pragmático a cerca de la vida, — miope, según Lázaro— consideraban al creador de la obra un simple y obstinado monomaniático. Los funcionarios de mayor alcurnia en la administración docente, eran los opositores que más firmemente sostenían este juicio.

Como ejemplo estaba la actitud del doctor Levittoux: Egresado de la Universidad de Paris; hombre de amplios horizontes, excelente práctico y teorizante de las ciencias médicas, así como autor de métodos terapéuticos. En fin, persona de gran relieve y altas aspiraciones.

Lázaro lo admiraba por su fama de hombre honesto, por su elegancia, y su amor a las ciencias.

En una ocasión, Rosalía, deseando ponderar las habilidades de su hijo mayor, mostró al doctor algunos borradores de apuntes sobre el invento del niño.

Levittoux leyó complacientemente algunas de las páginas, y con ademán de darse por enterado, acarició la cabeza del muchacho. Este se sintió transportado al infinito, como quien recibe un regio espaldarazo.

Muy pronto le retorno a su sitio la exclamación del doctor:

— *¡Excelente diversión!*

— *¡Pero, señor doctor! ¿Es que usted desea llamara esto ‘diversión’?* —se atrevió a objetar Lázaro, reteniendo apenas su contrariedad— *Esto es el sueño de mi vida... y me ha costado años de intensos trabajos. Cuando sea grande y termine los estudios universitarios, dedicaré todas mis fuerzas y conocimientos en perfeccionar esta lengua.*

— *Pero, ¿con qué objeto?* —preguntó el doctor, entre admirado y sorprendido.

— *¿El objeto? No soy el primero que así piensa: Descartes, Leibniz, Charles Fourier, creyeron que una lengua común unificaría a todos los pueblos.*

— *Pues, si* —repitió el doctor— *en verdad es un bello entretenimiento.*

La madre, aunque apesadumbrada por la opinión de una autoridad de tal categoría, se tornó a su hijo para decirle:

— *¿Ya ves? Todos lo llaman ‘diversión’, aun el señor doctor...*

— *A tu edad, jovencito,* —añadió Levittoux— *vagan en la mente del hombre muchos sueños irrealizables. La idea de una lengua común para la humanidad, testifica tu inteligencia y buen corazón; pero yo no sé si esto fuera de alguna utilidad, puesto que, si Dios ha dado a los hombres muchos idiomas, es evidente que así debe ser. Y, aun suponiendo que tal cosa tuviera alguna aplicación real, yo no creo que puedas estar tan confiado en obtener el éxito, en sólo una decena de años, para una tarea en la que los pueblos necesitan siglos. Algunas lenguas artificiales, al parecer, han existido; pero, en comparación con las vernáculos, no son otra cosa que lo que es un muñeco para el hombre. Y no han podido evolucionar, porque les falta el alma.*

Para Lázaro, esa conversación fue tan reveladora como desagradable. Toda su admiración para el doctor se derrumbó en ese momento, y —dócil por naturaleza y además comprensivo— consideró innecesaria toda argumentación en su defensa. Solamente temía ser abandonado por su madre en el frente común que presentaban ambos, ante los opositores de la idea.

Pronto se dio cuenta de que sus temores no tenían base: su madre siguió siendo el más fiel de todos sus aliados.

Ella advirtió, que después de la plática con Levittoux, en la cual, más por cortesía que por convicción, aparentara tener la misma manera de pensar del doctor, Lázaro se había encerrado en sí mismo. Y ella no podía resistir su soledad; tanto más que, sin duda, se había contagiado hasta la médula del credo y los sueños de su pequeño hijo.

— *Hablemos de tu idioma.* —le dijo cuando consideró propicia la ocasión.

Al principio él se sintió él se sintió atemorizado, quizás algo colérico; pero poco a poco recobró la habitual confianza. Y como si se encontrara ante un auditorio de expertos académicos, refería a su madre los avances técnicos de la materia, otros acomodados, nuevas acepciones, etc. Se tornaba después a ella, como a su buena amiga, dejando flotar y discurrir ante ellos todas sus ilusiones, en las que la esencia del paisaje la constituía una humanidad unida y feliz, que hablaba una sola lengua...

En adelante, esos coloquios se repetirían con frecuencia, haciéndose cada vez más cordiales, más amistosos, robusteciéndose de esta manera en la idea, el espíritu de madre e hijo.

Ya en la plenitud de la madurez, Lázaro Zamenhof recordaba muchas veces aquellas ‘consultas’ que hiciera a su confidente, y se admiraba de cómo pudo ser ella una experta consejera, sin haber tenido nunca algo en común con la difícil ciencia lingüística.

En otro aspecto, esta amistosa alianza resultaba una verdadera confabulación: Ante el padre, ambos se veían obligados a ocultar sus ahora comunes propósitos, ya que no encontraban recurso que le resultara válido para interesarlo en el asunto; pues siempre se refería a esa afición, tildándola de bagatela inútil, distracción de los deberes importantes.

Pero hoy Marcos estaba tranquilo; su hijo Luis prosperaba normalmente en el bachillerato, a pesar de indisponerse por enfermedades, leves, pero muy frecuentes.

En el otoño de 1876 cursaba ya el sexto grado escolar. Con un celo como de carcelero, Marcos vigilaba a su hijo, impidiéndole toda negligencia o divagación en sus estudios.

Pero el legajo de borradores de Lázaro, crecía de todas maneras. Y crecían también las dificultades. Las vinieron a aumentar los chillidos de un nuevo recién nacido —cosa que se estaba haciendo rutina en esa casa—. En 1876 Rosalía tuvo su sexto hijo: León, y un año después, Alejandro. En el futuro, a este último vástago y a Lázaro, los ligaría una acendrada amistad. Pero mientras, a éste, abrumado de trabajo y buscando algo de tranquilidad, no le hizo ni tanta gracia el caos que originaba aquel intruso en la casa, ya de por sí atestada de niños y de pensionistas.

El autor de la Lingvo Universala muchas veces salía disparado de aquel tumulto, buscando un poco de silencio y quietud en un parque o en alguna callejuela solitaria.

“Kanditirskaya” (confitería), leía al azar en un letrero escrito en ruso. Pendiente sobre una puerta y próximo a aquel, otro rótulo decía “shveitsarskaya” (portería). Las palabras le eran conocidas, por supuesto, pero había algo en ellas que le hizo meditar hondamente. —Sí, sí, — totalmente absorto musitaba— *¡las finales!... quizá esta es la solución: “-skaya” es una terminación, un sufijo. Los sufijos —concluyó— posibilitan crear de una palabra muchas otras, que no es necesario aprenderlas aparte, basta con conocer sólo el principio, ¡la base!*

En sus cartas posteriores relataría así esta experiencia:

Sobre el tremendo gigantismo de los diccionarios cayó un rayo de luz, y rápidamente comenzaron a empequeñecerse ante mis ojos... Comprendí qué gran significado puede tener, en la lengua conscientemente creada, el uso pleno de este recurso, que en las lenguas naturales se aplica ciega-parcial- e irregularmente. Comparando vocablos, buscando en ellos constantes y definidas relaciones, día tras día eliminaba del diccionario una gran serie de palabras, sustituyendo tal volumen con un sufijo que significara la precisa relación entre vocablos. Observé que una enorme cantidad de palabras, puramente radicales, por ejemplo: mamá, angosto, pincel, etc., pueden ser bases para la transformación en voces compuestas, de otras palabras que no será necesario insertar en el diccionario. La mecánica de la lengua se presentó ante mí como si la tuviera en la palma de la mano, y comencé a trabajar regularmente, con amor y esperanza. Muy pronto, después de esto, tenía redactada la totalidad de la gramática y un pequeño vocabulario...

Pero le esperaba todavía mucho tiempo de difíciles trabajos.

En ese año se inició la guerra ruso-turca por la cual, aun cuando Polonia se encontrara alejada del campo de batalla, no dejaron de sentirse en ella sus graves repercusiones.

—*¡La guerra entre los hombres! —pensaba con amargura— ¡entre hermanos!... ¡Esto es terrible, sin sentido! Es probable que nadie la desee y sin embargo existe... ¡Trágica falta de comprensión!*

Los problemas que así ocupaban sus pensamientos los vinculaba con el problema de la lengua universal, sólo un paso los separaba.

La primera persona, después de su madre, a quien decidió presentar el resultado de su labor, fue a Levittoux. El doctor recorrió con la vista los papeles, miró después fijamente al muchacho y en tono grave le dijo:

— *Desaprovechas tu gran talento a causa de esta ilusión Verdaderamente es una obra excepcional. Pero el mundo no la aceptará. Recuerda, nosotros somos hebreos; no dispersemos nuestras fuerzas en corifeos que proclamen:*

¡Por los pueblos!... ¡Por la humanidad! ¡Nosotros hebreos, hagamos por los hebreos!... ¡Fortalezcamos la situación de nuestro propio pueblo! ¡Démonos antes un país, una lengua y una gloria! Y sólo entonces tendremos derecho a hablar de unidad, de reformas sociales, de fraternidad...

Aquellas palabras hicieron titubear el ánimo del impresionable muchacho; pero pronto, la idea de la ‘fraternidad humana’, que desde hacía tiempo compaginaba con su invento, las silenció por completo.

El joven Lázaro volvía a sus sueños.

Días rutinarios siguieron a aquella charla. El curso final del bachillerato, y las incansables búsquedas —de un modo o de otro siempre fructíferas— sobre su tema, eran, en cada nuevo hallazgo, motivo de inmensa alegría. Estos avances constituían la única recompensa a sus esfuerzos, pues por otra parte, su padre llevaba al más estrecho límite su sostenimiento económico, y en el aspecto moral, su obstinación no le ofrecía el menor estímulo.

Lázaro, meditando sobre este problema, llegó a convencerse, de que el pedantesco sentido práctico de su padre, era lo que impedía a éste dar su reconocimiento a una obra defectuosa por no estar totalmente concluida. Él la llevaría a buen término; ahora estaba seguro del resultado definitivo.

Siguieron verdaderos malabarismos de palabras, fórmulas y partículas manejadas magistralmente; y a fines del año de 1878, la cosa tuvo para él un aspecto casi plenamente satisfactorio.

La madre estaba radiante de felicidad ante el indiscutible éxito de su hijo, entendiéndolo, además, la consiguiente aprobación de su padre.

— *Esto es solamente el prototipo.* —advirtió Lázaro, calmando el entusiasmo de su madre— *Es necesario interrumpir por un tiempo el trabajo; primero porque estoy agotado, después por la proximidad de los exámenes finales. La lengua está hecha, pero cuando me profundizo en los textos escritos en ella, veo la posibilidad de embellecerla y de hacer más fácil su aprendizaje.*

No obstante tales consideraciones, llevado tal vez por el entusiasmo que mostraba su ‘colaboradora’ y amiga; decidió presentar la obra a su padre.

Con gran sorpresa y admiración de toda la familia, el severo ‘tribunal’, que era Marcos, aceptó favorablemente los términos en que estaba realizado el ‘pasatiempo’ de su hijo. Pero sin mucho, agrado de su parte.

Detenidamente leyó y releyó —ora en silencio, ora en alta voz, alabando aquí y criticando más allá— todo el material de la obra.

Calladamente, Lázaro no cabía en sí de gozo ante el estado de ánimo que hacía suponer la aprobación de su padre.

Pero las palabras que éste le dirigió después, no justificaron mucho su alegría, no obstante no tener el tono intransigente de otras veces.

— *Eres un obstinado* —le dijo— *y esto es una cualidad que ofrece esperanzas. Pero mayor prueba de tu obstinación habrás de mostrarla en*

los exámenes finales. Y también en la decisión que debes tomar respecto a los futuros estudios.

— *Mi futuro es la Lingvo Universala.* —afirmó Lázaro apoyándose en las alabanzas dichas por su padre— *¡Esto he decidido!*

— *¡Eso no!* —gritó Marcos, ensayando un tono que eliminara toda réplica— *Ese juego, que en verdad demuestra tu capacidad y tu firmeza, no deja de ser un juego... una poesía específica si así lo quieres. Pero ¡hijo mío! la historia no conoce de un poeta que coma sus propios versos. Un joven necesita el pan para vivir, y también dinero.*

— *Ciertamente papá; pero tu vives como instructor de idiomas y mi abuelo fue lingüista.*

— *Bien, y ¿qué tenemos?: ¡Nada!*

— *Papá, tu no tomas en cuenta nuestras aptitudes familiares. Subestimás las cosas de nuestro interés. Yo deseo estudiar idiomas. Teniendo completa mi educación, perfeccionaré mi obra, y podré obtener la posición que tú quieres.*

Impaciente Marcos rechazó los cuadernos. —*No polemizamos más sobre este tema. En nuestro tiempo las mejores profesiones son: la de ingeniero, de abogado o médico. Tu no tienes cerebro "matemático" para ser ingeniero; astucia bastante para abogado tampoco. Queda solamente la medicina, creo yo que para médico tienes más que suficientes aptitudes.*

— *¡Pero la medicina no me interesa en absoluto!*

— *¡Bueno! ¿Qué diablos es la causa de esta locura?* —explotó Marcos colérico.

Lázaro hizo acopio de todas sus fuerzas, para dar rienda suelta a los pensamientos que lo absorbían, en esta franca discusión sobre sus ambiciones en la vida.

— *¡Deseo ser un combatiente por la unificación de los pueblos!* —dijo con toda la energía que le permitían sus diecinueve años— *Y si la diferencia de lenguas es el enemigo que divide a la humanidad, yo daré a los hombres mi lengua universal, para que la aprendan y con este recurso se unifiquen!*

El padre se sintió desarmado.

—*No sé. Verdaderamente no sé ya qué pensar de este muchacho* —musitó encogiéndose de hombros.

Por primera vez Lázaro experimentó el atisbo de una sensación de victoria.

Pero ese gozo fue pleno unos días después, durante la reunión que efectuó su madre, con objeto de celebrar el éxito logrado en la invención de su hijo. Condiscípulos de éste, amigos de la familia y simpatizantes de la idea, contribuyeron esmeradamente para la realización del festejo.

La "solemne" reunión ocurrió el 17 de diciembre de 1878.

Participaron gran número de personas y toda la familia del autor. Sólo Marcos no asistió; al parecer un asunto importante lo retuvo en el centro de la ciudad.

Lázaro se sentía así más seguro, más libre, pero no dejaba de lamentar en su interior la ausencia de su padre.

La mesa, pródiga y selecta, estaba ornamentada con presunciones de banquete, y en torno a ella, el excelente humor de los comensales se vertía en efusivas felicitaciones, prolijos comentarios laudatorios sobre el mérito del trabajo, y optimistas pronósticos acerca del futuro de la lengua.

El primer brindis se dedicó en honor del inventor y por el triunfo de su obra. Conmovido, Lázaro escanciò su copa, mezclado el vino con sus lágrimas. Agradeció el brindis y los cálidos aplausos. Después, mirando por momentos, ya a su expectante auditorio, ya a las traducciones en el nuevo idioma, que tenía ante sí sobre la mesa, pronunció las siguientes palabras. No en relación al estado de ánimo que le embargaba, sino como aclaraciones en respuesta a la curiosidad de algunos, sobre los procesos de la obra:

— *Queridos amigos míos: Ciertamente nunca he explicado cómo se ha obtenido este último resultado, respecto de la Lengua Universal. La idea original consistía en usar los principios de la economía, comenzando por desechar todo aquello innecesario, tanto en la gramática, como en el vocabulario. Convencido de que es en absoluto indiferente, qué formas o reglas tengan las palabras, si nosotros convencionalmente admitimos que ellas expresan con propiedad nuestras ideas; entonces, inventé palabras mínimas, es decir, que no tuvieran un innecesario número de letras. Me dije: la palabra 'conversación' tiene doce letras, pero bien podría expresarse la misma idea con una voz de sólo dos letras: 'pa' Así escribí una larga serie matemática de abreviaturas de fácil pronunciación, y a cada una le di un significado definido. Por ejemplo: 'a', 'ab'. 'ac', 'be', 'ce', 'aba', 'aca'... etc. Pronto me vi precisado a desechar este método; porque las pruebas me demostraron que estas palabras inventadas, son muy difíciles de aprender y todavía más difícil recordarlas. Me convencí de que el material del vocabulario debía ser romano-germánico, adaptado solamente a la regulación y condiciones que impone la estructura de la nueva lengua. Sobre esta base, observé también que los idiomas actuales poseen gran cantidad de palabras útiles ya como internacionales, pues son conocidas en muchos pueblos, y así constituyen un tesoro para integrar el léxico de una lengua mundial. Naturalmente, yo utilicé ese tesoro...*

A la interesante información siguieron breves alocuciones de los colegas, en la más pura Lingvo Universala, acerca del talento del autor, sobre el futuro de la obra, y la unificación de la humanidad... la fraternidad, etc. La agradable eufonía del idioma, los conceptos animosamente vertidos, el ambiente festivo y amistoso, hacían bullir en la mente de los jóvenes los sueños idealistas...

Rosalía observaba con admiración a su hijo. Mucho le afligía a veces, su personalidad insignificante. Pero hoy le parecía distinto: al aspecto

físico, se sobreponía la grandeza de su espíritu, parecía transfigurado, casi bello...

Ella no creía —como creían todos los jóvenes allí reunidos— en el triunfo fácil de la idea. Pero comprendía la magnitud de esas aspiraciones, la grandeza del ideal sublime, y por momentos, lágrimas de felicidad brillaban pasajeraamente en sus ojos... El llanto no pudo contenerlo más, cuando se escuchó el coro de los muchachos cantando el '*Himno de la Fraternidad*', creación poética de Lázaro:

*Malamikete de las nacjes
Kadó, kadó, jam temp' está!
La tot' homoze in familje
Konunigare so debá!...*

(Odios de las naciones
¡caed, caed, ya tiempo es !
¡Toda la humanidad en una familia
unirse debe !)

Seis meses después de aquella celebración, Lázaro terminó el bachillerato.

La dispersión era inminente. Él hubiera deseado retener a su lado un grupo de adeptos, entre sus colegas.

Sobre esta eventualidad, diez años más tarde escribe a su amigo Nikolai A. Borovko:

Los futuros apóstoles de la idea intentaron divulgar la 'nueva lengua', y encontrando sólo la burla de los hombres serios y formales, rápidamente desertaron en conjunto, dejándome completamente solo. Previendo para el futuro solamente burlas y aun persecuciones, decidí ocultar a todo mundo mi trabajo, fueron tiempos de muchas dificultades.

De hecho Lázaro perdía, no sólo a sus aliados y confidentes, a la vez que gran parte de su confianza en sí mismo, sino también, la posibilidad de profundizar en el conocimiento de las lenguas; enfática y definitivamente su padre dispuso que viajara a Moscú, para comenzar los estudios de medicina. Sus protestas fueron inútiles.

— *¡Por fin vas a acabar con ese juego! ¡Todos tus apuntes se quedarán en casa!* —ordenó Marcos, categóricamente.

El viaje a Rusia nada agradable prometía a Lázaro. La limitación de los derechos civiles a los hebreos era para él una ofensa a la dignidad humana. Y, aunque en los últimos años, el zarismo hubiera hecho algunas concesiones al respecto, en las universidades no desaparecía esa

atmósfera de subestimación y de rechazo para la juventud hebrea, aun cuando ésta ya tuviera acceso a ellas.

Antes del viaje, el muchacho permanecía mucho tiempo fuera de su casa. Unas veces solo, otras acompañado de sus hermanos, paseaba a pie en sitios alejados del centro de la urbe, principalmente por Vilanov, su barrio predilecto. Iba pensativo, suponía que ahora su existencia ya no tenía objeto.

Prescindir de su ilusión era un enorme holocausto exigido por su padre, a quien sin duda, preocupaban otros pequeños menesteres, pues todavía antes de su salida a Moscú, el favor del cielo regaló al joven Zamenhof una nueva hermana que recibió el nombre de ida.

Llegó por fin el día convenido para salir hacia Moscú.

El grueso legajo de notas, borradores, tablas con esquemas gramaticales, traducciones y obra poética propia, en resumen, todo en lo que consistía la Lingvo Universala, atado cuidadosamente, fue echado al fondo del armario de su padre.

Siguió a esto el adiós a la familia. Y emprendió el viaje.

¡Qué insignificantes le parecían ahora a Lázaro sus propias palabras hechas *'Himno de la fraternidad'*, que hoy sonaban suavemente en su imaginación, pensando qué le esperaría en Moscú, distante 1100 verstas de Varsovia...

Malamikete de las nacjes
Kadó, kadó, jam temp' está !
La tot' homoze in familje
Konunigare so debá!...

Largamente miró a través del ventanillo del vagón: Varsovia se alejaba rápidamente ante sus ojos... Se inclinaba cada vez más para verla ya en un borroso paisaje, y ocultar sus lágrimas ante la mirada indiferente de los demás viajeros...

3

¿Cuál es el camino?

Casi cuatrocientos templos, de mayor o menor suntuosidad y belleza arquitectónica —algunos verdaderamente maravillosos, con semiesféricas cúpulas doradas y el delicado encaje pétreo, que forman sus torres y arcadas, ventanales y entrepaños diseñados, unos, por arquitectos traídos de Italia por Iván el Grande, y los más, proyectados y ejecutados en el estilo Imperial ruso, por los magníficos artífices súbditos del Zar— satisfacían sobradamente las exigencias de los pomposos ritos eclesiales en las fastuosas ceremonias de la coronación de los soberanos; así como las necesidades de expresión de la fe de los, más o menos, 600.000 habitantes de Moscú.

La elegante y rica majestuosidad de los palacios, jardines y edificios públicos; las imponentes y vastas construcciones del Kremlin, sede del gobierno ruso, y el lujo de las residencias de Bielogrado; hacían pasar inadvertidas la miseria de Zemlanogrado y la fealdad populachera del ruidoso barrio comercial de Kitaygorod.

Pero este asombroso panorama, Lázaro lo admiraba con tristeza, porque, ciertamente, era ostentación de un enorme poderío cuya espectacular magnificencia no conseguía hacer más felices a los hombres, no digamos del misérrimo populacho local y de los pueblos sojuzgados, como el suyo; sino, ni aun a los mismos cortesanos moradores de los palacios, incluyendo al Zar.

Era muy joven todavía para vencer al primer intento el sentimiento de humillación que le provocaba, tanto el espectáculo, como sus propias reflexiones.

Tornaba, mejor, sus pensamientos hacia Varsovia: más modesta... mucho más pobre, pero más identificada con la manera de ser de él.

Las calles de Moscú estaban ya cubiertas de nieve, sobre la que rápidamente se deslizaban trineos tirados por bigas de cascabeleantes arneses...

—*En Polonia*, —el muchacho pensaba— *aún no termina el dorado otoño...*

Caminaba con su equipaje en el hombro, rumbo a la casa de Zieba, comerciante en telas, dueño de un pequeño tendajo en Ryadi: larga hilera de comercios accesorios cubiertos con un techo común—, en el barrio de Kitaygorod.

Zieba era el nieto de un amigo, vecino de la familia Zamenhof en Bialystok. Se le había informado por carta, de la llegada del huésped, y en compañía de su numerosa familia recibió a Lázaro en una casa de techumbre herrumbrosa y atiborrada de muebles.

La acogida fue atenta y amistosa, pero sin mayor afecto en particular.

El hogar de Zieba se componía de tres habitaciones en el quinto y último piso de un edificio de apartamentos, situado en una esquina, más alto que los edificios circunvecinos.

Mediante el pago de módica mensualidad, se convino que Lázaro ocupara la habitación desde cuyas ventanas podía contemplarse un área vasta del populoso barrio de Kitaygorod.

Es aquí en Moscú donde el joven adopta el nombre adicional de 'Luis' (en ruso: Людовик), en honor de Francis Lodwick, que publicara en 1652 un proyecto de idioma, sobre el cual él había leído en obras de Comenio.

Habiendo cumplido los trámites de su inscripción en la universidad, situada en la lujosa zona residencial de Bielgrado, el joven dedicó las primeras semanas de su estancia en Moscú, para recorrer la ciudad en todas direcciones.

Posteriormente, sus paseos más gustados serían por el sector llamado Monte de los Gorriones, aledaño a la urbe que fuera en otro tiempo capital y residencia de los zares, en la región suroccidental.

Deleitosamente contemplaba, desde allí, el bello paisaje que, dividido por la sinuosa franja de plata del río Moscova —de la misma manera que el Vístula divide a Varsovia— se extiende a lo lejos hasta perderse en el plomizo horizonte...

La vida fluía monótona, dedicada principalmente al estudio.

La falta de sus apuntes sobre su "sueño", hacía a éste más abstracto, más lejano e inalcanzable. Por otra parte, tenía la preocupación de buscar algún empleo para su tiempo libre: "*debía aprender también el modo de procurarse el pan cotidiano...*" —meditaba al mirar desde lo alto de su habitación el intenso ajetreo de mercaderes, público, carromatos y bestias, en el fárrago comercial de todos los días, que le traía reminiscencias de Bialystok... de la Plaza de los Bazares.

Salía de la universidad y con paso rápido, a través de los arbolados bulevares, se apresuraba a recibir lecciones privadas algunas veces en la casa de Zieba. Después se encerraba en su habitación, sintiéndose en aquella altura como el polluelo en la elevada rama y expulsado del nido: quizá muy inseguro... pero conforme en su aislamiento, donde no lo alcanzaban la incomprensión y la malquerencia.

Porque, si bien, como ya se dijo, poco a poco en el Imperio Ruso se iban concediendo algunos derechos civiles a los hebreos, no dejaban éstos de sufrir todavía penosas humillaciones.

Tal circunstancia le dificultaba tomar con regularidad lecciones privadas, lo que, por otra parte, significaba economía en el presupuesto familiar, al no gravar la modesta pensión que su padre destinaba para su subsistencia.

Esto aumentaba su deseo de bastarse a sí mismo.

Conforme el tiempo pasaba, en parte por la edad, y también por las particulares circunstancias: la soledad, el ambiente disímil y a veces hostil, disciplinado a estudios que no eran de su agrado, etc., los pensamientos y puntos de vista de Luis Lázaró, no tenían consistencia ni estabilidad, cambiaban con frecuencia para continuar imprecisos.

Al correr de los meses había hecho algunos contactos puramente circunstanciales, entre otros, con grupos sionistas. Estos le proveyeron de libros de los más famosos autores hebreos y también de gacetas y pasquines secretos, prohibidos en el Imperio.

Las lecturas sobre estos temas —que casi nunca tratara de manera formal en su hogar, y menos en el círculo de sus discípulos del bachillerato— ahora le hacían reconsiderar sus relaciones y puntos de vista respecto de su propia nacionalidad. Las ideas de aquellos pensadores, la porfiada actividad de los propagandistas del movimiento sionista, pero, quizá en mayor grado, la subestimación no sólo ciudadana sino humana que sufrían allí los hebreos, le inclinaban a solidarizarse con su pueblo, afirmando en su ánimo los patrióticos nacionalismos.

También tenía alguna relación con círculos integracionistas, cuyas actividades en favor de su pueblo se desarrollaban de otra manera:

— *Nosotros propugnamos, —decían éstos— por la igualdad de derechos civiles, al mismo tiempo que por la conservación de nuestra nacionalidad. No se trata de “Pueblo Judío”, sino de polacos, franceses, o ingleses, etc., que confiesan la religión Mosaica.*

Pero Luis Lázaró no se decidía a hacer causa común con alguno de ellos. En rigor, se encontraba en desacuerdo aun consigo mismo, y prefería permanecer aislado a aceptar compromisos sobre propósitos de los que no estaba plenamente convencido.

Por esos mismos días estableció contacto con los directores de dos gacetas: *Russkiy Yevrey* (El Judío Ruso) y *Moskovskiye Vedomosti* (Registro de Moscú).

Luis Lázaró obtuvo empleo en la gaceta judía como redactor auxiliar ganando de esa manera algunos rublos. Notificó de ello a la familia, diciéndole que posiblemente más adelante, él podría ganar los 19 rublos de sus gastos mensuales, que ahora solventaba con la pensión que le enviaba su padre.

Pronto advirtió que la revista manipulaba las noticias respecto de las disposiciones del Zar y el interés de los hebreos, ilusionándolos falsamente sobre la pronta solución al problema de la desigualdad ciudadana; y por tal motivo abandonó el empleo.

Comenzó entonces a buscar una forma de colaboración con el sionismo. Habían atraído mucho su atención los libros del poeta y propagandista Yehudá Leib Gordon, cuyas consignas para el progreso de su pueblo consistían en la aceptación de la cultura rusa, con base en el judaísmo, y el nacionalismo hebreo.

Gordon fue también autor del canto *Despierta Pueblo Mío*, bajo cuya influencia Zamenhof versificó, en la *Lingvo Universala*, otro canto de similar contenido y con la misma tendencia.

No obstante, entre los sionistas Luis Lázaro no se sentía cómodo. Estaba obligado a ocultar ante ellos la idea de la lengua universal: ellos no solamente no la comprenderían, sino que se manifestarían completamente en contra de semejante idea. Además, estaba convencido de la imposibilidad de conciliar tan contrapuestas tendencias.

... Si yo no hubiera nacido hebreo, —alguna vez comentó— la entrega a mi sueño, en ese tiempo, habría sido total, absoluta... Pero ante la realidad de que pertenezco a un pueblo que mucho ha sufrido y aún sufre —principalmente en Rusia, donde las presiones, calumnias y humillaciones provocan lamentos que me amargan la vida—; me atormenta saber que no tengo el derecho moral para impulsar y difundir ideales de humana neutralidad, cuando mi pueblo es atacado y carece de hombres aptos y en suficiente número para defenderlo.

Con éste su particular y sincero estado de ánimo, resultaban ociosas e impertinentes las admoniciones de los impugnadores de su idea. *Cuando un hebreo, —le decían— trabaja por la unificación de la humanidad, sólo se expone a la burla y los ataques... Se creerá que a esa tarea le impulsa solamente el egoísmo, el deseo de apropiarse los privilegios que disfrutaban otras naciones, más afortunadas que el perseguido pueblo hebreo.*

Pero esos razonamientos estaban en completo desacuerdo con las divisas propaladas por Ber Mayzels y Marcus Mordechai Yastrov, para normar las relaciones sociales de los hebreos habitantes del territorio polaco; ellas enunciaban: “fraternidad hebreo-polaca, y lucha común por la libertad”. Luis Lázaro reconocía y aceptaba estas consignas como más humanas e inteligentes.

En medio de aquella atmósfera de contradicciones, el espíritu del joven se debatía en la búsqueda de una solución.

Fundó unos grupos sionistas, atenuando el rigor de la ortodoxia doctrinal con la inserción de sus propias ideas que, consecuentemente, implicaban muchas de las fantasías que en su inmadurez ahora le caracterizaban.

Después de dos años de estancia en Moscú, él llevaría esas nuevas fórmulas a Varsovia, las cuales, por el modo de pensar, denotaban la poderosa influencia que en su ánimo habían causado las experiencias en el sionismo: *Cuando mi pueblo recobre su antiguo hogar y goce de felicidad, cumplirá con éxito la misión histórica soñada por Moisés y Jesucristo; fundará pueblos y países neutrales, con una lengua, una religión y filosofía comunes... y se cumplirán las palabras de la Biblia... ‘todos los hombres adorarán a un solo Dios, y Jerusalén será el centro de la unificación fraternal de toda la humanidad’...*

Sin embargo, ubicar la soñada unificación en un determinado sitio y bajo los auspicios de tal o cual ideología partidista, parecía imponer

ciertas limitaciones, o condicionar los propósitos que él deseaba fueran más libres y universales, tan universales como la naturaleza humana.

Su viejo y progresista maestro de anatomía, solía decir: *Los hombres son todos iguales en cuanto seres de la misma especie, todos tienen corazón, cerebro, órganos genitales, ideales, y las mismas necesidades naturales propias del ente racional... Pero el idioma y el nacionalismo, los hacen parecer diferentes.*

Luis Lázaro estaba de acuerdo, pero quizás deseara en ese tiempo concretar mejor sus pensamientos, para partir de una base propia. Porque, yendo más a fondo, en sus reflexiones consideraba al hombre como una dualidad físico-espiritual que, para abordar con éxito la empresa de la vida, debe mantenerse en armónico equilibrio; no para la cumplimentación de artificiosas exigencias externas, sino para la realización auténtica del propio destino.

4

La obra destruida

Luis Lázaró iba feliz en su retorno a Varsovia.

Llevaba muchas ideas concernientes al idioma universal, pero había decidido por el momento no ocuparse en eso, sino comenzar la obra más reciente que con seguridad complementaría su actividad sionista. *Porque la mayor parte de nuestro pueblo —principalmente en Rusia— no usa las lenguas locales, sino un dialecto germano-hebreo, hasta hoy desprovisto de orden y reglamentación. Yo investigaré sus leyes y haré su gramática...* Sin embargo, este tema iba perdiendo interés durante el viaje, a medida que se acortaba la distancia para llegar a Varsovia. A su mente volvía el sueño de su ideal, tan bruscamente interrumpido.

En el hogar encontró a su madre y sus hermanos. Su padre estaba ausente. Desde los efusivos abrazos del cariñoso recibimiento al viajero, éste advirtió una extraña timidez en el semblante de su madre. Pero siguió la animada charla sobre los estudios, la vida en Moscú, y el viaje.

Después, ya sin resistir su nerviosa impaciencia, Luis Lázaró se dirigió al armario de su padre.

Primero un tanto sonriente, después ya intranquilo, cada vez más nervioso y alarmado, buscó inútilmente en todas las gavetas del mueble, el legajo de manuscritos de su Lingvo Universala.

— *Mamá, ¿tú sabes dónde están mis papeles?* —murmuró tratando de contener la angustia que le embargaba.

— *Temía que llegara este momento...* —gimió la madre— *¡Hijo mío, tu padre, en un arrebato de cólera, cegado de amargura, quemó todo tu trabajo!...*

Luis Lázaró enmudeció.

— *¡No le culpes ni le odies!* —continuó ella— *Lo hizo de buena fe... por tu bien. Cierto o no, él opinaba que esta manía acabaría contigo. Deseaba salvar tu futuro como médico, destruir todo impedimento a la elevada posición social que mereces alcanzar. Tal vez puedas comprenderlo mejor cuando llegues a ser padre...*

El joven estaba aturdido, desesperanzado. En el alma maldecía esa absurda acción de su padre, y su primer impulso fue abandonar la casa y volver a Moscú, o huir a cualquier parte, donde no pudiera encontrarse con él.

— *¡Es una canallada!* —gritó sin poder contenerse.

— *¡Olvídalo todo si tienes un poco de amor por mí! ¡Lloré mucho por esta causa... pero comprendí la razón de tu padre!*

El sabía que eso no era verdad. La delicada y sensible mujer que era su madre, jamás podría aprobar una crueldad de semejante naturaleza. Pero hizo un esfuerzo por dominar su indignación; no podía resistir el sufrimiento y las lágrimas de su madre.

— *Olvida esta pena, mamá.* —dijo ya con plena presencia de ánimo, y después de una larga pausa agregó: —*Yo me alteré... estaba nervioso. En realidad estoy exagerando el valor de esta pérdida. Además, toda la obra la llevo en mi cabeza y en mi corazón, ¡éstos son mis mejores cuadernos! ¡Renovaré y perfeccionaré la lengua! ¡Tal vez así haya sido mejor! Ahora no tendré el estorbo de sus errores...*

— *¡Gracias! ¡Gracias hijo mío! ¿Saludarás a tu padre sin ningún rencor?*

— *¡Así lo haré, mamá; queda tranquila!*

Pero a Luis Lázaró le fue imposible cumplir su promesa. Después de un atento saludo a su padre, —más convencional que cariñoso— sobrevino una enconada disputa, de tal manera violenta, que puso en grave riesgo la estabilidad de la familia.

Pasaron algunos días y el joven Zamenhof comenzó a recobrar la tranquilidad necesaria para la reconstrucción de su obra. Imaginaba a sus papeles ardiendo hasta consumirse, después el viento dispersando las negruzcas cenizas, luego nada... -¡había que comenzar de nuevo!...

La continuación de los estudios en la Universidad de Varsovia hubo de alternarlos, hasta donde lo permitía la conservación de su precaria salud, con el trabajo sobre ambas lenguas: la Universal y la judía, para la que elaboraba la gramática y otras necesarias reglamentaciones.

Sólo su férrea voluntad le ayudaba a sobreponerse a las dificultades propias de tal tarea, las que agravaban ahora no solamente la enemistad de su padre, como siempre, sino también: las burlas de los extraños que, a la simple mención de la “lengua universal” o del dialecto hebreo, le reprobaban sin consideración alguna.

— *Dediqué casi dos años a la investigación de los fundamentos de aquel dialecto,* —comentaba a su amigo Michaux, años después— *y más tarde abandoné el trabajo, porque pensé que esa obra “patriótica” de nacionalismo hebreo, podía llegar a ser perjudicial a la idea de la unificación de la humanidad, y aun para ellos mismos...*

Y sobre sus contactos con grupos sionistas de la juventud varsovia, opinaba: *...al poco tiempo se me hizo evidente que esa idea conducía a ninguna parte y por lo tanto tuve que dejarla, aunque en mi corazón quedara siempre como un querido sueño irrealizable.*

Así que, en la vida social del estudiantado, no tenía participación de ninguna especie. No le atraían en lo más mínimo las secretas o abiertas organizaciones, grupos o sociedades, con los que pudiera tener contacto.

Conoció a Ludwik Krzywicki, estudiante de matemáticas; a su parecer un valioso elemento entre la juventud. Le simpatizaban los demócratas Tadeusz Gieysztor y Henryk Dymcza, compañeros de la facultad de

medicina, que propugnaban por el derecho del sexo femenino a los estudios universitarios.

Pero no se incorporaba a ellos. Consideraba que cualquier momento dedicado a esta o aquella cosa, que no fuera su predilecta idea, era tiempo perdido. Además, según él, los estudiantes —hablando en general— no tenían un objetivo definido, aun cuando todos fueran opositores declarados del Zarismo.

Encerrado en su intimidad con su labor lingüística, que significaba la reconstrucción del idioma, evitaba todo contacto social, o discusiones políticas cotidianas en el estudiantado asistente a la cafetería Tur, anexa a la universidad, sede de sus deliberaciones.

Jentys no había dejado de ser fiel adepto de la Lingvo Universala. Cada vez se interesaba más en el proyecto. Pero no comprendía que la creación de un idioma fuera labor larga y difícil. Con impaciencia instaba a Luis Lázaro a terminar:

— *¡Tú corriges y corriges!... —casi gruñía— Y lo que va a suceder es que alguien se adelante a tu proyecto.*

— *Bueno, —replicó Luis Lázaro— si alguien inventara algo mejor, yo con toda el alma lo apoyaría... y daría por terminado mi trabajo.*

— *¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Qué, no tienes ambiciones?*

— *Esto no es asunto de ambiciones personales. Se trata de una obra superior que debe cumplir la finalidad propuesta.*

Un día, en el verano de 1881, cuando Luis Lázaro caminaba hacia la escuela, a su paso por la cafetería Tur, fue sorprendido por Jentys que salió de ella excitado gritándole:

— *¡Mira aquí, pacienzudo!... ¡Mira aquí! ¡Te lo dije!... —Le puso un periódico en la mano señalándole un texto, y regresó a la cafetería.*

Luis Lázaro leyó el párrafo indicado y la noticia le causó una terrible conmoción. Sintió deseos de echar a correr... ¿a dónde? ¿para qué?... ¡no lo sabía!

Los años de intenso trabajo en ese momento le parecieron totalmente perdidos... No supo cuanto tiempo permaneció parado frente al aparador de la tienda que exhibía pasteles de diversas formas y colores. Lentamente, recobrándose de la primera impresión, sobreponiendo su ánimo al imprevisto golpe recibido, con el semblante ya sereno en apariencia, entró en la cafetería buscando a Jentys.

— *¡Me hace feliz esta noticia! —dijo a su amigo— Puedo decir que ya soy libre! —y añadía, delatando cada vez más la falsedad de sus palabras— Mi amado sueño se cumplió. Ahora puedo aprovechar mi vida!...*

Jentys escuchó esas palabras sorprendido, admirado, sin comprender absolutamente nada.

Luis Lázaro, absorto, ensimismado, sintiendo todo el peso de la derrota, maquinalmente se encaminó a su casa.

Recluido en su habitación releía el escueto párrafo de la importante noticia:

...Juan Martín Schleyer, sacerdote alemán, católico, conocedor de 41 idiomas, inventó —para uso general— una nueva, completa y calificada Lengua Mundial, llamada Volapük. Voz formada de las fragmentadas palabras inglesas: ‘World’, mundo; y ‘Speak’, hablar...

Vinieron días amargos por la desilusión... y los celos. Le parecía haber perdido interés por todas las cosas de la vida. Sinceramente intentó humillar su envidia, sentir como propio el reconocimiento al Volapük. Todo fue inútil.

Desechó su trabajo, pues no quería mistificar con la suya, una lengua, mundial que la prensa calificó de “milagrosa”.

Cautelosamente ocultaba ante todos su congoja. Nunca se atrevió a confesarla, ni aún después, en la época gloriosa.

Pero al fin, aquella pesadumbre fue cediendo con el tiempo, y Luis Lázaro se concilio consigo mismo y con su suerte.

Pronto el sensacional tema fue tratado por los periódicos de todo el mundo. Como cualquier otra novedad, el Volapük se comentaba de muy distintas maneras: Unos opinaban que aquello era signo inequívoco del fin del mundo, (los que definitivamente esperaban esto para el año 1900). Como el “primer paso al Reino de Dios sobre la tierra”, señalaban otros. Y no faltaron innúmeros chascarrillos y sarcasmos de anónimos bromistas. De todos modos, aquí y allá, por todas partes comenzaron a fundarse los primeros grupos de volapükistas.

Zamenhof no pudo adquirir, tan pronto como hubiera querido, un libro de texto para estudiar los principios del Volapük.

Un día, sorprendentemente alguien puso el libro en sus manos... era su padre quien hacía el regalo diciéndole:

— *Aquí están las insensateces de tu colega. Ahora veo que no tenías el monopolio de esta locura. ¿Cómo es posible no poder comprender que es absurdo el afán de hacer una lengua universal? ¿Cómo no creer que los que pierden el tiempo ocupándose de eso, son unos tontos?* —Y sin esperar respuesta se fue, dejándolo solo.

Luis Lázaro devoró con los ojos el contenido del libro. Y después, durante días y días, febrilmente estudiaba y analizaba la obra del lingüista germano, y los artículos que publicaron periódicos y revistas con relación al tema.

— *¡La medicina bien puede esperar en un rincón! ¿No?* —rezongaba Marcos, mientras leía sobre el hombro de Luis Lázaró el texto del Volapük: —*Bap, pab pap, pep, püb, büb, pop.* —*Añade ahora: ¡Bum-plum!... ¡Esto debía impedirlo la policía! ¡Aquí la gente muriéndose de hambre! ¡Todos en la miseria! ¡Y un cretino publica estupideces despilfarrando en tinta y papel miles de libras, marcos y rublos!...*

Pocas semanas de minucioso estudio bastaron a Luis Lázaró para formar su opinión acerca de la obra de Schleyer. A su juicio, nada práctico podía esperarse del vocabulario de la nueva lengua.

Pero sí admiró la facilidad y la lógica de su gramática.

El Volapük despertó gran interés en algunas esferas de muchos países, tanto más, porque estaba asistido de inteligente y profusa propaganda.

También, por supuesto, atrajo la atención del estudiantado de Varsovia donde los “internacionalistas”, con Krzywicki y Jentys en primera línea, dedicaban muchas horas a la discusión del tema.

Luis Lázaró no participaba en aquellos alegatos, y llegó el momento en que sus amigos le obligaron a salir de su mutismo, y lamentando su lentitud y alabando la genialidad y el éxito de Schleyer —cuya obra no les era bien conocida—, le colmaron de preguntas.

Luis Lázaró explicaba:

— *El mundo está ya suficientemente preparado para aceptar la lengua universal. Pero después de tantas pruebas teóricas, debe ofrecérsele algo completo y bien elaborado. Entonces aparece Schleyer con su Volapük. Los hombres aceptan ciegamente esta lengua sin hacerse preguntas-sobre su efectividad. Se repite el hecho conocido en la historia y en la vida: Cuando larga e impacientemente se espera a un benefactor de la humanidad, nosotros nos lanzamos al recibimiento-de cualquier usurpador, si nos dice que justamente él es el hombre que esperamos.*

— *¡He aquí un ejemplo mayúsculo de envidia profesional!* —dijo riendo Krzywicki.

— *¡No, no soy envidioso!* —replicó Luis Lázaró sonrojándose— *Si pudiera creer que el Volapük tuviera, aunque sólo en mínima parte la suerte de ser alguna vez la Lengua Mundial, yo desearía mi trabajo y con toda el alma me uniría, a él. Pero no veo un sólido futuro para el Volapük, y no puedo estar ciego ante su escaso valor. Estoy dispuesto a dedicarlo todo para concluir la lengua universal.*

Los jóvenes no quedaban satisfechos con esa simple opinión, que parecía más bien un desahogo de ocultos resentimientos, y exigieron más explicaciones.

— *No podemos seguir hablando* —respondió— *si no hay base para fundar los argumentos. Primero lean y juzguen ustedes mismos sobre la obra.* —Y puso en las manos de sus amigos el texto del Volapük.

— *Me recuerdas el día 17 de diciembre de 1878* —dijo Jentys en tono sentimental, declamando: — *Malamikete de las nacjes... Kadó, kadó, jam temp' está!*...

— *Eso ya pertenece a la historia* —dijo Zamenhof callándolo con un ademán—. *Le faltaba sencillez y verdadera internacionalidad. Ahora suena así: "Malamikétso de la natióy, Fálu, fálu, yam temp' éstas..."*¹

Jentys se acongojó sinceramente.

— *¡Otra vez! Y ¿cuándo vamos a acabar de aprender? Es que no piensas terminar nunca?*

— *Los cambios son necesarios y no terminarán hasta que aparezca lo que yo deseo!* —Replicó Zamenhof en forma concluyente.

Jentys se esforzó cuanto pudo en analizar el texto de Schleyer, ayudado por Waldenberg, que en esos días visitaba la Universidad de Varsovia.

¡Bien! ¿Qué les ha parecido el trabajo de Schleyer? —preguntó Luis Lázaro cuando sus amigos le visitaron para devolverle el libro.

—*Lingvo Universala es, sin duda, más armoniosa, hay que reconocerlo* —dijo Jentys—. *Pero no podemos admitir tu afirmación sobre la total invalidez del Volapük. Así que, tú, 'filólogo', 'orgullo de la lingüística', preséntanos más claramente tu magistral dictamen acerca de la obra de su excelencia el padre Schleyer.*

Luis Lázaro sabía que tras la broma, el interés de sus amigos era sincero, y se armó del ánimo necesario para desvanecer sus dudas. Meditó por un momento y comenzó así su explicación:

— *El Volapük es una lengua artificial, y se le nombró "mundial" sólo por eso, por su artificialidad. Naturalmente que, si todo el mundo la aprende, todo el mundo la comprenderá. "Aprenda Volapük, —pregona Schleyer— y obtendrá una gran utilidad". Esto puede nacerse con cualquier lengua — aun con la de los hotentotes— y el hecho no dejaría de ser de gran utilidad. Y, ¿sería entonces necesario el Volapük? Porque Schleyer no dotó a su lengua de ninguna otra cualidad, y menos de "internacionalidad", por la cual fuese fácil la intercomunicación de hombres con conocimientos de dos o más lenguas. La dificultad está en dar al idioma "artificial", la característica fácilmente perceptible por hombres de distintas naciones y diferentes lenguas, esto es: "la internacionalidad". Pero esta característica esencial, no la da sólo el hecho de que la acepte todo el mundo. Si el Volapük es "lengua mundial", en este caso, lenguas no-mundiales, no existen. Su mundialidad es sólo cuestión de nombre, del mismo modo que si a una piedra la llamamos "mantequilla" y proponemos que la unten en su pan todos los hombres...*

¹ Escrito: *Malamikeco de la nacioj, Falu, falu, jam temp' estas*

— *¡En la sátira también estamos fuertes!* —comentó con afectada gravedad Waldenberg.

— *En el primer momento estuve dispuesto a unirme a los volapükistas, pues esta idea de “idioma mundial”, para mí lleva implícito el ideal de la unificación. Pero después de su estudio pude deducir que el Volapük es una inconsciente negación de la “internacionalidad”. Mi opinión terminante es que nada se podrá unificar por medio de ella.*

— *¿Por qué? ¡Vamos, continúa!* —animosamente instaba Waldenberg.

En ese momento se presentó un huésped inesperado: el señor Orzechowski, recién venido de Bialystok.

En cuanto terminó de saludar a Rosalía y a los pequeños niños, se había dirigido a la habitación de Luis Lázaro y, familiarmente, sustituyendo el ceremonial saludo con el tema de sus preferencias:

— *¡Schleyer superó a todos!* —dijo mientras abrazaba al joven— *¡A todos y en todo!... ¿No es verdad Luisito?*

— *Precisamente hablábamos del Volapük.*

— *¡Y lo amerita! ¡Ah! ¡Qué descubrimiento! ¡Qué genio!...*

— *La opinión de Luis es completamente diferente* —dijo Waldenberg.

— *¿De veras Luisito? ¿Es cierto?* —preguntó admirado Orzechowski— *¡No es posible! Tú, según he oído, estabas en eso...*

— *Discutíamos, justamente porque yo entiendo algo del tema.*

— *¿Y no percibes las excelentes cualidades del Volapük? Facilidad en la gramática, abreviación en las expresiones, vocabulario totalmente nuevo... ¡y esa gran idea! ¡esa titánica labor!*

— *En algunos aspectos estoy de acuerdo. Pero en muchos otros no,* —dijo Luis Lázaro con un leve sonrojo en el semblante—.

Los ojos del viejo Orzechowski reflejaban pena y admiración a la vez. Le pidió al joven que precisara su punto de vista, y éste repitió sus conclusiones anteriores, añadiendo:

— *De una lengua internacional debe esperarse, ante todo, que sea solución al problema de la intercomprensión humana. Si el Volapük no posee esta cualidad esencial, todas sus demás cualidades nada significan.*

— *Pero, ¡querido amigo! ¡Es sumamente fácil!... Schleyer mostró al mundo que un idioma puede simplificarse a un grado nunca soñado por los hombres. Tal vez por esto, en pocos meses el Volapük conquistó muchos adeptos. Otras lenguas tienen muchas declinaciones, conjugaciones, excepciones... Este idioma tiene solamente una declinación, una conjugación y ninguna irregularidad ni excepciones.*

Luis Lázaro titubeó un instante, luego respondió:

— *Efectivamente, la gramática es muy fácil, la más fácil de todas. Esto es completamente natural. La gramática de la lengua artificialmente construida, no puede ser de otra manera. Tomemos esta comparación:*

¿Podríamos considerar como un mérito, si el hombre que cava un canal entre dos puntos, lo hace recto, y no torcido como cualquier riachuelo natural? ¡Sería absurdo hacerlo igual! Las lenguas naturales tienen muchas irregularidades y excepciones. La lengua artificial, construida inteligentemente bajo las normas de la estricta lógica, debe excluir esos defectos. Porque, ¿quién podría tener la idea de introducir complicaciones en su trabajo? Es más difícil crear problemas, que evitarlos. ¿Que el Volapük es simple?, esto también es natural. Pero el tema es otro. Mi lengua internacional contiene principalmente expresiones usuales —con pequeñas variantes— en gran número de lenguas vernáculas, nacionales, por lo cual, estas expresiones son conocidas o fácilmente identificables por gran número de personas. Así, estos vocablos, realmente internacionales por su origen, enmarcados en el cuadro de una gramática simplificada, pueden constituir ciertamente, la verdadera Lengua Mundial.

— *Entonces el Volapük, a tu juicio, ¿no tiene la menor calidad aceptable?*

— *Aún teniendo algunas, si le falta la principal, que es la mundialidad, cualquiera otra virtud poco significa. Pongamos otro ejemplo: —Nosotros necesitamos un músico. Y nos ofrece sus servicios una persona que no es músico, sino “persona honorable”. Naturalmente lo desechamos, porque requerimos música, no “honorabilidad”. Ahora, ¿suena bien el Volapük? Sus sonidos nos recuerdan el primitivismo inculto de las tribus salvajes. Schleyer, que hizo las palabras a su libre voluntad, con algún esfuerzo y en reconocimiento del valor estético, bien pudo crear un vocabulario armónico y bello. Y las palabras, ¿son fáciles de pronunciar? Bajo la misma ley de su propio arbitrio —si el sonido de una letra no le agradaba— podía, sin más, eliminarla; como lo hizo con la letra “R”. Pudo evitar el uso de toda letra inconveniente y sin embargo el Volapük está plagado de ä, - ö, - ü, letras difíciles de pronunciar para la gente de la mayor parte del mundo.*

No podía menos que causar admiración a sus oyentes el acierto de sus observaciones: eran propias de un maestro. Orzechowski dijo:

— *¡Me sorprenden tus opiniones! ¡Eras tan niño cuando nos separamos en Bialystok!... Y ahora, ¡qué brillantez! ¡Cuántas cosas has aprendido! ¡Pero no te interrumpo, continúa por favor!*

— *Es posible escribir en Volapük, —dijo Luis Lázaro para terminar— pero en él no se puede hablar, porque las expresiones: bap — pab — päp — pep — pöp — peb — pöb — beb — pop — bub — püb, etc., etc., son en extremo semejantes, y las adiciones de diversas palabras, junto con las partículas, dan, por ejemplo, este resultado: “eimatabometöbos”, algo tan primitivo y confuso que nadie podría orientarse en este extraordinario laberinto. Yo supongo que el idioma no fue comprobado por medio de la conversación.*

Jentys y Waldenberg pronto se convencieron. El agradable recuerdo de sus charlas en la Lingvo Universala y las explicaciones concluyentes de Luis Lázaro, pusieron en su lugar, ante sus ojos, los supuestos méritos de la obra de Schleyer. Se despidieron persuadidos de que el idioma ‘de ellos’ sería mejor que el Volapük.

El señor Orzechowski, aun cuando ya sin objetar nada, largamente meditó las palabras del joven Zamenhof en relación con el idioma que él había considerado perfecto. Permaneció en la casa de su amigo algunos días, mientras resolvía los asuntos que le trajeron a Varsovia.

Entre tanto, estudiaba el texto del Volapük, escuchaba atentamente los puntos de vista de Luis Lázaro y discutían acerca de los avances de su propia invención. Estando por emprender el regreso a Bialystok, dijo a su amigo:

— *¡Tu éxito será muy grande! ¡Tienes gran fuerza de convicción y tu idioma comenzó a gustarme!*

— *¡Confío en que he de mejorarlo mucho!* —aseguraba radiante Luis Lázaro.

— *Ahora comprendí que el Volapük tiene un léxico extraño y mal elaborado. Es indudable que un hombre, por muchos idiomas que conozca y muy inteligente que sea, necesitará mucho tiempo para asimilar tal vocabulario. Pero algo peor todavía: los nombres geográficos, las nomenclaturas y expresiones de origen griego o latino, comúnmente usadas y aceptadas generalmente en muchos países, el padrecito los eliminó, sustituyéndolos por impronunciables trabalenguas.*

Luis Lázaro sentía inmensa satisfacción al constatar la superioridad de su idioma, contra la ineffectividad del Volapük; pero le amargaba sobremanera el éxito obtenido por éste en la aceptación pública; pues se preguntaba si tenía derecho —con la eventual publicación de su obra— a destruir la unidad de los hombres animados de la noble idea de la intercomprensión universal.

Junto a estas dignas consideraciones se debatía en su interior la envidia. El estaba consciente de ello y pugnaba hasta lo indecible por no ser fácil presa de esa pasión insana, cuando menos tratando de ocultarla ante los hombres. Pero no podía: siempre que se presentaba la ocasión, la sátira punzante y venenosa sobre la obra de Schleyer, delataba sus ocultos celos.

Porque, a pesar de sus fallas y carencias, el Volapük triunfaba. La intensa y vigorosa propaganda sostenida por Schleyer, los editores y los adeptos, lograba su exitosa expansión.

De esta manera el Volapük adquirió relativa inmortalidad en el mundo.

Y sucedió lo inevitable: los círculos de volapükistas se encendieron y se apagaron como los momentáneos juegos pirotécnicos. El idioma, según la opinión pública, no logró rebasar el interés del plano correspondiente a los simples coleccionistas de chucherías, de bagatelas. La idea de la lengua internacional no estaba justamente valorada todavía, sino aún trunca y desplazada del pedestal de las altas esferas.

Muy pocos adeptos leales tuvo el Volapük. La mayor parte pronto se olvidó de él.

En las noches, plenas de quietud y de silencio, acodado en su escritorio, contemplando a través de la ventana las tenues flamas de gas de los faroles en las calles desiertas, Luis Lázaro meditaba:

Aquel idioma, con todos sus defectos, significaba para él una advertencia: mostraba el error en el que no se debía incurrir. Era obligado dar a su lengua lo que al Volapük le faltaba: belleza, entre muchas otras cosas...

La fallida experiencia del Volapük salvó al joven inventor de sufrir un fracaso semejante.

Parecía no llegar nunca el final de modificaciones y de cambios, —de estos hubo tres, completamente radicales— en cada uno ejercitaba prosa y versos de obras propias o traducidas.

Aquella abundancia original de fórmulas, reglas, partículas y palabras, se iba reduciendo considerablemente al encontrar relaciones entre voces, que podían suplir a muchas de ellas, con la utilización de afijos.

— *En el principio los afijos eran muchos* —explicaba a Jentys y Waldenberg—. *Los sufijos ‘ebl’ y ‘em’ tenían doble forma: activa y pasiva. Existían afijos para los meses, las semanas y los días, y una forma especial para significar las relaciones entre ‘dar’ y ‘tomar’, ‘vender’ y ‘comprar’, ‘instruir’ y ‘aprender’; etc. etc. Paralelamente a las raíces ‘flad’ (sentir por el olfato), ‘palb’ (sentir por el tacto), ‘gud’ (catar por el gusto)... ‘svaz’ (convencer), ‘prov’ (experimentar), ‘trov’ (hallar), etc., existían también: ‘vit’ (mirar), ‘aut’ (oír), ‘palp’ (palpar), ‘gut’ (degustar), ‘svas’ (persuadir), etc. En resumen: ¡un verdadero Volapük!*

— *Felizmente, comprendí muy a tiempo el problema que presenta aprender este vocabulario. Es necesario ofrecer al mundo un idioma extremadamente fácil de aprender. Bajo esta nueva norma estoy eliminando cuanto sea posible eliminar. ¡EL idioma habrá de mostrarse en el espacio, no mayor, al de una ordinaria tarjeta!*

— ¡¡Cómo!! —exclamaron a un tiempo los asombrados colegas.

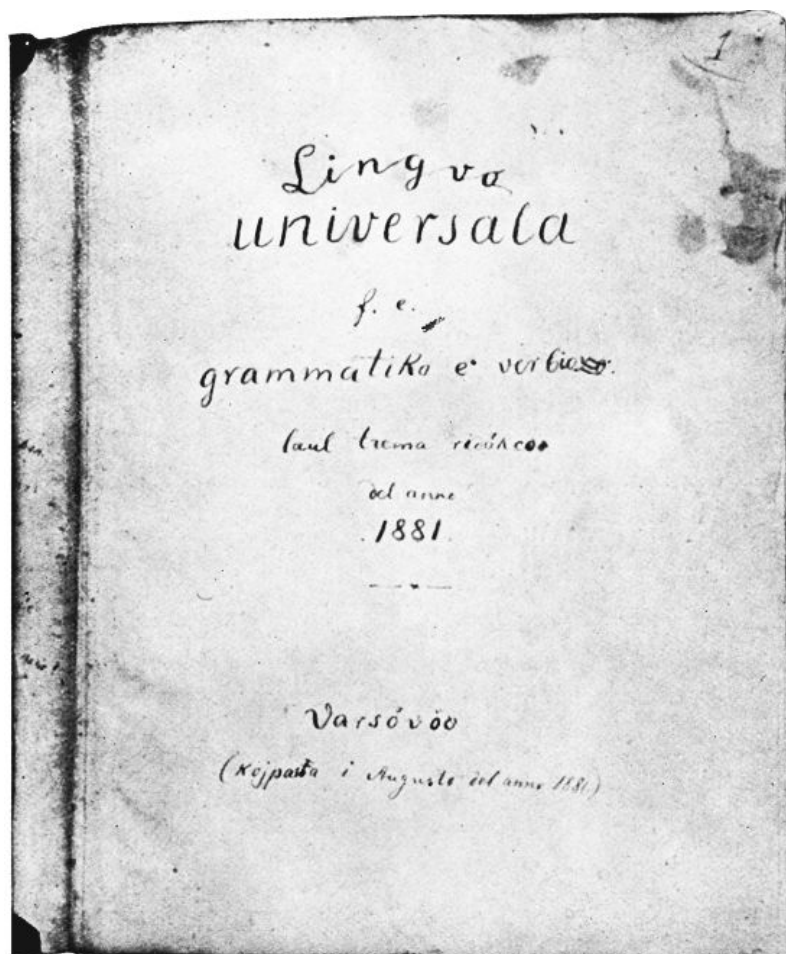
— *Me refiero a la gramática y los principios básicos* —aclaró Zamenhof—. *Enriquecer la lengua, por vía de neologismos, será muy sencillo después, cuando el mundo se haya acostumbrado a manejar hábilmente los más necesarios fundamentos.*

Para este tiempo Luis Lázaro se había olvidado casi por completo de la pérdida de sus manuscritos. De hecho, no fue tan importante como él la consideró en un principio. Así le hacía pensar la circunstancia de que, al final del verano de 1881, ya tenía ante sí otros gruesos cuadernos con los elementos de su resucitada “Lengua Universal”.

El joven era ya un verdadero maestro: había aprendido a asegurar su obra... bajo llave, ante cualquier posible eventualidad.

En sus particulares reflexiones, ante experiencias de tal manera elocuentes, había tomado la determinación de presentar públicamente su obra, cuando tuviera la certeza de que ya era perfecta.

Naturalmente, aún así, no le faltarían errores, porque *errare humanum est*. Pero la intención sería que sus fallas fueran mínimas.



Portada de cuaderno de L. L. Zamenhof de 1881.

De entonces en adelante siguió la rutina: Durante el día, los estudios médicos; en las noches, el trabajo lingüístico. El continuado esfuerzo, propio de una voluntad a toda prueba, duraría así todavía algunos años...

Sobre los acontecimientos de esta época, Zamenhof escribió una carta a su amigo Borovko, en el año de 1895:

Durante seis años probé y perfeccioné la lengua. Esto significó mucho trabajo. En el año de 1878 me había parecido que el idioma estaba listo, escribí en él obras originales y muchas traducciones. Pero las abundantes pruebas efectuadas mostraron, que aquello que en teoría estaba correcto, no era suficientemente eficaz en la práctica. Hube de recortar, sustituir

corregir y transformar palabras, fórmulas o principios que se contraponían o estorbaban unos con otros, a pesar de que en teoría y en pruebas pequeñas, podían parecer aceptables.

Unos elementos, por ejemplo: la preposición 'je' de valor universal; el elástico verbo 'meti' (poner); la neutral y definida final '-aũ' créeme nunca me vinieron a la mente en forma teórica.

Formas que me parecieron importante riqueza para el idioma, en la práctica mostraron ser un lastre inútil —como algunas innecesarias partículas— y fue conveniente desecharlas.

Por el año de 1878 me pareció que para integrar el idioma serían suficientes gramática y vocabulario. Su pesadez y falta de gracia, la atribuía solamente al hecho de mi falta de dominio sobre él.

Pero la práctica me enseñó que la lengua necesitaba 'algo más', intangible... Un elemento sustancial, unificador, que le diera vida, un espíritu definido y propio. Entonces suspendí las rígidas 'traducciones literales' y me esforcé en que las versiones fueran pensadas directamente en mi idioma neutral. Así observé que la lengua dejaba de ser sombra sin fundamento de los idiomas en los que se trata el asunto... Y recibía así su propio espíritu, su propia vida, su definida y particular fisonomía, independiente de toda influencia. ¡La palabra fluía ya por sí misma, flexible, graciosa y libre, como en las vivas lenguas maternas!

El tiempo desprendía las hojas del calendario, dejándolas volar como papel inútil. El denso mechón de cabellos desaparecía prematuramente, dejando al descubierto la frente pálida y amplia.

A pasos agigantados se aproximaba el fin de los estudios universitarios y a Luis Lázaro casi le tomó por sorpresa la llegada del mes de enero del año de 1885.

Tenía entonces veinticinco años.

Fania y Augusta habían formado ya su propia familia. A su hermano Félix poco le faltaba para terminar el bachillerato; Henrico tenía, más o menos, catorce años.

Leoncito y Alejandro habían alcanzado esa edad en que a los niños les es imprescindible pelear, aunque fuera lanzándose pedazos de tiza a la cabeza. Edad también en que, de tiempo en tiempo, se reciben los educativos cinturonzos del padre. Ida se preparaba para iniciar su asistencia a la escuela, sin resignarse a abandonar sus muñecas. El tiempo fluía inconteniblemente.

El joven recién graduado hacía los arreglos necesarios para su viaje a la provincia, donde cumpliría sus prácticas profesionales.

Se veía ahora en el espejo —utensilio que le fuera siempre, indiferente—. Se reconoció en él como un muchacho, pero de aspecto cansado y calvicie prematura. La expresión profunda de sus ojos parecía más triste ahora, a través de su mirada débil: La primera juventud de Luis Lázaro se había extinguido... Pero a su costa había nacido una obra inmensa... que hoy guardaba celosamente en su modesta valija de viajero.

5

El Doctor Esperanto

Veyseye es una tranquila villa lituana bajo la jurisdicción de la Gobernación de Sudovia (Suvalkija). La circundan en pintoresco contraste, densos bosques milenarios e inhóspitas áreas desérticas. El viaje para llegar a ella es fatigoso a causa de sus pésimos caminos.

Casi todos los habitantes de la villa son cazadores.

Ancestralmente las mujeres ejercen el oficio de comadronas y curanderas herbolarias, para atender los achaques esporádicos de sus robustos coterráneos, quienes temerosamente desechan píldoras y medicamentos científicos, tanto como a los médicos que los recetan.

Luis Lázaro llegó allí, animado de los mejores deseos.

Pero encontró una atmósfera pesada e inamistosa.

En el lugar se conocía a los judíos solamente en las profesiones de mercaderes o de sastres remendones ambulantes.

Unos los usaban para espantar a los niños caprichosos; otros para reírse a su costa en anécdotas y chistes de mal gusto.

El joven médico se sentía inseguro en la aplicación de sus recientes conocimientos profesionales; iba pobremente vestido y su modesta personalidad pasaba generalmente inadvertida. No tenía la menor probabilidad de utilizar esa experiencia con algún provecho; tanto más, él lo sabía, su verdadera vocación en nada se relacionaba con la medicina, y era de tal manera sensible, que cualquier dolor humano le conmovía profundamente.

Sólo cuatro meses pudo soportar esa vida amarga, aislada e intrascendente. Y regresó a Varsovia.

Había decidido especializarse en oftalmología y, tras los arreglos necesarios, comenzó a practicar en el nuevo hospital judío ubicado en la esquina de las calles Inflanckiej y Pokorna.

Calladamente, en las noches preparaba el borrador de un folleto para proclamar al mundo la aparición de la nueva lengua. En previsión de las consabidas burlas, optó por ocultar su verdadero nombre bajo algún característico seudónimo.

Tras prolongada selección y rechazo de nombres, le vino a la mente la palabra “esperanza”, esperar... Y meditaba: Soy un hombre en cuya vida todo es esperanza... Dejaba transcurrir uno o varios días y luego continuaba haciendo bocetos, con el seudónimo y el título del libro. Escribía: DOCTOR ESPERANTO.

Esperanto significa “el que tiene esperanza”, “el que espera”...

¡Sí! ¡Definitivamente! ¡Esto es lo propio, lo más indicado! Y ponía después el título: LENGUA INTERNACIONAL Introducción y Curso Completo.

Comenzaba la batalla en otro campo. Pero este título en la cubierta frontal del pequeño librito era ya, sin duda, el corolario triunfal de largos años de esfuerzo.

El librito contenía la gramática y 927 raíces que constituían todo el vocabulario en versión bilingüe: polaco-internacional. A manera de complemento y ejemplos, incluía fragmentos de textos bíblicos, la oración al Padre Nuestro, y algunas versificaciones breves.

En el pequeño volumen anexaba una hoja suelta —para retornarse al autor— pidiendo en ella la “promesa de aprender la lengua” que podría llamarse “internacional”, si diez millones de personas manifestaban ese mismo deseo.

Afanosamente Luis Lázaró buscó un editor, pero su esfuerzo resultaba inútil. Unos se encogían de hombros por no conocer el problema; otros no deseaban revivir la frustrada experiencia de Schleyer; los más temían el riesgo de perder su dinero. Uno de ellos retuvo el libro algunos meses, arguyendo prepararlo para la impresión. Posiblemente las opiniones de sus colegas no fueron favorables para la obra, y suspendió el compromiso. Luis Lázaró estaba desesperado.

Por otra parte, Marcos no se sentía satisfecho con los medianos avances de su hijo, en la medicina. Ambicionaba para él una brillante posición en la profesión médica y en el ámbito social.

Dispuso enviarle a Viena para que se perfeccionase en la nueva especialidad. Luis Lázaró aceptó la idea, aun cuando todos sus pensamientos los ocupara en buscar solución al problema de la edición del libro.

La capital del Imperio Austro-Húngaro deslumbró al joven Zamenhof. Tuvo la impresión de que no existía otra ciudad tan hermosa en el mundo. Todo lo que había leído u oído de boca de los maravillados turistas, ahora lo tenía ante sí, en toda su esplendente belleza.

Pronto se instaló en una famosa clínica de Viena, donde pasaría algunos meses practicando la oftalmología. Pero no era ésta la única, ni su principal ocupación. Posiblemente aquí podría encontrar un editor. Para intentar hallarlo era preciso traducir el texto original, del polaco al alemán, la lengua austríaca.

Nuevamente hubo de alternar el ejercicio médico, con la tarta lingüística. Pero hoy esas labores tenían otro —por cierto muy agradable— impedimento para llegar a buen término: sus rondas cotidianas en la metrópoli de los Habsburgo: sus atractivos eran irresistibles para un joven de su edad, y no terminó la traducción deseada.

A mitad del año de 1886 regresó a Varsovia.

El padre, que tenía plena confianza en la capacidad de Luis Lázaró, recibió a éste como héroe triunfante. ¡Tenía ahora la etiqueta de la

prestigiosa clínica de Viena! ¡Esto le abriría las puertas de la fama, la gloria... y el dinero! —pensaba Marcos, dando por asegurado el porvenir de su hijo—. Tan así lo consideraba, que el relativo abandono de éste, por las materias médicas, y su retorno a la filología, Marcos lo observara sin ningún agrado, pero haciéndose el de la vista gorda.

Sin embargo, no del todo, pues, aunque ya ahora en tono comprensivo y paternal, le decía:

— *¿Qué es lo que ganas con esa preocupación? ¿Dinero?, ¿honoros?, ¿felicidad? ¡Nada! —Los hombres se burlaron de Schleyer y se reirán de ti... Ya tienes 27 años... ¡casi treinta! Otros a tu edad... ¡Yo deseo de ti, hijo mío, más seriedad en la vida! Mucho me preocupa tu falta de ambición. ¿Cuándo piensas ejercer?*

— *El próximo mes comenzaré mis visitas al hospital.*

— *¡Bien! ¡Muy bien! ¡Así te veo distinto! Porque no deseo otra cosa que tu bienestar. Ya es tiempo de que madures... ¡Cásate!*

A decir verdad, Luis Lázaró pensaba, cada vez con mayor frecuencia, establecer su propio hogar. Su temperamento tímido, por no decir introvertido —quizás así obligado por la naturaleza de su poco común idealidad— siempre le impidió incorporarse a una u otra actividad social. Daría la impresión de ser apático respecto del bello sexo. Sus relaciones se limitaban a la reducida esfera de las viejas amistades de familia. Una de ellas era la familia del doctor Levite, un poco mayor de edad que Zamenhof. A su regreso de Viena, Luis Lázaró estrecharía más aquella amistad con sus frecuentes visitas al hogar de su colega. Y allí conocería a Clara Silvernik, su futura esposa.

Ella era cuñada del Dr. Levite, e hija de un rico comerciante de Kovno —en la Lituania rusa—, tenía 21 años, pero parecía más joven debido a su corta estatura; no era muy bella, pero sí espiritualmente encantadora. En aquella ocasión visitaba a su hermana, para pasar con ella el invierno del año 1886.

A Luis Lázaró le impresionó desde el primer momento, y la muchacha quedó maravillada con la idea de la unificación humana por medio de una lengua internacional —que ya consideraba como un hecho glorioso del autor, aunque por el momento reconocido sólo en la familia—. Ella prometió ayudarlo a vencer todas las dificultades, pues mucho antes de llegar a formalizar su noviazgo, se declaraba ya como ferviente adepta de la idea y colaboradora del tímido ‘maestro’.

Los padres de Luis Lázaró recibieron encantados la noticia de esas relaciones y la intención de su hijo para efectuar, en breve tiempo, el matrimonio.

Rosalía se deshacía en elogios acerca de las virtudes de la futura nuera. Y al señor Marcos, aun cuando la avaricia no fuera su defecto, la riqueza del consuegro le proporcionaba la consecuente tranquilidad moral.

Alejandro Silvernik, padre de Clara, no solamente tomó con seriedad — y sin censurar sus ideas e inclinaciones— al futuro yerno, sino que se sintió orgulloso de él.

Luis Lázaro nunca hubiera esperado hallar un horizonte tan vasto y tan abierto, en un hombre cuya principal actividad era el comercio.

— *¡Esto es hermoso! ¡La verdad, un bello pensamiento!* —decía Silvernik—
... *Y su futuro, ¡indudablemente magnífico!*

El 30 de marzo de ese año se formalizó el noviazgo y se fijó un plazo razonable para la boda.

Para festejar de modo significativo el momento, Silvernik aportó el dinero necesario para la edición del texto, considerando el desembolso como parte de la dote matrimonial de Clara.

Ya como novios, los jóvenes se apresuraron a disponerlo todo para la publicación de la obra. Para eliminar predisposiciones y facilitar la tarea de los censores, hubo necesidad de presentar los manuscritos, originalmente redactados en polaco, traducidos a la lengua rusa.

No obstante, la oficina censora demoraba su dictamen varios meses... largos, interminables meses para los impacientes muchachos.

Luis Lázaro pidió a su padre que, como censor que era, los ayudara intercediendo con sus colegas, para apresurar el trámite.

Marcos le contestó gritándole:

— *¡Yo no me expongo a que se rían de mí!*

A manera de desahogo y para calmar su impaciencia, Luis Lázaro informaba, en una extensa carta a su amigo Orzechowski, de los recientes cambios habidos en su vida, y entre otras muchas cosas le decía:

...Comuniqué a mi novia toda la esencia de mi idea y claramente le expuse mis planes de acción para el futuro... y le pregunté si tendría deseos de unir su destino con mi suerte. Ella no solamente aceptó, sino que puso a mi disposición todo el dinero que tenía, para la realización de mis planes... ¡Imagínate, contando además, con la aprobación de su padre!

Los días pasaban y los jóvenes se repetían la pregunta: ¿Permitiría la censura la publicación del libro? La duda era su única respuesta.

La imprenta del maestro Kelter, propuesta para la impresión del texto, estaba en la calle Rymarska.

Aquella vez entraron en ella los jóvenes, con la duda de siempre en el semblante. Fueron recibidos por Kelter, que les mostraba un papel agitando la mano:

— *¡A la acción, Doctor Esperanto!... ¡A la acción! ¡Aquí está el permiso de los censores!*

Los negros ojos de Clara brillaron más al llenarse de lágrimas.

No advirtieron cómo se encontraban ya de regreso en el hogar de Clara. Ebrios de júbilo y esperanza, les parecía que todo era futuro, un futuro triunfal y feliz... ¡el pasado no existía!

Las horas de la noche transcurrían lentas. Sombras y silencio sólo eran otro aspecto de un día feliz, que el maestro deseaba que no terminara nunca.

Había un modo de recordarlo siempre... Y escribía:

*Ho, mia kor',
ne batu maltrankvile,
el mia brusto nun ne saltu for!
Jam teni min ne povas mi facile,
ho, mia kor'!*

*Ho, mia kor'!
Post longa laborado
ĉu mi ne venkos en decida hor'?
Sufiĉe! trankviliĝu de l' batado,
ho, mia kor'!*

(¡Oh, corazón mío, no latas intranquilo,
No saltes ahora de mi pecho!
¡Ya no puedo sostenerme fácilmente,
Oh, corazón mío!

¡Oh, corazón mío! Tras un prolongado esfuerzo
¿No venceré en la hora decisiva?
¡Basta! Tranquilízate por la batalla.
¡Oh, corazón mío!)

— *¡Tu obra conquistará todo el mundo! . . .* —con voz dulce y prometedora le dijo Clara, como saludo en la mañana siguiente—

...Y tú estás triste... ¡vamos! ¡alegrémonos!

— *¡No es posible! Estoy en un grave compromiso. Cuando el libro aparezca será imposible dar un paso atrás. Yo sé la suerte que le espera a un*

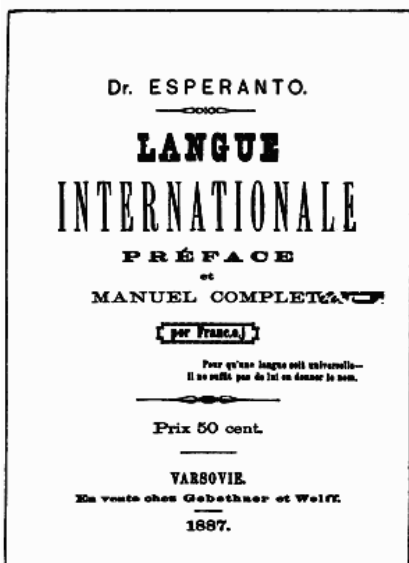
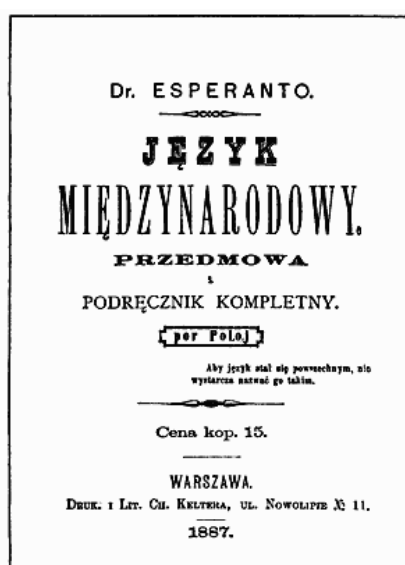
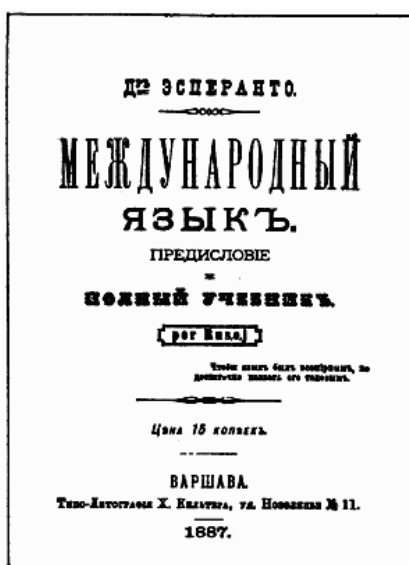
hombre que depende del público. Si la gente me juzga como iluso, dedicado a tareas al margen de la profesión... puedo dar por terminado mi futuro como médico.

— Aunque así fuera, siempre estaríamos juntos ante cualquier problema — aseguraba Clara haciendo esfuerzos para tranquilizarlo—. Si fracasamos, mi padre no permitiría que cayésemos en la miseria. El nos ayudaría.

Aquella generosa disposición, Luis Lázaró la agradecía en el alma, pero no le proporcionaba, el menor alivio.

Vino por fin el gran día: El 14 de Julio de 1887.

El joven Zamenhof tuvo en sus manos el primer ejemplar del libro recién salido de la imprenta.



La primer cartilla, en sus ediciones para rusos, polacos, franceses y alemanes.

... Ávidamente hojeó una por una las páginas del modesto libreto. No las leía. Los caracteres impresos le dieron la sensación de algo extraño, que no le pertenecía... que lo distanciaba de su propia obra. ¡Esta había sido, por tantos años, manuscrita!

Clara y Rosalía estaban encantadas con el libro; más que eso conmovidas, al extremo de llorar de alegría.

Marcos, en el fondo se sentía sorprendido. Terminaron sus admoniciones y sarcasmos respecto de las inclinaciones de su hijo. Ahora consideraba su obra como algo serio e importante, aunque permaneciera escéptico sobre su futuro.

Sólo una semana después de la publicación del texto en lengua rusa, apareció la edición polaca.

Esto ocurría en el excitado ambiente de los preparativos para la boda, que habría de celebrarse el 9 de septiembre del mismo año.

Los novios entorpecían los dichos arreglos, pues le daban más atención a la propaganda y a las gestiones necesarias para distribuir los libros.

Así, la boda se celebró sencillamente, sin pompa alguna, entre familiares y algunos amigos íntimos. Después los recién casados instalaron su hogar en el número 9 de la calle Przejazd.

Terminado esto, —que más bien les parecía un incidente, que hecho tan importante como es el matrimonio—, los jóvenes se apresuraron a intensificar la difusión del libro.

No había para ello más recurso que su propio trabajo, y el de Félix, hermano de Luis Lázaró —entonces estudiante de farmacología—, que diligentemente ayudaba a Clara —mientras el doctor trabajaba en el hospital— en los múltiples quehaceres, como el rotulado y envío de paquetes a las librerías; o ejemplares para promoción u obsequio a redacciones de periódicos y revistas, bibliotecas, profesores, abogados, literatos o simples amistades. Clara dirigía toda la maniobra. Entrevistaba a intelectuales y periodistas, redactaba las informaciones de prensa, corregía pruebas, supervisaba la propaganda escrita, etc.

Su función de “secretaria” del maestro la enorgullecía, pues estaba convencida de la misión de su esposo y de la genialidad con que la cumplía. Se sentía feliz de servir a la noble idea, y a su realizador: un gran hombre.

— *Todavía en este momento.* —meditaba Zamenhof— *el idioma es mío. Pero mi mayor deseo es que lo más pronto posible se haga “internacional”, que sea propiedad de todos, que nunca más dependa de mí.*

Creando pensarlo, debió hablar en voz alta, pues Clara le dijo: —Escríbelo. Haz un artículo con ese tema.

Luis Lázaró estuvo de acuerdo y parte de aquel escrito decía:

... después de que el idioma sea propiedad de la humanidad, ¿yo estaré vivo? ¿habré muerto? ¿conservaré todavía las fuerzas de mi cuerpo y de mi ánimo? ¿las habré perdido? El asunto no habrá de depender, en forma alguna, de todo esto; como la suerte de cualquier lengua viviente no depende en absoluto de esta o aquella persona...

Esta formulación la insertó en otra obra titulada “Libro Segundo”.

Pasaron varias semanas después de la distribución de buen número de ejemplares. Semanas de incertidumbre y de silencio. Parecía que la ya denominada “Lingvo Internacia” permanecía ignorada; como si nadie en el mundo se hubiera enterado de su existencia.

Lo más probable podía ser, que las personas interesadas en ella debían estudiar y asimilar el importante asunto, previamente a la manifestación, por escrito, de su opinión y puntos de vista sobre la obra.

Pero Zamenhof no tenía paciencia suficiente. Su excitación le hacía olvidar este natural proceso. La falta de una reacción inmediata y significativa de parte del público, la sentía como un ominoso augurio. Era de suponerse que desde el principio temía el fracaso. Su extremada sensibilidad y la poca combatividad de su temperamento, le hicieron dudar siempre de poder vencer la indiferencia de los hombres para secundar ideas excepcionales —por su apariencia de cosas raras—, aun cuando fueran, a todas luces, de evidente y práctica efectividad.

Pero comenzaron a llegar las cartas con las opiniones de los lectores. Estas, como debía esperarse, presentaban un contenido muy variado: Junto a unas plenas de entusiasmo y admiración prometedoras y estimulantes —en ocasiones escritas en la Lengua Internacional—; llegaron otras de crítica puntillosa, burlescas o insultantes.

No faltaron ataques del flanco de los volapükistas. En este campo, a los ataques verbales se aunaban agresivos artículos en los periódicos, por los cuales se advertía que la pasión cegaba a los adeptos de Schleyer, impidiéndoles percibir los errores de su obra.

Como es por demás natural, embargaban de fe y entusiasmo a Luis Lázaro, las buenas opiniones y aun las críticas constructivas. No obstante mucho le afectaban la falacia y la incomprensión nacidas del apasionamiento. Pero su madre y su esposa estaban allí, como baluarte y sostén de su espíritu.

Llamaron a la puerta y Luis Lázaro se apresuró a abrir. Ante él estaba un joven como de 30 años; alto, elegante, de porte distinguido, que atentamente preguntó:

— *¿Me sería posible saludar al Doctor Zamenhof?*

— *Yo soy, para servir a usted.*

El recién llegado titubeó, incrédulo por un instante, al mirar en el doctor su sencilla personalidad, su modesta forma de vestir. Pero reaccionó enseguida, añadiendo ahora en tono reverencial:

— *Permítame usted, querido Doctor, presentarle mi respetuoso saludo...*

— *Mucho gusto, señor...* —dijo Zamenhof cada vez más confundido al introducir al joven, y agregaba con voz insegura— *No sé, no sé a qué se debe el placer...*

— *¡Todo el placer y el honor son míos, estimado maestro!*

— *Pero, perdone... ¿Cómo es que usted me conoce? ¿Dónde nos hemos visto antes?*

— *Bueno, —decía el visitante con aire satisfecho— Hoy le conozco a usted. Y quizás sólo un pequeño grupo de personas tengamos tal privilegio. ¡Pero pronto usted será conocido en todo el mundo!*

Las palabras del desconocido eran firmes y vigorosas, como la expresión de sus ojos; y sus rasgos faciales denotaban una enérgica personalidad. Luis Lázaro al advertirlo recobró la confianza.

El joven se llamaba Antonio Grabowski; era conocedor de 30 idiomas y admirador filial de la creación del Dr. Zamenhof. Ingeniero químico de profesión, pero apasionado literato y lingüista. Años más tarde, los numerosos adeptos de la Lengua Internacional, esparcidos en muchas partes del mundo, le llamarían “La Lira del Esperanto”.

Había aprendido el Volapük y en alguna ocasión visitó a Schleyer; sobre esto conversaba con Luis Lázaro.

— *El idioma es de tal manera difícil —decía refiriéndose al Volapük— que el mismo autor tenía dificultades para expresarse en él. Schleyer no dominaba su propia lengua. En nuestras conversaciones se hacía necesario consultar frecuentemente el diccionario, tanto a mí, como a su señoría el padre Schleyer. En cambio vuestra lengua es clara y concisa, sin faltarle sutileza y belleza. La estudio detenidamente, y en otra oportunidad, estimado doctor, me permitiré presentar a usted algunas de mis observaciones respecto a ella.*

La charla fluía amena y cordial en el idioma del Doctor Esperanto.

Aquel encuentro produjo a Luis Lázaro momentos muy placenteros. Durante la conversación se hacía patente el talento de Grabowski, adornado de fino ingenio humorístico, y sobre todo, la cualidad más afín con el maestro: un corazón noble y generoso. Hubo en esa charla una circunstancia excepcional: era el primer diálogo sustentado en el idioma, por personas desconocidas entre sí. Fue, además, el principio de una fraternal amistad que se prolongaría toda la vida, plena de afecto, de comprensión y de lealtad.

Grabowski, ansioso de colaborar con el maestro, presentó a éste las observaciones prometidas: Decía no gustarle la palabra “kaj” (pronunciada ‘kay’), pues prefería la voz latina “et”. Criticaba la final “-j” (pron. “y”), para formar el plural de sustantivos y adjetivos. Y sugería otros cambios de algunas combinaciones de palabras. —*El vocabulario está abierto a toda nueva aportación y cambios* —advertía Zamenhof con sinceridad—. *Sin embargo, los cambios y los neologismos será prudente introducirlos cuando el mundo haya entrado en plena posesión de la lengua internacional.*

Así, llegado el momento, Grabowski, además de su abundante creación poética, inventó 209 neologismos y muchos de ellos, la mayor parte, vinieron a enriquecer el vocabulario de la lengua.

Mientras tanto, el eco del idioma se extendía más y más invadiendo otras partes de Europa. Los diarios comenzaron a publicar amplios comentarios sobre la obra del Doctor Esperanto.

Llegaron, cartas de Alejandro Brzostowski y José Wasniewski, famosos periodistas de Varsovia, declarando su entusiasta aprobación. De Lodz la adhesión del eminente químico Francisco Ender: en su carta, escrita en el idioma, prometía propagarlo entre sus amigos, pues era tal su convicción al respecto, que había reunido un grupo de niños para enseñárselo, solventando a su costa todos los gastos.

De Bulgaria, Iván Georgov, profesor de filosofía, consideraba inaplazable la popularización del valioso recurso, y para esto, ofrecía su desinteresada ayuda.

Tres personalidades de la Universidad de Odesa, el Sr. Timofjej Seavinskij, del cuerpo docente; el Director de la Facultad de Química, Dr. Vladimiro Gerriet, y el Rector, señor Samoil Satunovskij, enviaron su reconocimiento conjuntamente expresando sinceros deseos de éxito para la empresa.

Correctamente escrita en el idioma, llegó una carta de Crimea. La enviaba Antonina Chajkovskaja, jovencita de quince años, informando que no escribía a nombre de ella solamente, pues formaba parte de un grupo de admiradores y estudiantes de la lengua; y explicaba también que —tomando el seudónimo del Doctor— ella la había nombrado ‘Esperanto’.

Simultáneamente, muchos otros adeptos usaban este nombre con la misma referencia. Al percatarse de ello, Grabowski sancionó el consenso general exclamando:

— *¡Excelente nombre para el idioma!*

Hubo cartas muy apreciadas por Luis Lázaro, ya por lo que se manifestara en su contenido, o bien por la categoría académica o intelectual de los corresponsales.

Leopoldo Blumental, estudiante de jurisprudencia en la Universidad de San Petersburgo, usando el seudónimo ‘Leo Belmont’ fue quien dio los

primeros pasos para introducir el idioma en literatura; dijo al final en una de sus cartas:

...el triunfo es vuestro, señor.

La correspondencia crecía día tras día, y consecuentemente la necesidad de nuevas ediciones. . . , para las que ya no había dinero, pues la dote de la esposa se había agotado por completo y todos los gastos recaían ahora sobre los no muy abundantes ingresos del trabajo de Luis Lázaro, como médico de no mucha categoría.

Pero la obra no podía detenerse en esa etapa, y el maestro nunca tuvo la idea de usufructuarla en forma lucrativa. A pesar de todo, la nueva edición se efectuó, ahora en las versiones: francesa, inglesa y alemana; lenguas de países que muy pronto conquistaría la creación del Doctor Esperanto.

Tiempos aciagos

El 11 de junio del año de 1888, llegó la primera aportación de Clara a la humanidad y al hogar del Dr. Zamenhof: Nació Adán su primar hijo.

La abundante correspondencia con personas de gran parte del mundo, la intensa labor literaria y lingüística, la traducción y propaganda de las nuevas ediciones, juntas con el desempeño de la profesión, privaban al padre de prodigar, como fueran sus deseos, mimos y atenciones a su mujer y a su hijo.

Su labor daba otros frutos que imperiosamente reclamaban, de igual modo, su atención: El 18 del mismo mes de junio, la censura aprobó otra obra del maestro, titulada *Libro Segundo de la Lengua Internacional*. El pequeño folleto, de 52 páginas, se presentaba al público como la primera parte de un libro que formarían seis cuadernos de edición bimensual. Este proyecto no se pudo cumplir; en su lugar, editó un *Complemento al Libro Segundo*, de sólo 19 páginas. El folleto contenía traducciones de obras famosas, entre ellas: “Sombra” de Andersen, “Expresiones Populares” de Hems, “Canto de Estudiantes” y otras obras de Heine. En el prólogo daba contestación general, a preguntas de los corresponsales que no podía satisfacer directamente.

Tan absorto le tenía el cumplimiento de este grave compromiso contraído con el público, que no se daba cuenta de que su hogar ¡comenzaba a padecer carencias; pues los gastos crecían y las visitas del doctor al hospital, obligadamente se interrumpían con frecuencia.

Marcos se daba cuenta de aquella situación y temía sus consecuencias. Ciertamente, ahora admiraba a su hijo: no podía menos que reconocer su excepcionalidad y su talento, que desgraciadamente no empleara en su provecho... Pero él era su padre y algo debía hacer, aunque fuera solamente advertirlo:

— *¡Si me escucharas... —le decía en tono suplicante— serías ahora un médico famoso! Tus recursos y bienestar serían mucho mayores y podrías más fácilmente realizar tu sueño... Yo veo que, a pesar de tan grandes aptitudes, el futuro te ofrece sólo penas. ¡Procura no desperdiciar la vida!*

— *Pero, ¡si esto es un éxito! —respondía convencido Luis Lázar— En todo el mundo se fundan círculos y agrupaciones esperantistas... ¡El triunfo es evidente!*

Y así era. No solamente crecía el número de adeptos, pues además, particularmente valiosa se estimaba la adhesión de hombres notables, entre éstos: el ruso Alejandro Filipov; de Estonia, Edgar de Wahl; y los alemanes Leopoldo Einstein y Christian Schmidt.

Los dos primeros propagaban el Esperanto por medio de la prensa rusa. Y el famoso periodista Einstein, originario de Núremberg, hacía lo mismo en los diarios germanos. En muy poco tiempo estableció un vigoroso movimiento en Alemania, sin escatimar esfuerzo ni dinero. Fue un verdadero apóstol de la idea. Desde la distante Núremberg envió un proyecto a Zamenhof, que consistía en convocar a los interesados para editar una revista mundial en el idioma. Prometía también atraer al movimiento, al grupo de volapükistas —del que él había formado parte antes de conocer el Esperanto—. Einstein y Schmidt, ya unidos, comenzaron a trabajar en el proyecto de aquella publicación.

El año de 1889 fue un período pródigo en ediciones esperantistas: En Varsovia apareció el *Vocabulario Ruso-Internacional*, obra del Doctor Esperanto. En Rumania, la activa esperantista Marta Frolie, editó el *Vocabulario para los rumanos*. Einstein publicó en Núremberg dos folletos informativos, en alemán. El primer esperantista activo en las Islas Británicas, Richard Georghegan, dio a conocer su traducción del libro de Zamenhof, en lengua inglesa. De Wahl distribuyó un pequeño *Vocabulario Esperanto-Español*, y animado por la aceptación que tuvo de parte del público, en el mismo año tradujo al Esperanto la conocida novela *La Princesa Mary*, de Lermontov.

A fines del año de 1889 y comienzos de 1890, el Prelado Alejandro Dombrowski de Lituania, con Rodolf Libeks de Letonia, imprimieron un libro de texto para los pueblos bálticos.

Grabowski estaba muy orgulloso de la publicación de sus traducciones de las obras de dos grandes poetas: una comedia de Goethe: *Los Hermanos*, y una novela de Pushkin: *El Vendaval de Nieve*.

Se cumplió, también en esas fechas, el deseado proyecto de Einstein, Schmidt y Zamenhof: con el nombre de *El Esperantista* fundaron la primera revista en el mundo en Lengua Internacional, Su publicación sería mensual y el primer número debía aparecer en Núremberg, el primero de septiembre de 1889.

Para entonces todos los recursos económicos de Luis Lázaro se habían agotado, pues poco antes había encargado imprimir algunas obras de Einstein. Para la familia, aquella situación se hacía más penosa, porque estaba en espera de su segundo hijo.

A la vez, los ataques de los volapükistas contra el Esperanto y su creador, se hacían más enconados. La prensa y las tertulias fueron su campo de batalla. Pues en las reuniones de esperantistas aparecían eventualmente los adeptos del Volapük y se volcaban en furibundos reproches.

Zamenhof preparó un artículo en defensa de su posición y de su obra. Con el título “Esperanto y Volapük”, el escrito sería publicado en el primer número de la gaceta. Pero antes de eso Luis Lázaro y Grabowski sostuvieron una polémica con los volapükistas militantes, en la que el maestro afirmaba:

— *No es el Esperanto el que daña al Volapük* —dijo, después de oír las recriminaciones de sus oponentes— *sino quizás ha sucedido lo contrario. Porque todos los hombres idealistas, que con el recurso de una lengua internacional pensaban unificar la humanidad, al fracasar el Volapük en razón de sus defectos, desconfiaron de un nuevo sistema de la misma índole, y rehúsan conocerlo y adherirse a él, por considerarlo inútil.*

— *El Volapük allanó el camino para ser aprovechado por nuevos sistemas.*

— *En la forma como han sucedido los hechos, más bien lo dificulta; porque con su existencia, las nuevas ideas han encontrado una decidida oposición. Pues es evidente que los volapükistas, a la aparición de los nuevos proyectos, tomaron una actitud de ataque, con afán de destruirlos. Estas son las desventajosas circunstancias en las que aparece el Esperanto, y, a pesar de todo, ha adquirido amigos cuyo número crece, constantemente. Todos ellos están de acuerdo respecto a su efectividad y creen en su futuro.*

— *Y entre ellos también hay volapükistas* —añadió Grabowski—. *Por ejemplo yo, que he podido reconocer la superioridad del Esperanto. Yo aseguro a ustedes, señores, que muchos de vuestros connotados compañeros, fieles al Volapük, les ha faltado valor para declarar públicamente, lo que en particular han confesado entre nosotros: ‘que el Esperanto es el único camino para realizar el ideal propuesto’. Y aun podemos decir que ellos han estudiado y aprendido el idioma.*

— *¡El Esperanto es el enemigo de la idea de la lengua internacional!* —afirmaba fuera de sí un volapükista— *¡Usted, Sr. Grabowski, no deseo ofenderlo, pero usted es un renegado de nuestro movimiento.*

— *Ustedes, señores, ¿conocen el idioma y sus propósitos?*

— *¡No necesitamos saber nada de eso!*

— *¡Justamente!* —replicó Grabowski sonriendo—. *Así se explica que, si ustedes no lo saben, el movimiento volapükista puede estar seguro respecto de vuestra lealtad.*

— *Yo lo sé* —terció otro, hablando más serenamente—. *Pero opino que la introducción de un nuevo método, sin importar qué tan bueno sea; resulta peligroso para nuestros objetivos... y confieso con pena, que presiento mucho éxito para el Esperanto.*

— *Y tales consideraciones, ¿no vienen a implicar una incongruencia?*

— *No. Usted, Dr. Zamenhof, por procurarse honores, o alguna otra utilidad; interfiere de modo que pone en peligro el misticismo implícito en la idea. Usted destruye la unanimidad. . ‘Concordia parvae res crescunt. discordia maximae dilabuntur’ (por la concordia crecen las cosas pequeñas, por la discordia perecen (aun) las más grandes). Más justo sería que usted se uniera a nosotros, en vez de fundar una facción disidente. A usted le seguirían todos los esperantistas y pronto alcanzaríamos nuestro común propósito.*

El tono en que hablaba denotaba su convicción profunda y sincera.

— Yo estimo en todo su valor la lealtad de un hombre a sus ideas. — respondía Zamenhof reverente—. No es la suya la primera invitación que recibo instándome a abandonar mi camino, ante el riesgo supuesto de malograr la empresa. Pero es imposible unirme a algo que no pueda tenerle fe. Para ninguno de ustedes, señores, puede ser la “lengua internacional” un sueño tan querido, como lo es y ha sido para mí: Yo crecí con ella, ligué a ella toda mi vida; le di todo lo que tenía: niñez, juventud, tranquilidad... ¡y sufrí y sufriré por ella para hacerla digna y apta ofrenda a la concordia humana! Si pudiese creer que el Volapük tuviera la posibilidad de cumplir la finalidad que buscamos, no seguiría adelante; ni aun suponiendo que mi proyecto pudiera ser mejor que otros. Uniría mi esfuerzo para el progreso de Volapük, a pesar de percibir sus graves errores.

— El camino ha sido abierto —señalaban ellos— y usted experimenta peligrosamente.

— Los experimentos reformistas los consideré siempre peligrosos, si no se ha obtenido antes el consenso unánime del público. En el consenso unánime, a mi juicio, radica la esencia del proyecto...

La controversia fue larga y tediosa por la abundancia de requerimientos banales y apasionados, para los que el maestro se esforzó en dar acertadas y convincentes respuestas. Pero no le complacía el éxito en el plano de las discusiones; el tema no estaba propuesto —al menos según él lo había pensado—, para ser motivo de polémicas insustanciales que —como llegó a preverlo— produjeran discordia entre los hombres. No obstante, no rehuiría nunca la obligación de defender sus convicciones, ya que al manifestarlas tenía la esperanza de que otros, eventualmente, las hicieran suyas. Como halagadora respuesta a estas reflexiones, días después recibía la adhesión de una parte del grupo de aquellos sus tenaces impugnadores.

El primero de septiembre de 1889, conforme estaba previsto, apareció en Núremberg el primer número de la gaceta *El Esperantista*. En ella se publicó el artículo de Zamenhof, con cuyas declaraciones y bien fundados argumentos, anulaba toda posibilidad de polemizar vanamente sobre el tema.

La información sobre nuevas adhesiones de personas relevantes de diferentes países y distintas especialidades, denotaba que el Esperanto adquiriría fama en el mundo.

Humanistas e idealistas, como George William Roome, profesor inglés; el periodista francés, Gastón Moch; el comerciante Karl Wallon, activo fundador de grupos en varias ciudades alemanas; el teólogo sueco Axel Rundstedt y el topógrafo Wilhelm Heinrich Trompeter, de Westfalia... fortalecieron en ese tiempo las filas del esperantismo activo. Se hizo necesaria la edición de un *Directorio de Esperantistas*, para facilitar la comunicación y la coordinación de sus actividades.

Pero ya desde el principio, el movimiento comenzaba a acusar altibajos y diferencias, no en la ortodoxia de la idea, sino en su desenvolvimiento. En Sofía. Bulgaria, se había fundado la revista, *El Lingüista Mundial*, que era orgullo de los grupos locales; después de cuatro meses de regular funcionamiento, murió por falta de recursos. La siguiente, *La Espero* (La Esperanza), a pesar de su nombre, no tuvo mejor suerte que aquella. El mismo riesgo amenazaba a *El Esperantista* que fungía como estandarte del movimiento mundial. Los precarios recursos para su sostenimiento, desde el comienzo de su publicación hicieron dudosa su subsistencia. Zamenhof se aprestó a auxiliarlo materialmente.

Cuando le comunicó a su esposa esa decisión, Clara inclinó la cabeza y permaneció callada.

— *¿Qué te pasa?* —preguntó alarmado al mirar las lágrimas en las mejillas de su esposa—.

— *¡Es que ya no tenemos un solo centavo!* —balbuceó Clara, con angustiosa voz—.

— *¿Es posible?*

— *Tenemos deudas... Tú trabajas excesivamente... es natural que no te hayas dado cuenta. Por eso te advertía algunas veces... no deseaba alarmarte, no quería que interrumpieras tu esfuerzo.*

Luis Lázaro quedó pensativo. No había dinero ni para enviar unas cartas. Comprendía la gravedad de las circunstancias y la necesidad de tomar una resolución terminante.

Eran de tal manera uno solo en su cariño, en sus sueños y en sus penas, que pronto estuvieron de acuerdo en la forma de resolver el problema: Venderían su casa, y por el momento, Clara y su hijo vivirían en Kovno, al lado de su padre; Luis Lázaro viajaría a Herson, una pequeña provincia en el sur de Rusia, en busca de mejor suerte.

La villa se encuentra situada en medio de áridas estepas. Sus calles estrechas, no muy largas, estaban desiertas. Daba la sensación de ser un pueblo deshabitado. Aun la calle principal, Bolsaya Sobornaya, tenía el mismo aspecto. Solamente Nabyerenaya, donde se concentraba el comercio en multitud de pequeñas tiendas y barracas, se veía animada con una concurrencia heterogénea, pobre en su mayoría.

Entre los habitantes había muchos griegos y comerciantes hebreos, casi todos pertenecientes a la secta de “Los Viejos Creyentes”.

La razón de haber elegido ese lugar, era que allí había solamente una doctora oculista, y así él esperaba ganar lo suficiente para sostener a su familia.

Con el poco dinero que llevaba —parte del producto de la venta de su casa— alquiló dos habitaciones en la casa de Tarle, en la calle Hannibalovskaya, e instaló en una de ellas su modesto consultorio.

Los primeros días salía de vez en cuando para conocer la ciudad y relacionarse con alguien. Eligió un restaurante griego, de muy mediana

clase, para tomar sus alimentos habituales pero frecuentemente se indisponía por la mala calidad de la comida.

Rara vez llegaba un cliente al consultorio. En la ciudad abundaban los enfermos de los ojos, pero nadie tenía la intención de curarse. La doctora, su colega, era más que suficiente para atender a los escasos pacientes, casi todos de la clase más humilde.

Zamenhof quedó desilusionado. Esperó por algún tiempo que las cosas cambiaran, al menos a una mediana mejoría.

Muchos años después comentaba aquellas circunstancias, diciendo:

... los ingresos allí obtenidos por el ejercicio profesional imposibilitaban, no sólo el sostén económico de mi familia, sino que no bastaban para que yo comiera, no obstante mi extremadamente modesta manera de vivir... llegaron ocasiones que hube de dormirme con el estómago vacío...

En las cartas a sus padres y a su esposa, no les informaba sobre su apremiante miseria. No quería entristecerlos ni preocuparlos.

Mentía al decirles que prosperaba y que tenía esperanzas de reunirse muy pronto con la familia. Y entonces no solamente le atormentaba la pobreza, sino también el engaño de sus seres queridos, en razón de sus involuntarias mentiras.

La nostalgia le invadía. Añoraba su casa de Varsovia, ahora perdida... la actividad esperantista, sobre la que tenía apenas escasos y vagos informes, sus padres... pero sobre todo su esposa e hijo.

En este estado de ánimo se hallaba, cuando Clara, en una carta le anunció el nacimiento de su hija, que recibiría el nombre de Sofía. Limpió el frío sudor de su frente y se declaró vencido... no él, sino más bien, la férrea obstinación de su orgullo.

No pude sostenerme más, —relataba años después— confesé a mi esposa toda la verdad... Su tristeza e insistencia para pedirme aceptar dinero de su padre, terminaron con el orgullo que me impedía recibir la ayuda de alguien. Acepté el apoyo económico de mi suegro, quien, tanto entonces, como después, nunca rehusó auxiliarnos con generosas sumas de dinero...

En mayo de 1890 regresó a Varsovia, dispuesto a ejercer la profesión de la mejor manera posible. Esta vez se instaló en la calle Nowolipki, contigua a la Nowolipie, y Clara y los niños vinieron de Kovno para reunirse con él.

La reanudación de la vida familiar y los contactos esperantistas, interrumpidos durante su ausencia, las buenas noticias sobre la marcha del movimiento, hicieron renacer el ánimo y la fe de Luis Lázaró; cuando menos mientras duró la ayuda económica de su suegro. Porque el préstamo se agotó pronto y la clientela del médico, hasta entonces, no daba lo suficiente para cubrir los gastos familiares. Nuevamente se contrajeron deudas que resultaban penosas y humillantes. Además, el estado de salud del maestro era delicado. Felizmente, los solícitos cuidados de su esposa ahora los tenía a la mano. Era admirable en ella que, habiendo pasado su niñez en la opulencia, conservara su serenidad

y fortaleza de espíritu, su alegría y optimismo en tan difíciles circunstancias. Parecía comprender cómo es la vida de los grandes hombres, y estaba conciente del papel que en ella le correspondía ejercer.

El 30 de septiembre de 1890, en el noveno número de *El Esperantista*, en la página 45, apareció la siguiente nota:

Todo asunto relacionado con esta gaceta, desde su próximo número, deberá ser tratado con el Dr. L. L. Zamenhof, a cuyo cargo queda la publicación.

Imposible rehuir el compromiso. La revista no debía morir, como había sucedido con las otras. Esta era la insignia del esperantismo mundial, debía hacerse lo indecible para que siguiera adelante. No había con qué pagar colaboradores, así que, todo el complejo trabajo tenía que ejecutarlo él solo.

Comía irregular y apresuradamente, dormía poco, descuidaba, muy a su pesar, la atención a la profesión y a la familia. Porque la revista significaba solamente parte del trabajo editorial, pues preparaba la impresión para publicar la segunda edición del libro de texto. Hacia mediados de 1891, dicho texto se publicó en 17 idiomas. En mayor número en las ediciones de las lenguas polaca y rusa; pero también, en buena cuantía en la danesa (Christian Nielsen en Flensburg), la italiana (Daniele Marignoni en Crema), la española (José Rodríguez Huertas en Málaga) y la checa (F. L. Lorenz en Pardubice).

El teólogo Axel Rundstedt editó también un texto para los suecos, sus connacionales; y Grabowski, un libro con el título *El conductor Internacional de la Conversación* con modelos de correspondencia.

Pero, a estas ganancias del movimiento mundial —por las cuales comenzaba a dar el aspecto de un organismo con vida propia— se unían también lamentables pérdidas, irreparables, según el sentir del maestro. Una de ellas fue la muerte de Leopoldo Einstein, ocurrida el 8 de septiembre de 1890. Su nombre, opinaba Zamenhof, debería escribirse con letras de oro en La historia del Esperanto.

El año siguiente quería suponerse más benigno. Luis Lázaro envió un saludo a los lectores de *El Esperantista*:

A nuestros amigos, en todas las naciones, les enviamos nuestra cordial felicitación con motivo del Año Nuevo. Esperemos que esta etapa dé a nuestro ideal la persistencia y la fuerza necesarias para su pronta realización en todos los ámbitos del mundo.

Los buenos deseos del redactor quedaban como tales: sin obtener adecuada respuesta. A mediados del mismo año explicaba —en otros términos— a sus lectores:

...Observemos en qué condiciones de vida se encuentra nuestro órgano. La impresión del boletín cuesta 500 rublos anuales. Los ingresos por suscripciones, solamente cubren la mitad de dicha suma. Cuando el que escribe este informe tenía capital propio, lo aportó totalmente para no interrumpir el curso normal de la publicación. Pero con motivo de las fuertes erogaciones que imponía la edición de otras obras y la propaganda para su divulgación, llegó el momento en que el monedero mostró su fondo completamente vacío. Si hasta hoy continúa la labor es a fuerza de voluntad... y de nuevas deudas. La situación se hace cada vez más insostenible...

Y en el número 11-12, correspondiente a los meses de noviembre y diciembre del mismo año, se vio precisado a anunciar:

Con la publicación del presente número estoy obligado a interrumpir esta actividad por algún tiempo. No es por el trabajo que ella implica, ni por falta de voluntad. El asunto es de tal manera valioso y querido para mí, que voluntariamente no lo abandonaría un solo día, si esto fuera posible. Pero el hombre depende de las circunstancias, contra las cuales la mejor voluntad puede luchar solamente hasta cierto límite... ha llegado el momento de la absoluta imposibilidad de continuar...

El auxilio para salvar la vida de la publicación llegó pronto en forma por demás inesperada: El topógrafo alemán, de Schalk, en Westfalia, W. H. Trompeter, que poco antes editara un texto del idioma internacional en alemán; ofreció financiar la gaceta con sus propios recursos. Envío la suma necesaria para cubrir, por tres años, los gastos de la edición, y destinó cien marcos mensuales de sueldo al redactor.

Su generosa ayuda salvaba así, la base fundamental de la organización mundial.

Grabowski vino a saludar a Zamenhof, para mostrarle otro éxito de sus traducciones. —Le hacían feliz las opiniones y juicios del maestro sobre sus trabajos—. Se trataba ahora de *Janko Muzikanto*, versión al Esperanto de un cuento de Henryk Sienkiewicz (*Janko Muzykant*), editada en Núremberg. Y entonces encontró a Zamenhof feliz como nunca le había visto antes ¿Qué le ocurría?

Zamenhof felicitó a su amigo y casi sin aliento, por la emoción que le embargaba, refirió la acción de Trompeter.

— *¡El peligro ha desaparecido para siempre!* —afirmaba al terminar lleno de confianza y optimismo—. *El futuro podemos considerarlo completamente asegurado... Todos los temores, todas las preocupaciones*

pasaron ya definitivamente. El trabajo será más eficaz si marchamos adelante con el espíritu tranquilo.

Complementaban el favorable panorama las buenas noticias venidas de distintos países: de Vladivostok informaban de la fundación de la primera sociedad oficial esperantista en esa ciudad. De San Petersburgo, otra sociedad igual a aquella, con el nombre de “La Espero”. El primer esperantista francés Louis de Beaufront, tradujo, para los franceses, el texto de Beckmann, y en Bélgica apareció un folleto informativo de Lemaire, titulado *L'espéranto, solution triomphante du problème de la langue universelle*.

Sin embargo, aquel futuro optimista y feliz, no incluía en su programa lo que a la vida familiar correspondía.

No mucho tiempo después, Rosalía enfermó de gravedad y defraudando a todos los familiares en la esperanza de su alivio, tras largo padecimiento, murió inesperadamente en agosto de 1892.

Luis Lázaro fue el hijo más querido, el predilecto de aquella quieta, amorosa y noble mujer que fue su madre, y, justamente por eso, para él entre toda la familia, su desaparición resultaba más profundamente dolorosa.

La viudez cambió completamente la personalidad de Marcos. Desapareció su carácter severo e intransigente y se tornó sensible y melancólico. En el trato con sus hijos se mostraba —como nunca antes— comprensivo y humilde. Le conmovía hondamente el recuerdo de su esposa a quien ponía como modelo de mujer y de madre. No cumplía los cincuenta y cinco años, pero se sintió envejecer de pronto a causa de aquella desgracia que, según él, cruelmente le había mostrado la vanidad de la vida.

Los hijos menores permanecieron a su lado, y los que ya tenían su propio hogar seguían considerando la casa paterna como su propio nido, al que visitaban asiduamente, por lejana que estuviera su residencia.

Durante toda su vida, el Sr. Marcos fue persona sobria, atenta y responsable. Ahora se le veía apático y distraído, defectos que se fueron acentuando hasta que estuvieron a punto de conducirlo a la cárcel; pues en cierta ocasión, como censor de la gaceta *Berliner Tageblatt*, pasó inadvertido el anuncio de una taberna, en el cual —a modo de publicidad— se informaba que entre la habitual clientela del referido establecimiento, se contaba con la distinguida presencia del Zar Alejandro III.

El gobierno ruso instruyó un proceso penal al censor que tan disipadamente permitió el traslado, a suelo ruso, de la aberrante noticia que difamaba la dignidad del Zar.

La familia se alivió de su congoja y pudo al fin respirar libremente, cuando cesó la amenaza de encarcelamiento a su padre. Todo quedó en el pago de una multa de 5.000 rublos, por falta de responsabilidad.

Luis Lázaro aportó el dinero gustosamente. No importaba, dadas las circunstancias, que ese imprevisto desembolso le dejara en la más completa inopia.

Algunos amigos médicos le sugirieron que se estableciera en la provincia, donde encontraría mejores oportunidades. También él así lo consideraba, pero se resistía a separarse de su círculo esperantista, más vigoroso y activo allí, en Varsovia, que en ningún otro lugar de toda Polonia.

La necesidad le hizo ceder y el año de 1893, en octubre, vendió su casa, y esta vez, junto con la familia se trasladó a Grodno, donde el costo de la vida era más barato, la competencia profesional mucho menor y, en vista de esto posiblemente sus ingresos aumentarían.

La urbe, con población de, más o menos, 30.000 habitantes, se hacía llamar pomposamente, Gobierno de Grodno.

Las pintorescas riberas del Río Nyemen y el Castillo de Sus Altezas, los Reyes Polacos, constituían sus únicos ornamentos.

Al poco tiempo de haberse instalado allí, recibió noticias de la fundación de la Sociedad Esperantista de Varsovia, formalmente instaurada por sus amigos: Antonio Grabowski, Leo Belmont (Leopoldo Blumental), A. Brzostowski. Wesniewski, Janowski, Robín, Golber, y sus dos hermanos, Félix —recién graduado farmacólogo— y Henrico, estudiante de medicina; más algunos otros.

Sobre esto, a las pocas semanas de formal funcionamiento, las autoridades suspendieron el permiso oficial a la Sociedad y ésta con todos los miembros, volvió a tomar el carácter de agrupación privada.

Pero el enriquecimiento bibliográfico no se interrumpía por esos incidentes: en Varsovia. apareció la segunda edición de *La tempestad de nieve*, cuento de Alexander Pushkin, en traducción de Grabowski; en Upsala, un texto de instrucción para suecos de B. G. Jonson; en Núremberg, E. Neumark tradujo de la *Biblia* el *Libro de Ruth*. Poco después, Vasiliy Nikolaievich Devyatnin vertió del ruso del poema *Demonio*, de Mijaíl Lermontov, y el drama histórico *Boris Gódunov*, de Pushkin. En París, de Beaufront editó un *Devocionario Católico*.

El Doctor y la familia, mal que bien, pronto se acostumbraron a la vida apacible de la pequeña ciudad.

Los ingresos que daba la profesión allí, eran mayores que los que percibía en Varsovia, pero aun así, no siempre cubrían los gastos y una y otra vez, su suegro le ayudaba.

Habría de escribir después:

Grodno es de tal manera pobre, que un oculista aquí nunca podrá obtener mayores ingresos, sino, apenas los que le permitan medianamente

sobrevivir. Sin embargo, pacientemente me sostuve allí por espacio de cuatro años.

A medida que el tiempo pasaba, extrañaba más a sus amigos... Sus charlas con Grabowski, siempre ingenioso y optimista...

En el idioma solamente podía conversar con su esposa, y ambos lo disfrutaban redactando *El Esperantista*. Pero sentía que eso no bastaba.

Así, y puesto que el escaso número de pacientes no quitaba mucho tiempo; la holgura le permitió, durante un año, preparar la impresión el *Diccionario Universal - Con Ejercicios*, y tradujo al Esperanto *Hamlet*, la famosa tragedia de Shakespeare. Estas obras le parecía haberlas escrito en el exilio.

Con la lectura complementaba el paso de los días, para evitar el tedio y la impaciencia. Leía sobre la historia y las tradiciones de los hebreos.

Por encontrar gran similitud entre su idea y la filosofía de dos grandes pensadores del siglo I antes de nuestra era, —uno de ellos Shammai y el otro, Hillel; éste considerado el gran legislador de Babilonia—. Sus sentencias y doctrina, atrajeron poderosamente su atención. La divisa de los sabios: “No hagas al prójimo aquello que no deseas que te hagan a ti”, y sus profecías de paz y concordia entre los hombres; Luis Lázaro las sintetizaba en un contexto de sentido religioso.

El no estaba muy seguro en su percepción sobre asuntos de esta naturaleza. Desde su graduación —ahora recordaba— había pasado de la total indiferencia religiosa, a algo así como el misticismo; pero sin declarar fidelidad a un credo determinado.

Las meditaciones en esta materia afirmaban su creencia en la necesidad de una religión universal, para la cual pensaba definir sus principios, en base al pensamiento de aquel sabio legislador. Comenzó por nombrarla “hilelismo”.

— *¿hilelismo? ¿Qué es eso?* —preguntó Clara—.

— *Se refiere a una filosofía capaz de unificar a los pueblos y las religiones de los hombres, sin imponer a éstos el rechazo de sus propios credos. Yo supongo que es posible unificar y pacificar todas las religiones existentes.*

Leía emocionado las sentencias de Hillel:

Amar la paz y difundir la paz... “Quien se envanezca de su fama, será difamado”. “Quien no avanza en la ciencia, retrocede...” “No merece la vida, quien no aprende en ella”. “Quien use la ciencia erróneamente, perecerá”. “¿Quién podrá cuidar mejor de mí, que yo mismo?”. “Si solamente pienso para mí, ¿cuánto es lo que yo valgo?”

La belleza de los pensamientos era manifiesta. Pero Luis Lázaro deseaba hallar la fórmula aplicable, que fuera más allá de la simple enunciación de los aforismos del filósofo.

En la primavera de 1894, leyendo la gaceta rusa *Posrednik* del 27 de abril, encontró una noticia que le dejó sorprendido:

... habiendo recibido el texto de Esperanto y artículos escritos en esa lengua; después de unas pocas horas de estudio, pude, si no hablarlo, al menos leer en el idioma. En todo caso, el esfuerzo requerido del hombre de nuestro mundo europeo, para dedicarlo al estudio completo de esta lengua, es sumamente pequeño; y los resultados serían de tal manera grandiosos, que es imposible rehusarse a intentar la prueba... Aprender y difundir el Esperanto es en verdad un apostolado religioso que propicia el Reino Divino, único y supremo fin de la vida humana.

Sin salir de su asombro comentó con Clara la excepcional declaración que implicaba el contenido del artículo.

Lo sensacional consistía —no tanto, propiamente, en la apreciación de las cualidades del idioma con ser por demás testimonial y visionaria— sino en que, tal valoración la hacía el Conde León Tolstoi, escritor y filósofo cuyo talento, humanismo y religiosidad, eran ampliamente conocidos en el mundo.

Clara recordó haberle enviado —cuando se dedicó a la distribución de los textos— el material de estudio al que hacía referencia el famoso poeta. Pero, discretamente, de esto nada había dicho a su esposo. También ella quedó gratamente sorprendida y en su interior se felicitaba del excelente resultado de su gestión particular.

Zamenhof se apresuró a transcribir el artículo en *El Esperantista*. La gaceta comenzaba nuevamente a resentir la crisis económica, pues habían finalizado los tres años de su sostenimiento a cuenta del generoso Trompeter. El mayor número de suscriptores se contaba entre ciudadanos rusos, y el redactor de la gaceta, queriendo hacerla más atractiva en ese medio, decidió publicar en ella algunas obras de Tolstoi. Comenzó con algo sencillo: “Creencia y Prudencia”, que publicó en junio de 1895. Y siguieron algunas otras obras que, al poco tiempo, originaron la catástrofe, ya que la censura oficial prohibió la entrada de la revista a suelo ruso.

Y *El Esperantista* cayó definitivamente...

Con este trágico acontecimiento quedó terminado el que se llamó ‘período ruso-polaco’, en la historia del Esperanto.

Diez años después, en ocasión del congreso mundial celebrado en Boulogne-sur-Mer, el esperantista polaco Kazimierz Bein —de seudónimo ‘Kabe’ y futuro traductor de *El Faraón*, novela de Bolesław Prus

(seudónimo de Aleksander Głowacki) —presentó su punto de vista respecto de aquella primera etapa:

El período ruso-polaco, en la historia de nuestro idioma fue sin duda el más importante y difícil. Fue el tiempo de la ruda batalla, de los precursores de la idea contra la indiferencia y el escepticismo humanos... —Y añadía, sobre las conveniencias lingüísticas de su origen: Los primeros autores, en la lengua, fueron eslavos: la simplicidad de la sintaxis eslava, su lógica, analogía, y libre y natural vocabulario, introducidos en el Esperanto por aquellos precursores, fueron posteriormente asimilados por la generalidad de los escritores.

En el mismo congreso, Grabowski diría: —*Nuestro receso en la actividad esperantista, respecto de otros pueblos, debe atribuirse a las circunstancias políticas impuestas a los 20 millones de ciudadanos polacos: Estábamos impedidos para reunimos y hablar públicamente. De tal manera, aun los más fervientes propagandistas, muy poco podíamos hacer en servicio de nuestra noble causa...*

Casi simultáneamente al término de la referida etapa, nació la que debía suceder a aquella, ésta vez en Suecia.

En diciembre de 1895 se habían fundado en Upsala la gaceta *Lengua Internacional*, redactada por Paul Nylén y editada por el “Club Esperantista de Upsala”. La publicación vino a sustituir, con gran ventaja, al desaparecido *El Esperantista*. Esto se debía a la legislación sueca sobre la ley de imprenta, considerada entonces como la más liberal del mundo.

Todo hacía suponer que la existencia permanente de la gaceta quedaba garantizada.

Zamenhof, al conocer el curso que tomaban las cosas en Upsala, y tener noticia de los constantes avances del Movimiento en otros países, se sentía compensado en su fracaso.

Relevado del compromiso de la redacción de la revista, comenzó a ordenar la serie de ediciones que formarían la “Biblioteca de la Lengua Internacional”. Así aparecieron: *La Ilíada* de Homero, *Ashik Kerib* de Lermontov, *Dios y la Verdad* de Tolstoi, *Sombras* de Vladimir Korolenko; *El Literato y su Novia* de la escritora sueca Emilie Flygare-Carlén, el drama *Caín* de George Gordon Byron (Lord Byron), y otras muchas. Estas obras, en ediciones especiales, fueron impresas en los talleres de W. Tummel, en Núremberg. Después de Zamenhof, tomaron este cargo los esperantistas de Odesa: Antoni Kofman y Vladimir Gernet.

Hasta ahora, casi toda la literatura consistía en obra traducida de los grandes escritores. Así que se consideró como un importante evento editorial, en el año de 1896, la publicación de *Nevola Mortiginto* (“Asesino Involuntario”) de Vasiliy Nikolaievich Devyatnin, y *El la Vivo de Esperantistoj* (“De la Vida de los esperantistas”) de Leo Stankiewicz. Ambas obras escritas originalmente en el idioma.

Cuatro años de estancia en Grodno colmaron a la familia Zamenhof de tedio y de miseria.

La nostalgia por Varsovia se hacía insoportable. Y además, los niños crecían y se deseaba para ellos la esmerada educación que allí faltaba.

Decidieron el regreso haciéndose el propósito de vencer las dificultades económicas que, en sus circunstancias, les impondría la vida de Varsovia.

El viejo Silvernik nunca agotó su tolerancia, nacida de la comprensión del meritorio idealismo de su yerno. Ahora él tomó la iniciativa y contrató en alquiler una casa de dos pisos, en el número 9 de la calle de Dzika (desde 1930 calle Ludwika Zamenhofs). La parte alta la destinó para habitaciones de la familia y en la planta baja instaló el consultorio del Oculista, Dr. Zamenhof.



Varsovia: Se pueden ver las calles Nowolipie, Nowolipki y Ludwika Zamenhofs (antes Dzika).

— *Hijo mío,* —dijo a Luis Lázaro al entregarle las llaves— *como dice el proverbio: Pongo en tus manos el pan y el cuchillo... Lo demás solamente queda al cuidado de ti mismo.*

Aquellas dádivas, por desinteresadas y generosas, Luis Lázaro las agradecía profundamente; pero le apenaban de igual manera.

Otras aportaciones de su suegro las aceptó sin mucho escrúpulo, porque estaban destinadas a la propagación del Esperanto, por consiguiente, como, colaboración a una obra filantrópica.

Pero esta ayuda era para remediar sus necesidades particulares, las que nadie, más que él, estaba obligado a satisfacer. Sufría en su dignidad, en su orgullo; tanto más, al reconocerse inepto en el usufructo de sus aptitudes para una mejor forma económica de vivir. En adelante se esforzaría en vencer tal deficiencia.

La residencia estaba en un barrio judío pobre. Como todo barrio populoso y pobre, en sus calles sucias, ruidosas y estrechas circulaban lentamente carricoches de comercios ambulantes, crujiendo y dando tumbos en los baches lodosos. Abundaban miserables tendejones llenos de moscas, y pequeños talleres de esta o aquella menestralía. A lo largo de todas las calles corría una acequia angosta y pestilente que, junto con algunos pequeños predios baldíos, colmados de basura y desperdicios, aquí y allá eran prolíficos focos infecciosos. El tormento de los hogares más humildes eran las chinches: nidos insalubres, criaderos de peligrosos microorganismos.

Los purulentos ojos de los muchos habitantes del barrio, reclamaban con urgencia la atención del oculista; principalmente las viejas costureras, los pobres artesanos.

Ciertamente, aquí había sobra de pacientes... El consultorio pronto se llenó de ellos... y de sus lamentos: — *¡Señor doctor!* —imploraba un andrajoso zapatero remendón— *¡salve usted mis ojos! Tengo cinco hijos pequeños y no puedo ver dónde clavo la alezna... ¡Estoy casi ciego!* —Y una vendedora de baratijas, arreglándose el vendaje de un ojo, decía: —*¡Desde hace mucho tiempo sólo veo sombras! ¡Esto es muy triste para mí!*... —Otro más, después de recibir la consulta, explicaba: *Pero... no tengo ni un centavo para comprar las gotas...*

¿Qué hacer? ¿Cómo sostenerse? Todos pedían algo... y algo obtenían.

— *Ese médico de Dzika 9,* —se decía en el barrio— *es muy extraño. A todo el mundo le sonríe, siempre tiene tiempo para atender a cualquiera, no exige sus honorarios y hay quien no se los paga. Debe tener dinero, o a la mejor no cobra porque es un ignorante.*

Nadie ahí sospechaba en él al idealista que voluntariamente dedicara su vida, su genio y sus fuerzas, al servicio de la humanidad... Y estos desheredados de todo, muchas veces le quitaban el sueño. Ciertamente, estaba consciente de no ser una eminencia en la materia, pero era impresionable y nunca indiferente al sufrimiento ajeno.

Escribiría más tarde:

Durante todo el primer año estuve al borde de la desesperación. Pero finalmente, haciendo acopio de toda mi energía, comencé a sobreponerme a las circunstancias, y la suerte se tornó para mí más favorable. Crecía el

número de consultas y la clientela mejoraba. En el año de 1901, mis ingresos cubrían cómodamente todos mis gastos... ¡Estaba a salvo! Después de tantos años de lucha y sufrimientos en la profesión, ésta me daba ahora una vida más tranquila al proporcionarme el necesario pan de mi familia, (por supuesto, viviendo modestamente y calculando bien, hasta el último centavo). Vivo en uno de los barrios más pobres de Varsovia. Mis pacientes son gente humilde y pueden pagarme poco. Debo atender treinta o cuarenta consultas diarias, para ganar con ellas lo que otros médicos ganan con cinco o diez pacientes. Pero me siento feliz de poder sostener a mi familia, ya sin la necesidad de aceptar ninguna ayuda.

7

El triunfo

El 14 de Julio de 1897 se cumplió el décimo aniversario de la proclamación del Esperanto.

La casa del Dr. Zamenhof se animó inusualmente con la presencia de gran número de amigos, invitados a conmemorar el acontecimiento.

Grabowski, el declamador y traductor incansable, bromista ingenioso y festivo, era el alma de la fiesta. No podía ser de otra manera: Su pasión creadora hacía sonar su lira de poeta en cualquier parte; así fuera en la calle, en el restaurante, en el teatro, y ante cualquiera que encontrara al paso: le declamaba fragmentos o cuartetas de su traducción en turno. Pero si de damas se trataba, la lira vibraba tierna y dulcemente, añadiendo al final el galano gracejo de un estrambote improvisado, que festejaba él solo, ante la mirada un tanto confundida, pero llena de simpatía de sus oyentes; y esto era natural: siempre declamaba en Esperanto.

— *Siento mucho no conocer la lengua de Dante* —se dirigía a él una persona, concurrente en el festejo, pero no afiliada en el grupo esperantista—. *No la conozco, pero la intuyo* —continuaba— *como la más hermosa de las lenguas. Declame usted algo en italiano.*

— *¡Con gusto!* —contestó Grabowski, pasándole enseguida por la mente, un poco excitada por las copas a fuerza de brindar con todos y por todo, la idea de jugarle una broma ingenua al solicitante: improvisó unas líneas con los títulos de obras escritas en Esperanto y las declamó como si fueran un poema:

“La neĝa blovado”... “Lingvo Internacia”.

“Aldono al la Dua Libro”...

“La Mondlingvisto”, “La Batalo de l’Vivo”

“Katolika Preĝareto”... kaj “Ekzercaro”.

— *¡Bravo! ¡Bravissimo!* —exclamó, aplaudiendo, el desconocido—.

—*Ahora,* —dijo Grabowski con mucha solemnidad— *escuche usted algo en Esperanto:*

Aquí recitó una línea de la Divina Comedia, en italiano:

“Lasciate ogni speranza voi ch'entrate...”

— *Bueno, no está del todo mal, tratándose de la obra de una sola persona...*
—opinó indulgente el invitado y, en reconocimiento, Grabowski ofreció un nuevo brindis, ahora en homenaje a la eufonía de los idiomas...

La fiesta terminó ya entrada la noche y en la despedida se reiteraban las felicitaciones y buenos deseos de un futuro venturoso y próspero.

— *¡Usted ha triunfado, honorable maestro; diez años de lucha han sido el precio de este triunfo, los siguientes habrán de ser para disfrutar la gloria!*
—sentenciaba profético Leopoldo Blumental ('Belmont'), al ausentarse.

Grabowski fue el último en despedirse. Ya en la puerta abrazó efusivamente a Luis Lázaro y con la voz ligeramente estrepajosa auguró a su vez:

— *¡Querido maestro! ¡El número de adeptos llegará, sin duda al infinito!*

Y se alejó en la oscuridad musitando un estribillo y haciendo esfuerzos por mantener la firmeza de sus pasos.

Zamenhof veía diez años atrás, recorriendo en su imaginación uno a uno los acontecimientos que iban haciendo historia: la del Esperanto, que era también la suya propia. Y lo enternecía el recuerdo de los caídos colaboradores... los nobles precursores inolvidables: su hermana Sara, su madre... Leopoldo Einstein; y muy recientemente, apenas seis meses atrás, José Waśniewski, periodista y ferviente promotor en Polonia, solamente superado por Alejandro Brzostowski. Con el mismo sentimiento recordaba aquellos primeros balbuceos de la lengua escrita, que invitaban al mundo a escuchar su voz esperanzada y conciliadora: las gacetas obligadas al silencio, como *El Esperantista*, *La Espero*, *El Lingüista Mundial*... calladas para siempre por falta de recursos...

A partir del año de 1895, los suecos fueron los más activos promotores del movimiento. Pero al cabo del tiempo se vieron aventajados por los franceses.

En enero de 1898, el empobrecido Marqués Louis de Beaufront, fundó en París la sociedad propagandista del idioma, y ésta, a su vez, un poco más tarde, la gaceta bilingüe *L'Espérantiste*, en francés y Esperanto. Proliferaron los artículos informativos y obras literarias por el impulso de esta sociedad, de la que eran miembros eminentes maestros y ciudadanos, entre ellos el general Hippolyte Sébert, el filósofo y profesor Ernest Naville de Suiza; Charles Lambert, y el matemático Carlo Bourlet, de París.

En enero de 1899, el profesor Naville y el General Sébert, presentaron un memorándum a la Academia de Ciencias Políticas y Morales, dando a conocer el tema y sus objetivos. Y en abril de 1901, con el apoyo del profesor Charles Méray, dieron la misma información a la Academia de Ciencias Francesa.

Bourlet, con su poderosa influencia en el ámbito social, llevó el esperantismo del país a su pleno florecimiento.

Con la colaboración de sus amigos, desde el año de 1900, organizó ininterrumpidos cursos del idioma, atrayendo a ellos a muchos hombres

de ciencia. Y el 17 de julio de 1901 asumió la dirección general de los grupos parisienses.

La Sorbona le otorgó una amplia sala, para efectuar las sesiones de su organización, y la empresa editorial Hachette facilitó la publicación de libros en la nueva lengua.

En el corto lapso de un año en muchas ciudades de Francia se habían fundado nuevos y entusiastas grupos.

Algo similar ocurría en varios países de Europa, pero también fuera de ella: en los territorios de Austria-Hungría, la Academia de Ciencias de Viena designó al lingüista y profesor Hugo Schuchardt para observar y promover en el país, el desenvolvimiento de la Lengua Internacional. En Praga se constituyó un club, con su órgano oficial de publicidad: la revista *Bohemia Esperantista*; ésta no duró mucho, pero la actividad del club continuó permanentemente. En Habarovsk se erigió la Sociedad Suiza Esperantista. En Bélgica, Inglaterra, España, Bulgaria y Holanda, se consolidaban las agrupaciones. Y el movimiento alcanzó a América, al establecerse asociaciones en Canadá y Perú.

Luis Lázaro lamentaba que estos éxitos tan halagadores no pudiera ya compartirlos con su querido y noble amigo Trompeter, quien sólo unos meses antes había desaparecido.

Aligerado de los problemas económicos, y ante la marcha ascendente del movimiento, impulsado por la voluntad y el convencimiento de hombres nobles y generosos en casi todas partes del mundo; Zamenhof retornó a la idea que había concebido en Grodno. Porque no bastaba que la humanidad se entendiera por medio de una sola lengua. Era necesario un recurso específico, conciliador de los antagonismos raciales y religiosos. Sobre esto último presentó su tesis en un folleto titulado: *hilelismo, como respuesta a la cuestión hebrea*. Lo publicó en San Petersburgo en abril de 1901, en ruso, bajo el seudónimo de 'Homo Sum' (en latín "soy un humano"), y envió ¡ejemplares a las personalidades eminentes en la materia, y a los hebreos nacidos o radicados en suelo ruso.

Pero el intento resultó un fracaso. A los hombres progresistas, la doctrina hilelista les pareció solamente un confuso verbalismo; los ortodoxos, observantes y conservadores, la consideraron obra herética y punible de un librepensador pecaminoso. Asimismo, los juicios de muchos esperantistas franceses, sobre el tema, fueron también adversos y esto deprimía al maestro. Pero no al grado de decepcionarlo del propósito. La experiencia de los actuales éxitos y la prolongada serie de fracasos anteriores, habían templado en grado sumo su espíritu, ya de por sí firme en sus convicciones.

Por lo demás, sus inquietudes por razones económicas, su inseguridad en la realización de su sueño, habían desaparecido. A poco más de los cuarenta años, todos de lucha incansable, había alcanzado su total independencia, y no era más el hombre tímido y solitario; sino comunicativo, abierto al trato social y plenamente optimista.

Al tomar conciencia del bien que podía hacer a los humildes con el ejercicio de su profesión, le había tomado cariño a ésta. Consecuentemente, las relaciones con su padre se habían tornado más íntimas y cordiales con agrado de todos los hermanos que reconocían, en Luis Lázaro, una autoridad cariñosa y respetable.

En el año 1903, Adán, su primer hijo, cumplía quince años de edad, y Sofía catorce. Un año después, Clara daría a su esposo su tercer vástago: una niña encantadora a la que llamaron Lidya.

‘Colegio de los Zamenhof’, decía con orgullo el Director de la Segunda Escuela Estatal de Bachillerato, de la Calle Nowolipki, donde Luis Lázaro y todos sus hermanos habían estudiado, y Adán, su hijo, recientemente había terminado el curso, aunque su examen final lo hubiera presentado en Kovno, por haber estado un tiempo al lado de su abuelo en esa ciudad. Sofía, inteligente y generosa como su padre, terminaba el tercer grado del bachillerato. Ambos, educados en la cultura polaca, deseaban seguir la carrera de médicos, y soñaban viajar al extranjero para efectuar esos estudios.

Sobre sus conocimientos de la Lengua Internacional, ellos hacían frecuentes apuestas entre sí, tratando de demostrar su superioridad en el manejo del idioma. Sin embargo, en este asunto; el mayor y más eficaz apoyo, entre los miembros de la familia, Luis Lázaro lo encontró en su hermano Félix, que, junto con Clara su esposa, fueron los primeros corifeos propagadores de la palabra impresa en Esperanto. El maestro le guardaba especial simpatía y agradecimiento, ya que, no obstante los compromisos particulares que le impusieron su casamiento y la atención de la farmacia que había establecido en la Plaza Żelaznej Bramy; se daba tiempo para escribir artículos en las publicaciones del movimiento; y en las pasadas situaciones difíciles, muchas veces: aportó el dinero que estaba a su alcance, para auxiliar la obra de su hermano mayor, pues la quería y cuidaba como si fuera propia. Félix era diligente, alegre y optimista, le gustaban la poesía y el teatro, por lo que, con frecuencia organizaba veladas literarias o representaciones escénicas con los amigos aficionados y sus familiares. Desde luego, en el grupo Grabowski fungía como declamador y actor de primera línea.

Fue en los años 1903 y 1904 cuando ya podía suponerse que el Esperanto había tomado un curso irreversible. La membresía de los grupos aumentaba y los imprescindibles órganos publicitarios no cesaban de aparecer en uno u otro país. En Varsovia se fundó la “Sociedad Polaca. Esperantista” en cuyo Comité Directivo figuraban Grabowski, Bein, Brzostowski y Belmont. Francia, contaba en ese tiempo con sesenta grupos en diferentes ciudades.

La Lengua Internacional se comenzaba a oír, aun cuando fuera solamente como un eco débil y lejano, en Túnez, Argelia y México.

En esos mismos días se efectuó en Ginebra (Suiza), el Congreso Internacional de Filósofos. El profesor E. Naville, Presidente Honorario de la agrupación, pronunció elocuente discurso, cuyos elevados conceptos afirmaron el prestigio del idioma en los círculos intelectuales. La firma parisina Hachette et Co., editó una colección de libros seleccionados y aprobados por Zamenhof, y de éste, su nueva obra titulada *Crestomatia Fundamental*, texto auxiliar para el correcto aprendizaje de la lengua.

Los más dinámicos promotores percibieron la necesidad de que el movimiento tuviera sus propias empresas editoras, y en el año de 1904 se fundó en Francia la “Sociedad de Prensa Esperantista”; en Berlín, Esperanto Verlag Moller und Borel; y en Londres Stead’s Publishing Office. En Varsovia, la firma M. Arct creó una sección especial para tal objeto.

Sorpresivamente, al estallar la guerra ruso-japonesa, que duraría casi dos años, se originó también la revolución en Varsovia: El pueblo polaco combatía con la policía y el ejército rusos... las calles se llenaron de barricadas... y sangre de los combatientes.

No había para Luis Lázaro sucesos más aflictivos que las guerras, y ésta se presentaba como un mentis a sus sueños pacifistas y unificadores. Pero sucedía ahora algo más trágico que lo acongojaba, no sólo a él, sino a toda la familia: su hermano León fue enviado a los frentes de batalla para luchar contra las tropas japonesas.

Zamenhof le escribía a su amigo Emile Javal, destacado oftalmólogo francés:

La vida en nuestro país, principalmente en Varsovia en estos momentos, es terrible, la tensión nerviosa, insoportable. El día transcurre lleno de sobresaltos y preocupaciones... nos sentimos en absoluta imposibilidad para hacer algo...

A él, que siempre obstinadamente repetía a sus amigos las máximas y sentencias hilelistas, según las sentía: *Poco a poco, sin que ellos lo perciban, los hombres se irán fundiendo en un solo pueblo, neutral, que será en verdad indestructible...* —ante esa realidad patética y despiadada, ya sólo le parecían palabras huecas. Este heraldo del amor y la concordia no podía comprender la inevitable lucha contra el otro. Tampoco comprendía la revolución, aun cuando él mismo proclamara la necesidad de cambios profundos en las relaciones de los hombres y los pueblos.

Al restablecerse la calma en Varsovia, reemprendió la actividad interrumpida. Contestó como le fue posible las preguntas que sobre la revolución le hacían los esperantistas de naciones lejanas ajenas al conflicto, a la vez que recibía de ellos nuevos informes de los venturosos avances del movimiento.

Consideraba entonces, que se entraba en una nueva fase de la empresa. Esta se extendía, ciertamente, pero los grupos estaban dispersos. Los contactos personales de los miembros de países diferentes, eran raros, y sus actividades, aisladas. Este hecho ponía en riesgo la unidad e imposibilitaba la coordinación de los trabajos.

Algunos miembros habían sugerido la celebración de congresos internacionales. Zamenhof, en un artículo en *L'Espérantiste*, en 1904, entre otras cosas se refería a las propuestas reuniones diciendo:

En los congresos deberán tratarse las formas de organización de nuestra empresa, lo relacionado con la ayuda recíproca, entre grupos de distintas naciones sobre los métodos coordinados de propaganda, y la creación y difusión de la literatura, etc...

Se contaba, para el éxito de estos eventos, con la experiencia del que, a manera de prueba, efectuaron el 7 de agosto de 1904 los grupos del club de Calais (Francia) y de Dover (Inglaterra), en ocasión de una competencia deportiva de lanchas de motor en el Canal de la Mancha. Participaron más o menos 200 personas de Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania, Austria y Argelia. Todas se comprendieron perfectamente al hablar con fluidez le Lengua Internacional. En las sesiones, —pues el acto deportivo era solamente accesorio— conforme a la proposición de Alfred Michaux, presidente del Grupo de Boulogne-sur-Mer, precisamente se eligió ésta ciudad como sede del ‘Primer Congreso Mundial Esperantista’, y se fijó para el mes de agosto de 1905, la fecha de su celebración.

A Luis Lázaro le llenó de júbilo la noticia: En ese evento culminaría el éxito de su empresa. Pero, a la vez, se arrostraba un riesgo que podría, resultar fatal: la imposición de reformas al idioma. Esta posible eventualidad no lo dejaba tranquilo.

Sus temores no eran infundados. En los últimos tiempos habían aparecido, una tras otras, muchas lenguas artificiales con iguales pretensiones a las del Esperanto, aun cuando sin conocerse sus móviles sustanciales. Unas de ellas fueron “Parlo”, de C. Rietmann; “Bolak”, de Ll. Bollak; “Spokil”, de A. Nicolas; pero hubo muchas más. Y aunque evidentemente, estas creaciones no reunieran las cualidades que daban al Esperanto la superioridad sobre todos los proyectos habidos hasta la fecha, en un público con escasa capacidad de análisis, y justa valoración, por la misma causa; estas creaciones a veces caprichosas o meros improvisos, eran, en distintos aspectos, perjudiciales porque destruían la unidad, producían confusión y restaban seriedad a los genuinos esfuerzos por resolver eficazmente el problema.

Zamenhof afinaba sus argumentos y disposición de ánimo —como nunca antes— para la defensa de la integridad de su obra.

— *Para que nuestra lengua cumpla su objetivo, ella debe permanecer absolutamente intocable. Como cualquiera de los demás idiomas, en los*

cuales nadie pretende introducir reformas no obstante tener todas estas lenguas, más imperfecciones que el Esperanto.

Y le decía a Grabowski:

— Será conveniente crear la Academia, o Comité Central, que represente la más alta autoridad, con derecho a decidir sobre todo problema relacionado con la lengua y su evolución. Pero sin posibilidades de introducir cambios que deterioren sus bases fundamentales.

Conociendo la mentalidad del autor, los franceses se decidieron a apoyarla; pues desde mucho tiempo atrás —en 1900— los profesores Louis Couturat, Louis de Beaufront y Léopold Leau, habían previsto la conveniencia de erigir una autoridad investigadora, que averiguara y decidiera sobre cuál de las propuestas o existentes lenguas artificiales ameritaba la generalización de su uso. Intentaron delegar esta representación a alguna institución científica, importante en grado académico. Pero, a pesar de la insistencia de su petición y del largo tiempo dedicado a tal objeto, no habían obtenido efectos positivos.

Zamenhof y sus colegas lamentaban esta falta de aprehensión, de las instituciones científicas oficiales.

Para la organización del congreso en Boulogne-sur-Mer se comisionó a la Sociedad Francesa para la Propaganda Esperantista, con de Beaufront como director; al Club de Turismo Francés, con su presidente Abel Ballif; al grupo parisiense, bajo la presidencia de Carlo Bourlet y a los esperantistas de Boulogne-sur-Mer, encabezados por Michaux.

Inicialmente se había estimado en 352 personas el número de congresistas, y en 3 francos el costo del carné de participante...

El entusiasmo por la reunión era muy grande y todo prometía su éxito absoluto. Los directores solamente temían que los sangrientos sucesos de la guerra en Rusia y los tumultos revolucionarios en el Reino Polaco, impidieran contar con la presencia del maestro.

Zamenhof vivía pensando solamente en el congreso.

Mentalmente seguía todos sus pasos. Mejor dicho, los imaginaba. Y estas arrobadoras meditaciones sustraían su atención al ejercicio profesional.

Pero hoy esto no era tan grave. No presentaba los riesgos de otros tiempos. En realidad no tenía importancia. Así que, cómodamente preparaba la edición de un folleto con el proyecto de la creación de la “Liga Mundial” y el “Comité Central Internacional”, propuesto por él y los colegas franceses. Al mismo tiempo escribía su *Declaración Sobre la Esencia del Esperantismo*, para ser presentada en la reunión mundial.

El 18 de mayo escribió al profesor Bourlet, presidente del Grupo Parisino:

¡Querido amigo! Estaré en París los días primero y dos de agosto... deseo que mi presencia en su grupo no entorpezca el programa de sus actividades sobre la organización del congreso; por lo mismo, le ruego que mi visita sea considerada sin ningún carácter oficial que obligue a formalidades innecesarias. Será muy agradable para mí, sentirme simplemente como un amigo entre amigos... Respecto de la medalla y mi retrato, hace tiempo recibí la misma petición del Sr. Michaux. Y me permití decirle que disculpara no poder complacerlo, porque aceptar esta distinción sería inmodesto de mi parte. Desearía que en el congreso existiera solamente el Esperanto, pero no "Zamenhof"... después todo puede ser posible: distribución de medallas... retratos... etc. Pero antes de la celebración, todo esto podría resultar inconveniente...

Un mes más tarde anunciaba:

... Estaré en París en el día y la hora que estén dispuestos en su programa. Suplico le informe, con oportunidad, al Sr. Javal, persona que ha ofrecido darme alojamiento. Desearía que todo estuviera arreglado, considerando que mi estancia en París no puede ser muy prolongada.

El 10 de julio le comunicaba a Javal:

Según la proposición del Sr. Bourlet, queda resuelto que llegaré a París el 29 de julio. Ahora me dirijo a Ud. y le suplico me informe, si usted y su estimable familia no tendrían inconveniente en aceptar también como huésped a mi esposa. Ella desea acompañarme, y si hubiera sitio en su hogar, estaríamos felices de ser ambos aceptados. En relación con el deseo del Sr. Presidente del Ministerio, si es su voluntad imponerme la Orden de la Legión de Honor, no puedo menos que aceptar, con pleno

agradecimiento, tan honrosa distinción, sabiendo lo mucho que significa un hecho de esta naturaleza en beneficio de la causa que perseguimos. Si el Comité considera necesaria mi presencia antes de la fecha anunciada, haré todo lo posible por complacerlo.

Conforme se aproximaba el día señalado, Luis Lázaro se mostraba más excitado y nervioso. Había sobrados motivos para sentirse así: Lamentaba su dificultad para expresarse ante el público; y el hecho de que la reunión se constituyera de adeptos de la misma idea, no excluía la posibilidad de críticas y quizás, aun de ataques. Y ni la polémica, ni la oratoria combativa eran sus virtudes. Con la mente llena de prejuicios y de dudas, penosamente elaboró el discurso propio para aquella ocasión. Por otra parte, su estado financiero no era holgado, casi temía que no bastara para solventar los gastos del viaje.

A estas estrecheces se unían las exigencias familiares: sus hijos habían terminado el bachillerato y no sólo por su edad, sino por la preparación de su futuro, se imponía la necesidad de mayores ingresos que, hasta hoy, no los había.

El abuelo Silvernik retenía a su lado a su nieto Adán, en Kovno. Porque allí, según él, la vida era más tranquila que en Varsovia. Pero, tanto Adán, como su hermana Sofía, soñaban estudiar en el extranjero; cosa que se iba posponiendo por falta de dinero, pero, además, porque Sofía tenía sólo 16 años y su madre pensaba que era aún muy joven para hacer un viaje expuesto a las contingencias de la vida en otros países.

La chica tenía un temperamento vivaz y emprendedor, con tendencias independistas; pero obediente y comprensiva aceptó la decisión de sus padres.

— *Papá, permíteme ayudarte en los trabajos previos al congreso... ¡A lo mejor así crezco más de prisa!* —decía haciendo broma del supuesto chantaje.

Luis Lázaro sonreía. No obstante la gran diferencia de su carácter, con el de aquella chiquilla desparpajada y locuaz —como no lo eran sus hermanos— él la amaba con ternura.

Mientras, los organizadores del congreso dieron muestra de estar seriamente preocupados a causa de una eventualidad que, a su juicio, los ponía en el riesgo de sufrir rotundo fracaso.

Alfred Michaux, con extrema reserva, convocó a los organizadores a una reunión para presentarles el material enviado por Zamenhof, para ser incluido en el programa.

La junta tuvo lugar en el domicilio del conocido lingüista profesor Théophile Cart, y asistieron Michaux, Bourlet, Javal, Sébert y Émile Boirac —rector de la Universidad de Dijon—. Michaux dio lectura a los

escritos enviados por Zamenhof, y el contenido de uno de ellos causó consternación en aquellos intelectuales, por algo que, ciertamente, estaba en franca oposición al racionalismo puro en que habían sido educados. Sólo se trataba de una plegaria a la ‘Alta Fuerza Moral’, que implicaba el llamado a la unificación de todas las iglesias, —Cristianas, Hebreas, Mahometanas, etc. “*puesto que todos los hombres son hijos de un solo Dios*”—. Incluyendo argumentaciones y sentencias hilelistas de los Confesores de la Fe.

Era natural que estas concepciones del maestro —cuya naturaleza y razón de ser eran conformes a una mente idealista— siendo desconocidas o no comprendidas en su finalidad esencial; aquellos colaboradores las juzgaran incompatibles con su mentalidad librepensadora.

De tal manera que, después de un exasperado pero breve debate, quedaron de acuerdo en excluir del programa dicha plegaria, por considerarla inaceptable.

Felizmente Luis Lázaró nada supo de esta reunión, ni de lo tratado en ella. Él y su esposa pasaban los días haciéndose mutuas recomendaciones, tratando de calmar su emoción y nerviosidad, que iba en aumento. Para Clara era la primera experiencia de un viaje a un país lejano; para Luis Lázaró, quizá la consecución del triunfo.

Viajaron en un vagón de segunda clase, acompañados de Grabowski, Adam Zakrzewski, Bein, Brzostowski y Belmont.

En la estación norte de París, Bourlet encabezaba el grupo que recibiría al maestro y a sus acompañantes.

No esperaba Zamenhof el apoteósico recibimiento: Discursos de bienvenida, abrazos y felicitaciones llenas de admiración y respeto, dejaron confundidos al maestro y a sus amigos.

La entonces “capital del mundo” los aceptó en el palacio de gobierno y el presidente del Ministerio de Ciencias, condecoró al maestro con la Orden de la Legión de Honor, calificando al Doctor Esperanto de hombre excepcional, en virtud de su genio y de su obra.

Se sucedieron banquetes, recepciones, conferencias, entrevistas de prensa por afamados periodistas, paseos por la ciudad y visitas a los centros de cultura.

Luis Lázaró parecía soñar: esos distinguidos honores no los sentía propios a su modesta persona, pero sí demostraban patentemente el triunfo de su obra, la realización de su querido sueño. Disfrutaba un inmenso placer, sin duda el que nacía de la convicción de considerar su deber cumplido.

Hasta ahora ninguno de los temores del maestro había tenido razón de ser. Y todo auguraba que el bautismo de fuego que supuestamente sería el congreso mundial, ocurriría sin contratiempo alguno en los debates en Boulogne-sur-Mer ni durante la clausura del acto, en el centenario recinto de la Sorbona, programado para el 12 de agosto de 1905.

8

Gloria

En Boulogne-sur-Mer —el amurallado puerto, ciudad perteneciente al Departamento Pas-de-Calais— el ambiente era de expectación y de fiesta.

Hacia el centro de la urbe, circundando la Columna del Gran Ejército, erigida en 1804 por orden de Napoleón, pendían de una a otra acera grandes banderolas, proclamando al público la congregación de hombres venidos de diferentes partes del mundo.

A lo largo de las calles principales ondeaban, de trecho en trecho, adornos florales, pequeños banderines combinados con la estrella verde, símbolo del Esperanto. En el pórtico del teatro dispuesto para sede del congreso, se aglomeraba la gente del lugar con gesto curioso e interrogante. Ahí como en todas partes de la urbe, leían en bandas y carteles las palabras Esperanza-Esperanto. Bellas palabras, sin duda, pero para ellos extrañas al no tener la menor noción de su significado en el acontecimiento.

Alfred Michaux tenía su residencia en la parte baja de la ciudad, próxima al escenario del congreso. Hacia ella se dirigió el matrimonio Zamenhof a su llegada a la urbe, pues Michaux sería su anfitrión durante su estancia en Boulogne-sur-Mer.

En la amplia sala se encontraban reunidas algunas personalidades: Bourlet, Cart, Boirac, Sébert, entre otros, a quienes los esposos Zamenhof fueron presentados en un intercambio de cumplidos y afectuosos saludos.

Después se suscitó la discusión en el tema que se consideraba en conflicto con la mentalidad de los organizadores. Todos ellos sugirieron que el maestro modificara el contenido de su discurso, argumentando:

— *Se deben eliminar apreciaciones que entrañen algún peligro.*

— *Principalmente sobre ciertas fantasías de tipo místico...*

— *Prescinda usted Honorable Doctor, de hacer mención de su plegaria.*

— *No es necesario exponerse a la rechifla...* —añadía Bourlet, casi compasivo—

— *¡Señores!* —gritó Michaux, con intención de contener la andanada— *¡No podemos asegurar que la plegaria no sea del agrado de muchos de los asistentes!...*

— *Pero contiene intenciones utópicas, inadmisibles!... escuchen ustedes la última estrofa:*

*Kuniĝu la fratoj, plektiĝu la manoj,
Antaŭen kun pacaj armiloj!*

*Kristanoj, hebreoj aŭ mahometanoj
Ni ĉiuj de Di' estas filoj.
Ni ĉiam memoru pri bon' de l' homaro,
Kaj malgraŭ malhelpoj, sen halto aŭ staro
Al frata la celo ni iru obstine
Antaŭen, senfine!*

(¡Únanse los hermanos, entrelacen manos,
Adelante con las armas de la paz!
Cristianos, hebreos y mahometanos,
Todos de Dios somos hijos.
Siempre recordemos el bien de la humanidad,
Y a pesar de obstáculos, sin parada o quietud,
Al objetivo fraterno vamos obstinados,
Adelante, sin final!)

En Zamenhof era más grande la disposición a la condescendencia y la comprensión, que su amor propio. No le ofendía la actitud de los opositores, puesto que, a juicio de ellos, trataban de preservar el prestigio de la neutralidad del Esperanto, después de todo, de su obra. Pero sí le apenaban el temor y los prejuicios de sus colegas... Quizás faltaba mucho tiempo para que ese ideal fuera plenamente comprendido.

Aceptó, sin comentario alguno, excluir del programa aquello que los organizadores juzgaran pertinente.

— *Es muy gentil de su parte, querido maestro,* —dijo Louis Couturat— *que haya usted concedido suprimir esa estrofa. Los congresistas serán 688 personas venidas de veinte países. Por la diferencia de credos y costumbres, esas palabras pueden parecer... algo sin sentido.*

Esa tarde se declaró la apertura del Primer Congreso Mundial de Esperanto.

Congresistas e invitados llenaron el teatro a su máxima capacidad. Estruendosos aplausos dieron la bienvenida al maestro que, conmovido, desde el estrado saludaba al público con un cariñoso ademán.

La orquesta lanzó al aire un preludio y todos los asistentes se pusieron de pie, los muros se estremecieron con las potentes notas del himno *La Esperanza*, —obra poética de Luis Lázaro— cantado emocionadamente por todos los concurrentes:

La Espero

En la mondon venis nova sento,
Tra la mondo iras forta voko;
Per flugiloj de facila vento
Nun de loko flugu ĝi al loko.

La Esperanza

Al mundo llegó un nuevo sentimiento,
Recorre el mundo una fuerte llamada;
En alas de un viento ligero
vuele ahora de un lugar a otro.

Ne al glavo sangon soifanta Ĝi la homan tiras familion: Al la mond' eterne militanta Ĝi promesas sanktan harmonion.	No a la espada sedienta de sangre Ella hala a la familia humana: Al mundo que eternamente guerrea Le promete una santa armonía.
Sub la sankta signo de l' espero Kolektiĝas pacaĵ batalantoj, Kaj rapide kreskas la afero Per laboro de la Esperantoj.	Bajo el santo signo de la esperanza Se reúnen los combatientes de la paz, Y rápidamente crece el asunto Por el trabajo de los esperanzados.
Forte staras muroj de miljaroj Inter la popoloj dividitaj; Sed dissaltos la obstinaj baroj, Per la sankta amo disbatitaj.	Fuertes se levantan muros de milenios Entre los pueblos divididos; Mas saltarán en pedazos las tercas barreras, Derribadas por el sagrado amor.
Sur neŭtrala lingva fundamento, Komprenante unu la alian, La popoloj faros en konsento Unu grandan rondon familian.	Sobre un fundamento lingüístico neutral, Comprendiéndose los unos a los otros, Los pueblos harán en consenso Una gran ronda familiar.
Nia diligenta kolegaro En laboro paca ne laciĝos, Ĝis la bela sonĝo de l' homaro Por eterna ben' efektiviĝos.	Nuestros diligentes camaradas En la tarea de la paz no desfallecerán, Hasta que el bello sueño de la humanidad Para bendición eterna se realice.

Al terminar el canto se suscitó una verdadera explosión de entusiasmo, aplausos incesantes y gritos de victoria... Inconteniblemente los hombres se lanzaban unos en brazos de otros, aun sin siquiera haberse visto antes en la vida.

El Alcalde de la ciudad pronunció un conceptuoso discurso en honor de Zamenhof, y el maestro reapareció en el escenario.

Fue recibido con nueva salva estrepitosa de aplausos y aclamaciones que, por lo espontáneas y eufóricas, se proferían en las diversas lenguas natales de los congresistas, dando un toque pintoresco e inesperado a la reunión cosmopolita.

La figura menuda, casi insignificante, de Luis Lázaro, desconocida de muchos de los ahí reunidos; no dejaba de irradiar cierta grandeza que parecía trascender de sus ojos cansados a través de los redondos y pequeños espejuelos. Su barba espesa y gris, prematuramente encanecida, le hacía aparecer mucho mayor de la edad de 46 años, que era apenas la suya. Los blancos pañuelos que se agitaron en su saludo, y los murmullos, fueron descendiendo lentamente, y en medio del silencio solemne, se escucharon las palabras del maestro:

— *¡Señoras y Señores! Los saludo a ustedes con el afecto y el respeto que impone nuestra, comunidad de ideas, pero también con el cariño y el placer del hombre que goza en este momento el privilegio de estrechar, en el disfrute del triunfo que nos es común, el corazón de sus hermanos... Porque este acontecimiento patentiza que las barreras de incomprensión, que separan las naciones, no son algo eterno e indestructible... que nuestra idealidad no es una absurda fantasía, sino una feliz realidad que emerge hoy, invadiendo el mundo, donde para las generaciones venideras será un hecho de tal manera natural, que les parecerá increíble que durante tantos siglos los hombres no pudieron entenderse...*

Hemos venido de próximos y lejanos países, para testimoniar en este acto, con nuestra presencia, nuestros sentimientos y mutua comprensión, ante los ojos del mundo, que las diferencias de nacionalidades, de razas o de credos; son simples circunstancias, que, —no obstante su alta significación para el individuo— no impiden a éste alcanzar el supremo ideal de la plena humanización del hombre, al reconocer y aceptar, como un hecho que deriva de una ley superior e invulnerable, la fraternidad de todos los pueblos y de todos los seres conscientes de la tierra...

La ovación nutrida y unánime se escuchó entre la marejada de murmullos y expresiones de aprobación a aquellos conceptos.

Luis Lázaro continuó, haciendo una breve mención de los activos y generosos precursores del movimiento que habían desaparecido: recordó a Leopoldo Einstein, a José Wasniewski, a Wilhelm Trompeter... Durante el minuto de silencio en honor de aquéllos, por la mente del maestro cruzaron fugaces y sonrientes, como compartiendo el triunfo, las imágenes inolvidables, siempre tiernamente añoradas, de su madre y su hermana Sara.

— *Espero manifestar el deseo de todos los participantes en este congreso, al expresar nuestro sincero reconocimiento al reverendo padre Schleyer, el primero y más esforzado de los precursores en la idea de la Lengua Internacional...*

Un tanto sorprendidos y admirados, los congresistas tributaron un aplauso en honor del idealista germano.

Tras una breve pausa, el maestro añadió:

— *Para terminar, debo confesar a todos los presentes que en este solemne momento, algo indefinible y misterioso, en lo más profundo de mi alma, me obliga a agradecer ante ustedes la ayuda, e implorar la bendición del Más Alto Poder del que me reconozco simple y débil criatura. Suplico de la generosa indulgencia de todos los presentes, se me permita manifestar este deseo.*

Leves murmullos con signo de asentimiento recorrieron momentáneamente toda la sala. No se escuchó la menor protesta, Luis Lázaro se sintió confiado.

Había allí hombres de todas las creencias y quienes se abstendían de confesar alguna. Pero no cabía duda: eran hombres conscientes de la

libertad y del derecho ajeno; y por encima de cualquier diferencia, todos se sentían hermanos...

La sala quedó en completo silencio y el maestro comenzó la declamación de su plegaria

PREĜO
SUB LA VERDA STANDARDO

Al Vi, ho potenca senkorpa mistero,
Fortego, la mondon reganta,
Al Vi, granda fonto de l' amo kaj vero
Kaj fonto de vivo konstanta,
Al Vi, kiun ĉiuj malsame prezentas,
Sed ĉiuj egale en koro Vin sentas,
Al Vi, kiu kreas, al Vi, kiu reĝas,
Hodiaŭ ni preĝas.

Al Vi ni ne venas kun kredo nacia,
Kun dogmoj de blinda fervoro:
Silentas nun ĉiu disput' religia
Kaj regas nun kredo de koro.
Kun ĝi, kiu estas ĉe ĉiuj egala,
Kun ĝi, la plej vera, sen trudo batala,
Ni staras nun, filoj de l' tuta homaro
Ĉe Via altaro.

Homaron Vi kreis perfekte kaj bele,
Sed ĝi sin dividis batale;
Popolo popolon atakas kruele,
Frat' fraton atakas ŝakale.
Ho, kiu ajn estas Vi, forto mistera,
Aŭskultu la voĉon de l' preĝo sincera,
Redonu la pacon al la infanaro
De l' granda homaro!

Ni ĵuris labori, ni ĵuris batali,
Por reunuigi l' homaron.
Subtenu nin, Forto, ne lasu nin fali,
Sed lasu nin venki la baron;
Donacu Vi benon al nia laboro,
Donacu Vi forton al nia fervoro,
Ke ĉiam ni kontraŭ atakoj sovaĝaj
Nin tenu kuraĝaj.

La verdan standardon tre alte ni tenos;
Ĝi signas la bonon kaj beleza.
La Forto mistera de l' mondo nin benos,
Kaj nian atingos ni celon.

ORACIÓ
BAJO EL VERDE ESTANDARTE

A ti, oh poderoso misterio incorpóreo,
Gran fuerza, que riges el mundo,
A ti, gran fuente de amor y verdad
Y fuente de vida constante,
A ti, al que todos presentan distinto,
Pero todos igual te sienten en el corazón,
A ti que creas, a ti que riges,
Hoy te rezo yo.

A ti no venimos con credo nacional,
Con dogmas de ciego fervor :
Ahora calla toda disputa religiosa
Y gobierna ahora un credo de corazón.
Con él, que es igual en todos,
Con él, el mas cierto, sin imposición bélica,
Erguimonos ya, hijos de toda la humanidad
Ante tu altar.

Creaste a la humanidad perfecta y hermosa,
pero ella se dividió mediante guerras,
Un pueblo ataca a otro ataca cruelmente,
Un hermano ataca a otro como un chacal,
¡Oh, quien quiera que seas, fuerza misteriosa,
Escucha la voz de la oración sincera,
Devuelve la paz a los niños
de la gran humanidad!

Ya juramos trabajar, ya juramos luchar,
para reunificar a la humanidad.
Apóyanos, Fuerza, no nos dejes caer,
Sino que déjanos vencer la barrera;
Da una bendición a nuestra labor,
Da fuerza a nuestro fervor,
Que siempre contra ataques salvajes
nos sostenga el valor.

El verde estandarte muy alto tendremos;
él marca el bien y la belleza.
La Fuerza misterio del mundo nos bendecirá,
Y alcanzaremos nuestro objetivo.

Ni inter popoloj la murojn detruos,
 Kaj ili ekkrakos kaj ili ekbruos
 Kaj falos por ĉiam, kaj amo kaj vero
 Ekregos sur tero.

Kuniĝu la fratoj, plektiĝu la manoj,
 Antaŭen kun pacaj armiloj!
 Kristanoj, hebreoj aŭ mahometanoj
 Ni ĉiuj de Di' estas filoj.
 Ni ĉiam memoru pri bon' de l' homaro,
 Kaj malgraŭ malhelpoj, sen halto kaj staro
 Al frata la celo ni iru obstine
 Antaŭen, senfine!

Destruiremos los muros entre los pueblos,
 Y de repente sonarán, crujirán,
 Caerán para siempre, y el amor y la verdad
 comenzarán a reinar sobre la Tierra.

¡Únanse los hermanos, entrelacen manos,
 Adelante con las armas de la paz!
 Cristianos, hebreos y mahometanos,
 Todos de Dios somos hijos.
 Siempre recordemos el bien de los humanos,
 A pesar de obstáculos, sin parada o quietud,
 Al objetivo fraterno vamos obstinados,
 Adelante, sin final!

Larga pausa, en profundo y reverente silencio, siguió a la exposición de la plegaria.

Aquella fervorosa invocación, para muchos de los presentes, revelaba algo tan nuevo y diferente —en cuanto a credo religioso— como la lengua misma. Pero sin duda, de mayor profundidad y trascendencia que el simple idioma. Y este hecho descubría en el autor, al hombre en toda su dimensión como tal: libre de prejuicios y de influencias, pronunciándose con entereza y dignidad en lealtad a sí mismo, sin temor de echar por tierra, con la pública manifestación de su modo de sentir y de pensar, el fruto de la obra de toda su vida.

Ante los congresistas ya no estaba allí, de pie en el estrado, expectante y sereno, sublime dentro de su irrelevante figura, solamente el genio lingüista, el creador de una obra benéfica para la humanidad, sino el hombre pleno en su dignidad... superado en la conciencia de la universalidad incuestionable de los seres y las cosas...

Aun las mentalidades escépticas percibieron la congruencia entre sus sentimientos y los del autor, como si en algún recóndito aspecto de lo expresado hubieran encontrado respuesta a un conflicto interno, hasta ese momento, para ellos insoluble.

La aprobación fue unánime, Luis Lázaro, con la vista un tanto nublada por la emoción, recorría de uno a otro extremo la sala, como deseando estrechar en agradecimiento cada una de las manos que aplaudían o agitaban los blancos pañuelos... Porque en esa forma, sincera y espontánea, quedaba definitivamente sancionado por aquellos hombres de tan diversos caracteres e ideologías, el triunfo de la noble idea.

Al término de las sesiones formales, los congresistas disfrutaron la representación teatral de la comedia *Mentira de Amor* de Eugène Labiche, y más tarde, el Alcalde de la ciudad ofreció en su residencia un banquete a todas las personas participantes en el congreso.

La intensa actividad, y las emociones propias de ese memorable día, no terminaron para el maestro sino hasta muy entrada la noche. Con la

ayuda de algunos de los organizadores y representantes de grupos, trabajó varias horas para formular la “Declaración sobre la Esencia del Esperantismo”; tema que sería presentado en otra de las sesiones del congreso.

El día siguiente era domingo y los congresistas iniciaron el asueto con sus prácticas religiosas particulares. Para los asistentes, el abate Emile Peltier predicó en Esperanto. Más tarde se reunieron los grupos para efectuar la programada excursión al vecino pueblo de Wimereux, cinco kilómetros al norte de Boulogne-sur-Mer, hacia donde partieron bajo el espléndido sol de la mañana.

Para terminar el día festivo, por la tarde, al regreso del paseo se ofrecieron al conjunto, un concierto y la comedia de Molière *El Matrimonio Forzado*, traducida al Esperanto y representada por miembros de siete diferentes naciones.

En la noche, ya en la intimidad de la alcoba, los esposos Zamenhof, apenas si intercambiaban palabras. El comentario era inútil, todo lo que se dijera con palabras resultaría insignificante, y no se deseaba alterar, con la posible banalidad de un juicio frívolo aquel paréntesis glorioso que colmaba de honores al maestro y de los cuales era partícipe su esposa, que sentía el éxito de su marido como si fuera el suyo propio. Se miraban a los ojos con ternura, intuyendo sus mutuos pensamientos, y no sabían en qué momento de su arribo quedábanse dormidos.

La sesión del lunes siguiente comenzó con la elección de los miembros que integrarían el Cuerpo Directivo del congreso. Zamenhof fue nombrado presidente; el rector Émile Boirac, el abogado Alfred Michaux, el médico alemán Eduard Mybs, el coronel inglés John Pollen y el general Hippolyte Sébert; asumieron el cargo de Vicepresidentes; mientras Paul Boulet, el señor Dervaux de Boulogne, Grabowski y el checo Eduard Kühnl, fungirían como Secretarios. La presidencia de los debates se encomendó al acierto y energía de Boirac.

Una vez constituida la mesa directiva, Zamenhof presentó a la consideración del congreso los temas que a su juicio debían ser tratados con prioridad, por ser de grave importancia para el funcionamiento organizado del movimiento. Y propuso cuatro temas para ser discutidos:

1. Declaración sobre la Esencia del Esperantismo.
2. Creación de la Liga Mundial.
3. Fundación del Comité de Asuntos Lingüísticos.
4. Designación de la comisión organizadora de los congresos anuales.

Sin olvidar que a este acto concurría una pequeña parte de la membresía mundial, Zamenhof recomendó la discusión amplia de los temas, pero absteniéndose la Asamblea, de tomar decisiones concluyentes, mientras no se obtuviera el consenso general, mediante una encuesta entre la membresía mundial.

Aceptados los temas y la prudente recomendación del maestro, éste dio lectura a la declaración. Y comenzaron las deliberaciones, primero en

un tenor circunspecto y mesurado. Pero a medida que el número de opiniones crecía con la intervención de los oradores, y la percepción de los presentes y futuros problemas por resolver; los ánimos se exaltaban.

Se proponía introducir cambios en la declaración: Boulet, por un lado, objetando algunos principios, encabezaba un grupo, mientras Théophile Cart, Alfred Michaux y el médico Paul Fruictier, en otra facción, proponiéndolos con diferentes formalidades; las exclamaciones e interpelaciones tomaban un carácter cercano a la disputa.

Pero la habilidad y firmeza de Boirac se imponía eficazmente para conciliar las disidencias y encauzar en buenos términos los desbordados entusiasmos. En mucho contribuyó espontáneamente a este objeto, la sorpresiva y sensacional intervención de Edmond Privat, joven de 16 años, esperantista suizo, que hablaba con la madurez y cordura de un experto en la materia.

En el futuro, el joven Privat sería esforzado propagador de las consignas ideológicas del Movimiento, autor de obras en el idioma, y además, uno de los biógrafos de L. L. Zamenhof.

Con las sesiones de trabajo se alternaban diversos festejos y visitas a poblaciones vecinas, que terminaban con veladas literario-musicales, conciertos o espectáculos escénicos. La presentación de bailes folklóricos de distintos países, con sus exóticos atuendos típicos y variados ritmos, fue muy aclamada. Y con este acto finalizó el tercer día del congreso.

En las siguientes sesiones abundaron las iniciativas, sostenidas vigorosamente por los ponentes: Se discutía la forma de introducir la enseñanza del idioma en las escuelas, su utilización en la comunicación telegráfica. Otros pugnaban por modificar ciertas formas y vocablos del Esperanto. Se sugería también la investigación permanente de los fenómenos lingüísticos...

La fluidez de las expresiones, lo comprensivo de los argumentos e incluso la claridad en las impugnaciones durante los debates entre personas de tal diversidad idiomática, —independientemente del resultado de las discusiones— afirmaba la persuasión de los congresistas que vivían en esa maravillosa experiencia la solución al problema de la intercomunicación humana. De ahí que, aquellas mentalidades universalistas, de anhelos libertarios —no sólo para sí mismos, sino para todos los hombres— se esforzaran en contribuir al triunfo de la idea.

En el curso de la última reunión, previa a la clausura del acto, Boirac presentó a la Asamblea el texto definitivo sobre la Esencia del Esperantismo, que posteriormente se conocería como la “Declaración de Boulogne-sur-Mer”.

—...Y debido a que, sobre la esencia de este Movimiento, existen erróneas apreciaciones originadas por motivos diversos; consideramos necesario exponer las siguientes aclaraciones... —Y a continuación se expuso la declaración con cinco puntos, que en resumen trataban lo siguiente:

1. El Esperantismo propugna la divulgación y uso, en todo el mundo, de una lengua neutral para la directa intercomunicación humana, cuya función —sin interferir en las formas de vida particulares de los pueblos, y sin pretender en absoluto, el desplazamiento o anulación de las existentes lenguas nacionales— posibilite a los hombres de diferentes países, comprenderse entre sí... Y sirva como elemento conciliador en las comunidades constituidas por grupos étnicos en conflicto por razón de la diferencia de sus idiomas. Asimismo, en la lengua neutral podrían ser publicadas las obras de interés común a todos los pueblos.
2. ...Porque entre los innumerables proyectos efectuados en los dos últimos siglos, el Esperanto ha sido la lengua que ha demostrado su eficacia y propiedad como idioma Internacional... Los adeptos de esta idea impulsan su divulgación y el enriquecimiento de su acervo literario.
3. En virtud de que el autor del idioma prescinde, total y definitivamente, de derechos y privilegios en relación a su obra; el Esperanto no es propiedad de alguien en particular. Su poseedor es el mundo... y todos podrán publicar en o sobre el idioma las obras que deseen, y usarlo para cualquier objetivo. Como guías del idioma serán consideradas aquellas personas que la comunidad esperantista juzgue como los mejores y más talentosos autores en la lengua.
4. El Esperanto no depende de alguna persona en particular. Las opiniones y obras del autor, al igual que las opiniones y obras de cualquier otro esperantista; tienen carácter absolutamente privado y personal. Únicamente es obligado el reconocimiento de las bases del idioma, contenidas en la obra *Fundamento del Esperanto*, en las cuales nadie tendrá derecho a imponer inserciones o modificaciones...
5. Se denomina “esperantista” a toda persona que sabe y usa el Esperanto, indistintamente, sea cual fuere la finalidad para la que la lengua se utilice. La afiliación a las asociaciones activas es recomendable, pero no obligatoria a los esperantistas.

Por unanimidad fue aprobado el texto de la Declaración. Pero la Asamblea rechazó el compromiso de crear la Liga Mundial, pues no se contaba con tiempo suficiente para formular sus bases. Sin embargo, considerándolo imprescindible, el congreso fundó el Comité Lingüístico, y en la misma sesión eligió, con carácter provisional, su cuerpo directivo. Leopoldo Blumental (‘Belmont’), de Polonia, promovió la elección del Comité Organizador de los futuros congresos anuales, y con la aprobación general se designó la ciudad de Ginebra para celebrar en ella el Segundo Congreso Mundial.

El profesor Couturat informó a la Asamblea sobre sus gestiones ante las autoridades académicas, en solicitud de la investigación oficial que sancionara la efectividad y características de los proyectos de lenguas artificiales; juicio que indudablemente beneficiaría al Esperanto. Prometía, continuar en ese tema, aun cuando, después de cinco años de insistentes peticiones, hasta la fecha no hubiera obtenido algún resultado favorable.

No menos solemne y animada que la inauguración, fue la clausura del histórico acontecimiento. Aunque, si bien, en ésta se advirtiera en el ambiente un dejo de nostalgia anticipada: Entre aquellos hombres, en un principio desconocidos entre sí, reunidos solamente por la comunidad de ideas y con una sola lengua como recurso de mutua comprensión, había aflorado acendrada y leal amistad. No se despedirían como simples adeptos comunes a la causa humanitaria, sino como amigos, cuyo recíproco aprecio y dilección se prolongaría indefinidamente.

Por otra parte, de tal manera se había identificado en la mente y en los ánimos la naturaleza, la esencia de aquella idealidad, que el éxito del acontecimiento producía la sensación de un triunfo personal que al mismo tiempo todos compartían.

De Boulogne-sur-Mer llevaban gratos recuerdos, como bella y acogedora ciudad, pero además, en virtud del hecho allí ocurrido, la consideraban ya como cuna del pensamiento que posiblemente marcará una nueva época en la historia del mundo.

Allí también terminaba un cierto 'período francés', en el desarrollo del movimiento, o mejor dicho; cediendo éste su lugar, nacia en Boulogne-sur-Mer el período propiamente Internacional, como corolario de su vigoroso impulso.

Evaluando resultados, los organizadores estaban de acuerdo en que la finalidad principal se había cumplido, rebasando en mucho las metas propuestas.

Lejos de presentarse pugnas o antagonismos como se temiera por la variedad de tendencias, costumbres e ideologías, la concordia y el afán de superación prevalecieron en todo momento. Así mismo podía considerarse que no sólo el Esperanto había sido sometido a la rígida prueba de su efectividad como elemento apto para armonizar las relaciones de los hombres; también muchos de los participantes en el acto, descubrieron que por encima de nuestras ancestrales particularidades, queda todavía un plano superior por alcanzar: el que corresponde al reconocimiento del valor humano, como único fundamento positivo para la constitución del nuevo mundo.

No obstante, a las expresiones eufóricas de Kazimierz Bein, más prudente y reflexivo, objetaba Alejandro Brzostowski: .

— *Yo tengo mis dudas. El Comité Lingüístico constituido es muy numeroso y con distintos niveles de conocimiento del idioma; no está definido, el*

alcance de sus derechos ni de su función. No se sabe si su autoridad es preponderante a la de la Asamblea, o viceversa. Y el valor de las decisiones del congreso siempre será dudoso, lo que dificultará la solución de crisis eventuales. Además, no se podrá actuar organizadamente sin un cuerpo administrativo... En estas deliberaciones fue muy sensible la ausencia de de Beaufront.

Grabowski amonestaba a Zamenhof cuando estuvieron solos:

— *Estuviste en extremo modesto, casi temeroso... y los franceses parecían sentirse inseguros... Supongo que a esto se ¡debió que no quedara precisada la igualdad de derechos en las representaciones. Yo temo; como Brzostowski, que, en presencia de una crisis, el esperantismo se encuentre sin capacidad de crear organismos, ni jefes que los dirijan...*

Pero nada podía nublar la felicidad que embargaba el ánimo de Luis Lázaro, sonriendo le replicó a su amigo:

— *¡No seas profeta de desgracias!. . ¡Déjame disfrutar este inmenso placer... mientras dure! Ya volveremos a la rutina de preocupaciones y temores. ¡Por hoy hemos triunfado, querido amigo!*

Ya de regreso en Varsovia, después de largo y fatigoso viaje y un descanso de cuatro días en el campo, el 30 de agosto, Zamenhof le escribía a Javal:

... El viaje no tuvo contratiempos y mi esposa y yo nos sentimos perfectamente. En la casa encontramos gran cantidad de trabajo acumulado durante nuestra ausencia, y tendré que emplear mucho tiempo, en despacharlo antes de tornar a mis actividades habituales.

Pronto recibió noticias del general Sébert, que con afectuoso saludo le enviaba los documentos relativos a la Orden de la Legión de Honor, que le había sido otorgada por las autoridades de Francia.

— *El honor que se me concede es para mí de un valor inestimable. Pero ante todo pienso en el gran significado que éste tiene para nuestra causa.* —comentaba para sí el maestro—. Y consultaba a Javal en carta del 24 de septiembre:

Supongo que es obligado expresar mi agradecimiento , al gobierno francés, por la honrosa distinción que se ha dignado conferirme. Como indudablemente Ud. estará de acuerdo conmigo en este respecto, le suplico

me ayude a cumplimentar el trámite, enviándome el texto del agradecimiento en cuestión, con las debidas formalidades, pues carezco de la menor experiencia en estos asuntos...

Los días pasaban y las gratas impresiones que motivara el congreso se iban desvaneciendo, dando lugar a otras no muy optimistas reflexiones en la mente de Zamenhof. Le parecía que el fragor de aquella explosiva llamarada, plena de honores y realizaciones promisorias, se extinguía demasiado pronto y el movimiento caía una vez más en la tibia rutina cotidiana.

En el acto se había subestimado su proposición sobre el establecimiento de la Liga Mundial, organismo de representatividad y acción permanentes, según él lo suponía... Las dudas de Brzostowski y Grabowski, parecían haber sido justas. Su idea sobre el hilelismo no pudo siquiera ser presentada... Y le confesaba a Javal:

y el Esperanto es solamente una parte de esta común idea que he nombrado hilelismo... la que he meditado y madurado a lo largo de toda mi vida...

Con la ingenuidad de su convicción, añadía:

el hilelismo puede parecer una simple utopía, aunque sea en verdad algo práctico y fácilmente realizable. Si llego a tener el tiempo libre suficiente y si mi salud lo permite, alguna vez habré de realizarlo,...

Precisamente, tiempo libre y salud Zamenhof nunca los tuvo sobradamente; continuaba diciendo a su amigo:

... Me siento sin fuerzas, hoy no puede rendir mi trabajo ni la mitad de lo que años pasados producía; y como me es imposible reducir mi tarea profesional, el trabajo y la correspondencia en Esperanto, con todo mi pesar resultan muy disminuidos...

Pero en la misma carta, por el siguiente fragmento, se advertía que el estudio del tema no era en absoluto descuidado por el maestro. Y Javal lo

comprendía así, al comparar las nuevas argumentaciones de Zamenhof, con las presentadas por él en las deliberaciones del congreso:

...efectivamente, el idioma contiene cien, o ciento cincuenta fórmulas o palabras, cuyo cambio economizaría al estudiante muchas horas en su aprendizaje... y esto significaría una considerable ventaja en la materia. Pero en este momento, cambiar fórmulas o palabras en el fundamento de la lengua, debe considerarse asunto rigurosamente prohibido... La persona que en algún tiempo aprendió el Esperanto, debe tener la plena certeza de no verse después en la necesidad de estudiarlo nuevamente, y de que ninguna palabra aprendida pudiera perder en determinado momento su valor, dificultando así la comprensión entre esperantistas... Además, el autor de literatura en esta lengua, debe sentirse seguro de que su obra será comprendida por los adeptos, en todo tiempo y en cualquier lugar. Existe, sin embargo, un recurso con el que podemos perfeccionarla respetando sus fundamentos, esto es, con la inserción de neologismos, los que no sustituirán a las palabras originales, sino que existirán paralelamente con ellas...

En las reflexiones sobre los recientes acontecimientos, con insistencia venía a la mente de Zamenhof la obsesión del hilelismo.

Recordaba que en el ánimo de los dirigentes no tuvo cabida, ciertamente, ninguna promoción de sentido místico, ni sueños de tal naturaleza. Y sin embargo, la mención de su “Plegaria” no escandalizó a la concurrencia, más aún, había sido aceptada con unánime beneplácito... pero, posiblemente, aquella aceptación pudo ser simple-condescendencia motivada por las circunstancias... Quizás su estado de ánimo en aquel momento, no le permitió captar con precisión el sentimiento reinante en la atmósfera de las asambleas, y él lo sobreestimó indebidamente... Tal vez el escepticismo de los franceses impidió a éstos valorar con justicia la disposición anuente de los congresistas...

De todos modos, aquello había pasado, y él continuaría adelante. Introdujo algunos pequeños cambios en el texto del folleto que sobre el hilelismo, había publicado en el año de 1901, y cambiando el título por el de “homaranismo” (Del Esperanto “homaro”, humanidad), lo reeditó bajo un seudónimo en San Petersburgo.

Esta publicación no produjo la menor resonancia, y si la hubo, fue completamente negativa. El ilusorio e ingenuo homaranismo, en ese período de revolución y tumultos sangrientos, estaba anticipadamente condenado a la burla o al fracaso.

A principios del año de 1906 vinieron de Kovno, Adán y el abuelo Silverník. El anciano se sentía muy enfermo y su intención era encontrar alivio en las clínicas de Varsovia. Pocos días después, el 27 de marzo, el viejo murió al lado de Clara, su hija mayor.

Zamenhof sentía por su suegro cariño y respeto tan grandes, como los tenía para su propio padre; pero, se unía a esos sentimientos la profunda gratitud por el apoyo generoso y desinteresado, que tan importante papel desempeñara en el éxito de sus ideas: Ciertamente, el Esperanto sería siempre deudor a la nobleza de espíritu del viejo comerciante.

La honda tristeza que produjo en la familia la desaparición del abuelo Silverník, días después se vio un tanto mitigada por el regreso de León, el hermano menor de Luis Lázaro, que volvía de la guerra del lejano oriente.

Ahora que Adán estaba en completa disponibilidad, pues había terminado el bachillerato desde hacía tiempo, ardía en deseos de emprender los estudios profesionales. Y en las mismas circunstancias se encontraba su hermana Sofía.

Esto originaba un conflicto, porque sus padres estaban en condiciones de enviar a otra ciudad, solamente a uno de ellos. Se resistían a tomar una decisión que pudiera parecer injusta, porque, a su juicio, ambos tenían singulares aptitudes y de una y otro eran iguales los merecimientos. Inteligentemente, Sofía terminó con el titubeo de sus padres:

— *Adancito viajará a Lausana. Yo esperaré eso que suele llamarse “tiempos mejores”.*

Los padres estaban conscientes de que ella hacía un gran sacrificio en favor de su querido hermano. Y Adán partió para Suiza, donde iniciaría la carrera de oftalmólogo.

Indudablemente las cavilaciones pesimistas de Zamenhof no tenían sólido fundamento, al menos en lo que al Esperanto se refería. Pasado el aparente receso en el movimiento —que tantas dudas le infundiera— éste comenzó a denotar su ímpetu ya incontenible, pues se tenían noticias de nuevos focos de divulgación, con membresía más o menos numerosa, pero siempre diligente y entusiasta, amante de la idea.

Según las estadísticas efectuadas por la Oficina Central, —fundada en París un poco después del congreso en Boulogne-sur-Mer— a la fecha del 30 de junio de 1906, existían diseminados en el mundo, 434 organismos registrados con diferentes clasificaciones: clubs, sociedades, círculos,

asociaciones, grupos, etc.; y 29 gacetillas periódicas, órganos oficiales de las agrupaciones.

Pronto aparecieron otros boletines: *Pola Esperantisto* en Lviv; *Amerika Esperantisto*, *Japana Esperantisto*, y *Esperantisten* en Estocolmo. En la misma fecha, 30 de junio, en Stirling, tuvo lugar la celebración del primer congreso regional de grupos escoceses.

Todavía no dejaban de impresionar el ánimo de Luis Lázaro los efectos, al parecer contradictorios, del suceso en Boulogne-sur-Mer, cuando se aproximaba la fecha propuesta para la segunda reunión mundial que se efectuaría en Ginebra.

Ahora ya sin mayores preámbulos, con más decisión y confianza en sí mismo, rápidamente se encaminó a Suiza, pues le estaba encomendado hacer la apertura del acto, que se iniciaría el 28 de agosto, para terminar el 2 de septiembre de ese año de 1906.

El Salón Victoria-Hall, en Ginebra, dio cabida a 832 personas que representaban a 30 países europeos, asiáticos y americanos. Así, este congreso superaba, tanto en número de asistentes, como al parecer en entusiasmo, al anterior en Boulogne-sur-Mer. Porque ahora, según lo programado, independientemente de las sesiones generales, con el exclusivo tema relativo al movimiento esperantista: en reuniones particulares, los congresistas tendrían la oportunidad de discutir e intercambiar puntos de vista referentes a sus actividades profesionales comunes y a sus aficiones artísticas o deportivas.

La innovación era sin duda trascendente. El intercambio de conocimientos sobre costumbres, métodos, sistemas, investigaciones, conceptos filosóficos, estéticos o morales... etc., de las diferentes regiones y culturas; iniciaría una nueva etapa en el ámbito del saber, con la información explícita, directa y actual, de los diversos temas; infundiendo en las mentes conceptos universalistas.

Mediante la adecuada auscultación se fijaron los días y horarios para estas reuniones que congregarían a juristas, médicos, músicos, farmacólogos, navegantes, científicos, comerciantes, militares, pacifistas, francmasones y jugadores de ajedrez.

Zamenhof estuvo firme y emotivo en su discurso de apertura.

Comenzó presentando una breve síntesis de la historia del Esperanto, para informar a los nuevos concurrentes; habló de sus impresiones sobre el primer congreso, de sus dudas y temores, y también de los excelentes resultados que en él se obtuvieron, a pesar del rigor de la prueba y la inexperiencia en actos de semejante magnitud. Al referirse a los éxitos logrados, incluido aquel hecho grandioso, lo hacía sin la menor vanagloria, casi de modo impersonal, atribuyéndolos a la firmeza de convicciones, férreo carácter y fuerza de voluntad de todos los esperantistas; atributos que él consideraba esenciales, —no para el común Esperanto-parlante—, pero sí para quien tomara en el movimiento una postura de efectiva militancia, y añadía:

... Vengo de un país donde millones de hombres, en este momento, luchan heroicamente por la libertad, por los más elementales derechos del hombre... No discutiremos los aspectos políticos de estas pugnas, porque nuestra actuación y el carácter de estos congresos nada tienen en común con los asuntos políticos de los pueblos. Pero el asunto nos atañe, porque al margen de las luchas puramente políticas, nosotros vemos batallas sangrientas entre los hombres. Y nuestro interés radica en la humanización del hombre, en la solución pacífica y consciente de los problemas que necesariamente impone, para su convivencia, la débil naturaleza humana... susceptible de ser presa de la incomprensión, el error y el odio... Es materia de nuestro interés el estudio de las causas que originan tales defectos... Y sería injusto atribuirlos al hecho de ser rusos, mongoles o armenios... caeríamos también en el error, si inculpáramos a tal o cual raza, credo o nacionalidad, como causas de los conflictos humanos.

El hombre desconoce al hombre, y le vilipendia y esclaviza, porque se desconoce a sí mismo. Ignora el vínculo supremo de fraternidad que lo identifica con su semejante... y se sustrae, por miedo o por ignorancia, a las armónicas, sabias e invulnerables leyes que rigen el universo; desconociendo que éste y aquéllas, son una maravillosa creación dispuesta omnímodamente, al servicio de su perfeccionamiento... que es el único y verdadero objeto de la vida.

El Esperanto, como lengua de unificación, es solamente el aspecto práctico de su 'idea interna', la que le dio origen y la que constituye el ideal esencial del Movimiento. Esta Idea Interna ha sido inspiración y guía de los precursores de la lucha para la estabilización de un modo de vivir, congruente con la dignidad humana... ha sido el vigoroso sostén moral ante la incomprensión, la burla y los ataques de que ha sido objeto este propósito, en el transcurso de su breve historia...

El simple y frío aspecto práctico y materialmente utilitario del conocimiento y uso del idioma, debe quedar en un segundo término, aunque si bien, como el elemento apto e insustituible para difundir con rapidez la idea en todos los confines del mundo...

No podemos dudar —puesto que es nuestra consigna y nuestro anhelo— que habrá de llegar el tiempo en que el Esperanto se convierta en posesión de toda la humanidad, y sea, entonces, solamente una lengua como otras tantas que existen en el mundo. Este feliz momento marcará el fin de la ardua labor de la enseñanza del idioma, y su misión como portador de un nuevo pensamiento, habrá concluido. Pero aún así, destruidas las barreras a la comunicación verbal o escrita; el pensamiento de 'Paz, Justicia y Fraternidad para todos los pueblos', tendrá vigencia permanente. Y, ya no el Esperanto, sino el hombre inspirado en sus principios, será el heraldo que encuentre allanado el camino hacia la realización del sueño a que todos aspiramos...

Con esto nos referimos a un futuro muy distante... ciertamente tan distante, que por eso lo concebimos como un sueño halagador, solamente perceptible con la mirada del alma, y por eso no nos extraña, ni nos ofende, ni minimiza nuestro esfuerzo, la errónea opinión que nos señala como utópicos

o ingenuos... Porque si el final de la obra queda inalcanzable a nuestra vista y subsiste como un sueño; la patente efectividad de los principios de la idea —que con honda satisfacción vivimos en estos congresos— ¡demuestra al mundo, y a nosotros mismos, que este ideal es perfectamente realizable!...

Pasaron unos instantes para que estallaran los aplausos, en la prolongada ovación a las palabras del maestro. Como si se hubiera deseado no interrumpir aquellos conceptos instructivos, hondamente reveladores y visionarios.

Entre los concurrentes, por supuesto, había personas con criterio aún no conforme a aquella mística proclamada por el maestro, y quizá algunos con disposición escéptica y contraria a ella, interesados solamente en el aspecto práctico del idioma, el cual, ciertamente reconocían. Pero su ánimo no podía, a pesar de todo, sustraerse al arrebatador entusiasmo general, y si algún disentimiento existía, pasaba desapercibido. El señor Louis de Beaufront pertenecía al grupo de los inconformes. Pero no terminaban todavía los vítores y los aplausos, cuando éste se encaminó al estrado y felicitó al maestro abrazándolo y besándolo en la mejilla.

Entre bambalinas alguien comentó como para sí: —*¡El beso de Judas!...*

Posiblemente fue el temperamental Bourlet, dirigiéndose a otros de los dirigentes que estaban próximos.

Zamenhof, al parecer no escuchó la advertencia y sinceramente estrechó las manos de de Beaufront, para agradecer sus felicitaciones.

En el futuro se comprendería la razón de ser del ominoso comentario.

En las siguientes sesiones se discutió el tema de la “neutralidad” como norma característica de los congresos —tanto nacionales como mundiales— en los aspectos religiosos y políticos, y acerca de los problemas de índole social, particulares de los pueblos. Se consolidó y definió la función del Comité Central, como organizador permanente de las congregaciones anuales. Por último fue designada la ciudad de Cambridge (Inglaterra) para celebrar en ella el Tercer Congreso Mundial.

Además de las reuniones con temas y programas específicos, —que fuera la innovación más favorablemente comentada en este acto—, no faltaron diversiones para los participantes, estas fueron: espectáculos escénicos representados por ellos mismos, bailes regionales, una excursión en barco, por el lago Lemán, hasta el pueblo de Veyvey, y otros paseos a ciudades cercanas en el bello país. Para terminar, el imponente festejo oficial de la clausura del congreso.

Para el año de 1907, el número de organizaciones activas había alcanzado la cifra de 756, —633 establecidas en Europa, las demás en otros países— la posición de Francia, con 169 grupos, era preponderante sobre las otras naciones.

En mayo de ese año apareció, en todas las publicaciones esperantistas, un artículo de Zamenhof bajo el título “Sobre las Reformas al Esperanto”:

A últimas fechas, en los círculos de la comunidad, se han propalado rumores por los que se asegura que he tomado la decisión de reformar el Esperanto. Por insistentes y mal fundadas, dichas informaciones pueden resultar sumamente perjudiciales a nuestros propósitos, y en consecuencia me siento obligado a refutarlas, por ser falsas. Aclaro además, que nunca he tenido la intención de introducir arbitrariamente reformas en el idioma, por considerar, no sólo los efectos desastrosos que ello causaría para la unidad que propugnamos, sino también porque carezco del derecho moral para hacer cualquier reforma. Debe existir en los adeptos la seguridad de que nunca sorprenderé su confianza estableciendo cambios arbitrarios. Y si yo tomara alguna vez, neciamente, una decisión de semejante naturaleza, los miembros del movimiento podrán poner ante mis ojos la *Declaración de Boulogne-sur-Mer*, y decir “Nosotros no lo permitiremos”.

Consideremos... que nuestra barca navega en medio del océano y con viento de bonanza promete llegar alguna vez a su destino. Evitemos cualquier prematuro experimento que siembre la inseguridad y el temor y nos exponga al riesgo del naufragio.

Estas palabras eran respuesta concreta a los rumores, y también prudente advertencia a las tendencias reformistas de algunos inconformes que con tal actitud, consciente o inconscientemente, minaban la unidad del movimiento.

Mientras esto se publicaba ocurría en París una maniobra, cuyas consecuencias originarían el mayor riesgo de fracaso para la noble empresa.

Louis de Beaufront, Louis Couturat, y Léopold Leau —que de años atrás solicitaban la opinión de la Asociación Internacional de Academias para sancionar con su voto la efectividad de las lenguas artificiales; presentaron ante ella el Esperanto, junto con otros proyectos de Lengua Internacional.

La asociación rechazó definitivamente tratar el problema, y los solicitantes resolvieron crear una delegación —integrada por ellos mismos y con la participación de lingüistas y científicos invitados de otros países— para dar su juicio a ese respecto.

En representación de Polonia concurrió Jan Baudouin de Courtenay, famoso filólogo, profesor de la Universidad de San Petersburgo, librepensador e idóneo esperantista. Zamenhof no le conocía

personalmente, pero confiaba en su buena voluntad y sus vastos conocimientos. De Beaufront designó al Profesor para hacer la apología del Esperanto ante los demás proyectos presentados.

El 14 de julio de 1907 se cumplía el vigésimo aniversario de la presentación al público, de la Lengua Internacional.

Grupos, asociaciones, clubs y en general toda la organización celebró el acontecimiento con solemnes reuniones y animados festejos... La casa de Zamenhof se vio plétórica de amigos que se sentían privilegiados al compartir, al lado del maestro, la conmemoración de aquella fecha. Al regocijo general se unió ahora la emoción que producía la lectura de algunos comentarios de los miles de cartas y telegramas, acumulados sobre la mesa. Pues entre esas felicitaciones se encontraban, no pocas, dirigidas por personalidades oficiales eminentes, de académicos, científicos e intelectuales de diversas instituciones culturales y filantrópicas...

Pero el momento más feliz de aquel día, para Zamenhof —aunque ciertamente mezclado de conmovedora ternura—, fue la ‘conversión’ de su padre, que abrazándolo le dijo:

— *¡Hijo mío!... Hasta ahora, cuando ya mis días están contados, alcanzo a ver muchas cosas que antes pasaron ante mis ojos sin que yo pudiera percibirlos... Ahora me pregunto y me reprocho: ¿Cómo fue posible que durante toda mi vida no pudiera comprender y valorar justamente la nobleza de tus luchas? ¿cómo pude ser presa de la vanidad y la ambición para no advertir la promesa de los frutos de un árbol generoso que crecía en mi propio hogar? ¡Ciego!... ¡Mil veces ciego! ¡Perdóname, hijo mío! ¡Hoy comprendo el valor de tus esfuerzos... la grandeza de tu hombría!*

Algo, como el balbuceo de un llanto angustioso y contenido, le impidió pronunciar una palabra más.

El viejo Marcos se sentía débil y achacoso. El vigor con que solía emprender sus trabajos y la firmeza de carácter, le habían abandonado. La ausencia de su esposa le embargaba de nostálgica tristeza por momentos cada vez más frecuentes.

Por su parte, el semblante avejentado de Luis Lázaro, denotaba la persistencia implacable de sus dolencias: aquellas molestias del corazón, que no acababan de dejarle en paz...

Pero esas penas domésticas, que Luis Lázaro consideraba como cosas pequeñas y naturales de la vida, tanto más de la suya, —entregada por entero al objeto de su íntima convicción que siempre le había exigido tantas renunciaciones— se veían atenuadas en parte por su habitual disposición de ánimo, y además por la dicha de saber que no había equivocado el camino y que su labor no era estéril.

Pocas semanas después del jubileo de aquel vigésimo aniversario, llegó el día en que debía efectuarse el Tercer Congreso Universal de Esperanto, en Cambridge, Inglaterra.

Zamenhof se dirigió a aquella ciudad, resuelto y esperanzado; pero invadido a la vez de incertidumbre...

Cambridge no era el risueño pueblecito de Boulogne-sur-Mer, o la encantadora ciudad de Ginebra. Sino la antigua urbe de grandioso y aristocrático abolengo —donde Inglaterra inició su reforma—. Sede de la intelectualidad, la ciencia y el conocimiento, en sus numerosas instituciones docentes, entre las que destaca, con eminente prestigio mundial, la universidad centenaria...

Su temperamento, por naturaleza modesto en extremo, se sobrecojía aún más, ante estas simples apreciaciones... ¡La Gran Bretaña! Austera y señorial, ¡uno de los más poderosos imperios del mundo!...

El arribo a la urbe lo sorprendió todavía bajo la influencia de graves meditaciones.

Pero el espectáculo del fastuoso recibimiento en la estación de Cambridge, le produjo de momento una duda mayor: no sabía en qué consistía la realidad: si en el mundo de sus temerosas cavilaciones, o en aquella fantasía que estaba ante sus ojos, en la que la más alta autoridad de la ciudad, en persona, circundada de magistrados estatales y eminentes personalidades universitarias, en severo y ordenado protocolo se turnaban el uso de la palabra para expresar, con cálidos conceptos, su saludo de bienvenida, a nombre propio y de las instituciones que, representaban. Todo ello en rendido honor y reconocimiento a la genialidad del maestro.

En uniforme de gala, el regimiento de caballería, con impecable marcialidad y elegancia, había flanqueado honoríficamente al Doctor Esperanto, para escoltarlo después en el carruaje que ocuparía, acompañado del Regente, a través de las calles de la bella ciudad, en dirección al Museo, donde sería recibido por Sir Roberts, Vicecanciller de la famosa universidad.

Esa misma tarde, en el New Theatre, se declaró la apertura del congreso.

Sumaron 1357 los participantes y también fue mayor que en los congresos anteriores el número de países representados —algunos por funcionarios oficiales—.

Con el imponente aspecto de la elegante y sobria ornamentación de la sala, el absoluto silencio reinante permitió escuchar, sonora y firme, la voz del maestro:

—¡Grande y admirado pueblo británico, fraternalmente te saludamos!... ¡Y con el más profundo respeto saludamos a vuestra alta autoridad, en la real persona de Su Majestad, que Dios guarde! ¡Viva el Rey!

Un ¡Viva! estruendoso y solemne, seguido de cálidos aplausos, respondió al saludo del maestro...

¡Nos encontramos aquí reunidos para patentizar, con nuestro sentimiento de igualdad humana, el común anhelo esperantista!

Nos congrega en estos actos extraordinarios, el recíproco deseo de disfrutar y fortalecer en amable convivencia, plena de cordialidad y comprensión, el profundo vínculo fraterno en que se inspira la mística de esta maravillosa idea...

ínfima es aún la significación numérica de nuestra pequeña grey. ¡Pero ella constituye el vigoroso embrión de un mundo nuevo, en el que el valer humano es preponderante sobre todos los demás valores! Donde no existen más —como impedimento a la plena realización del hombre— las barreras ancestrales de raza, de credo o de naciones, que por siglos esclavizara sectariamente nuestra conciencia, mutilando y delimitando arbitrariamente, la capacidad de creer, amar y esperar, que son atributos esenciales del espíritu, de naturaleza y proyección universales...

La lengua Internacional cumple— en este concepto de la vida y las relaciones humanas— la función de elemento neutral de indiscriminada comunicación, acorde a aquellos principios, de los cuales pretende, ser, por siempre, leal y digna portadora!

En otro aspecto de su discurso hacía oportuna alusión al escepticismo de algunos opositores:

El hecho de .congregarnos en esta gloriosa urbe universitaria de la Gran Bretaña es de particular importancia, si tomamos en cuenta ,que insistentemente se ha argumentado, que los pueblos de habla inglesa jamás podrían aprobar nuestro propósito, y menos aún adherirse a él. Porque ellos no sienten, al igual que muchos otros pueblos, la necesidad de una Lengua Internacional, y además, porque el nacimiento y generalización de tal lengua les sería directamente perjudicial, al entrar en franca competencia con la lengua inglesa, que asimismo intenta ser internacional...

Pero es preciso dejar perfectamente establecido, que el Esperanto no interfiere ni se opone a la existencia, desarrollo y extensión, de las lenguas nacionales; que las considera digna y respetable propiedad y valor cultural, idiosincrásico, de cada pueblo.

El Esperanto reclama solamente su justa posición como elemento neutral y unificador, como valor propio de una entidad igualmente digna y respetable, —que no es, por cierto, una determinada nación— sino la reunión de todas ellas a su máxima exaltación en una sola familia humana. Nuestro himno de tal manera lo declara:

*Sobre un fundamento lingüístico neutral,
comprendiéndose los unos a los otros,
los pueblos harán en consenso
una gran ronda familiar.*

Creemos haber sido de este modo comprendidos por la numerosa representación del generoso pueblo británico, que ha aceptado con entusiasmo ejemplar nuestros principios, y hace patente su solidaridad con el esmerado empeño para realizar brillantemente este congreso... Porque no

es difícil comprender en este lugar —sede de la enseñanza y el conocimiento—, que la trascendencia de estas celebraciones es evidente, precisamente en su función educadora. Entendiendo este término en su concepto liberador: En cuanto que crea en el hombre la aptitud de sustraerse a las influencias de erróneos atavismos, productores de discordia y luchas fratricidas... En cuanto exalta al plano más excelente y digno la convivencia humana... ¡En cuanto, indefectiblemente, induce al hombre en la conciencia del ser!

Cuando cesaron los murmullos de aprobación y las aclamaciones, el maestro invitó a los concurrentes a rendir homenaje a los activistas desaparecidos, entre los que ahora se mencionaron los nombres de Emile Javal —motor del pasado congreso en Ginebra—, Richard John Lloyd —presidente del grupo de Liverpool—, y de dos científicos simpatizantes con el movimiento, muertos a comienzos de ese mismo año: el químico Marcellin Berthelot y el fisiólogo Michael Foster.

Se escucharon después, el saludo de los diferentes países en voz de sus representantes, y las breves intervenciones oratorias de las personalidades oficiales. El acto culminó con el canto del himno esperantista.

Para este tiempo funcionaban ya regularmente los comités lingüístico y de organización permanente de los congresos, así como la oficina central, con sus respectivas gacetas oficiales. Estos órganos reportaron en sendos artículos, con detallados pormenores, las diversas fases del acontecimiento: los problemas tratados y las conclusiones obtenidas. Los temas que mayormente fueron debatidos, entre ellos, el relacionado con la popularización del Esperanto; la neutralidad rechazada en el aspecto de forma táctica y definida como norma doctrinal, etc. Las informaciones comentaban también el excelente resultado de las reuniones con temas de especialidades profesionales y de aficiones particulares, pues, en una de ellas, el grupo de dentistas e investigadores fundó la Asociación Científica Internacional.

Las recepciones, los bailes, espectáculos escénicos y excursiones, dentro de las variedades recreativas del programa que finalizó el 17 de agosto, ocuparon también amplio espacio en las crónicas publicadas.

El 21 de agosto, el Lord Mayor del Almirantazgo, en Londres, ofreció la recepción a los congresistas. Durante el banquete, en el famoso Palacio Guildhall, Zamenhof expresó sus conceptos en relación con el patriotismo:

La escasa información que tiene la generalidad de las personas sobre la esencia de nuestros principios, ha dado origen a apreciaciones erróneas sobre nuestra conducta en relación con determinados valores. Contribuyen a exacerbar esos juicios inexactos, factores tales como el atávico concepto chauvinista, de predilecciones excluyentes o de abierta y declarada xenofobia; en contraposición a nuestras consignas de ‘paz, justicia y fraternidad a todos los pueblos’. Bajo estas reales divergencias de modo de sentir y de pensar, es natural que seamos considerados como malos patriotas.

Pero el patriotismo que predica amor a la patria, y el esperantismo que predica amor a la humanidad, nunca podrían ser enemigos entre sí.

Si alguna diferencia existe entre estas valoraciones, es en el grado de evolución y cultivo de los sentimientos: no existen límites para el amor, y el hombre se engrandece en la medida en que ésa, su maravillosa aptitud de amar, se agiganta y universaliza trascendiendo todas las fronteras... Y animan su noble afán la armonía, la paz y la felicidad, en cualquier lugar donde él se encuentre.

Solamente pueden ser víctimas del temor y la sospecha, el temperamento mezquino, la ambición que explota y esclaviza, los ineptos que buscan egoístamente el ruin provecho del beneficio propio, desconociendo el derecho de los demás...

Es profundamente amado por nosotros el pedazo de tierra donde vimos la luz primera, y subsistirá en nuestras almas esta predilección hasta el fin de nuestros días.

Pero, si bien una ley superior, de la Naturaleza o de la Divinidad, destinó un lugar para nuestra aparición en el mundo; esa misma Divinidad no circunscribió a un ámbito estrecho y limitado la capacidad de nuestros sentimientos, y sí extendió ante nuestra vista la espléndida e infinita dimensión del universo, dotándonos generosamente de la capacidad de comprenderlo, amarlo y considerarlo como cuna y hogar común de la humanidad...

La patria, reconocemos, es el raigambre de nuestro origen y particular fisonomía; pero el hombre no es un valor simple, como estos valores, ni un ente estático. Sino un ser sujeto de evolución y perfeccionamiento —aún del criterio que posea sobre la valoración de estos conceptos—.

Y estos hombres, hoy todavía poco conocidos y poco comprendidos, dignifican su incansable labor internacionalizante bajo el principio que considera la patria —tanto la propia como la del semejante— un sagrado valor, para todos profundamente respetable...

Al término de las celebraciones del congreso, los profesores Couturat, Leau y de Beaufront —quienes dirigían la delegación creada por ellos, para dictaminar sobre los méritos de las lenguas artificiales, con el fin de dar prioridad a la que se considerara más apropiada para fungir como lengua internacional— estuvieron presentes para despedir a Zamenhof a su salida de Inglaterra. Pronosticaban para el Esperanto buen éxito en aquellas deliberaciones. Lamentando que el maestro no pudiera participar en ellas, le informaban:

—Las sesiones de la Delegación se efectuarán del 15, al 25 de octubre. Por supuesto, esperamos que el resultado nos sea plenamente favorable, y usted, querido maestro, será inmediatamente enterado por el profesor Baudouin de Courtenay cuando regrese a Polonia... Le deseamos un viaje placentero y felices realizaciones para nuestra causa.

Satisfecho y optimista, Zamenhof regresó a Varsovia.

No esperaba encontrarse allí con una novedad que le llenó de amargura: Durante su ausencia su padre había enfermado gravemente. Los médicos que le atendían no podían asegurar su restablecimiento. La familia perdió toda esperanza.

Hacia fines de octubre comenzaron a llegar-noticias de los resultados de los debates de la delegación. Y éstas eran terriblemente desalentadoras.

De los científicos invitados, solamente habían concurrido, además de Jan Baudouin de Courtenay, el químico alemán Wilhelm Ostwald y el lingüista Otto Jespersen; los demás enviaron sus secretarios o representantes que evidentemente no estaban capacitados, por su escaso conocimiento de la materia, para emitir juicios de valor en la solución de un problema de tal manera trascendente.

Pero como un hecho sorpresivo y desastroso, estaba la actuación de de Beaufront, Couturat y Leau, supuestos ‘defensores’ de la causa esperantista.

Louis de Beaufront no sólo rehusó, defender, en nombre de Zamenhof, el idioma, como estaba convenido, sino que en vez de esto, presentó a la delegación su propio idioma artificial, al que llamaba “Ido”.

Como pudo constatarse después, esta, lengua nada en absoluto tenía de original. A primera vista podía advertirse que constituía un plagio del Esperanto; o mejor dicho, era este mismo idioma, pero con abundantes modificaciones en sus voces radicales, en las terminaciones y en parte de las formas gramaticales.

Indudablemente de mucho tiempo atrás, años tal vez, estas personas preparaban en común acuerdo esta desleal maquinación, de la cual Zamenhof no tenía la menor sospecha.

No se tuvo, además ningún escrúpulo en convencer a los titubeantes miembros de la delegación, sobre la especie de que el cambio del Esperanto, según los principios del Ido, se efectuaba ‘con la aprobación del maestro’; y en tales circunstancias, la delegación concedió todo su apoyo al proyecto de de Beaufront.

Se formuló y dio a la publicidad una “Declaración” con base en aquel dictamen, presentando al Ido —no como una modificación del Esperanto—, sino en la categoría de una creación original, obra de Louis de Beaufront.

Más tarde aparecieron gacetas y diversas ediciones en la ‘nueva lengua’. El cisma se confirmó cuando gran parte de los adeptos proclamaron una supuesta ‘superioridad’ del Ido y cundió la división, agravada aún más, por la enemistad surgida en muchos miembros de la grey esperantista.

Zamenhof estaba aterrorizado. Angustiosa e impacientemente esperaba la llegada de Jan Baudouin de Courtenay.

Finalmente el profesor le visitó para informarle acerca de su gestión como experto, en los debates de la delegación.

Ellos no habían tenido antes oportunidad de conocerse personalmente. Pero el maestro sabía muy bien del alto nivel académico del profesor y sus amplios conocimientos del idioma. Así que no se explicaba el por qué, al fungir como apologista del Esperanto, había admitido semejante defección.

Con alguna ambigüedad y muy superficialmente, el profesor describió lo sucedido en las deliberaciones, arguyendo que: Ciertamente él conocía la bondad y aptitud del Esperanto; pero era imposible, en unas cuantas sesiones, analizar exhaustivamente las cualidades del Ido propuesto por de Beaufront, y si éste, Couturat y Leau, le daban preferencia, siendo además connotados activistas del esperantismo; él no tenía base sólida para presentar oposiciones. Y lo mismo pudo ocurrir a los demás científicos invitados.

— *Por otra parte, —concluía— la Delegación no estaba investida de autoridad oficial, y no representaba a organismo alguno del movimiento, así que bien podía ser discutible la validez de sus decisiones.* Añadía después de reflexionar unos instantes:

— *Este es un problema de cambios en el Esperanto, que no puede ser resuelto sino por los mismos esperantistas...*

Zamenhof pudo comprender que la participación de Boudin de Courtenay en los debates, fue simplemente pasiva y expectante; pues el profesor no recordaba bien el sentido exacto de las decisiones y se mostró sorprendido y confuso cuando Zamenhof le hizo notar, que la declaración publicada resultaba ofensiva a los esperantistas.

No había nada más, de utilidad, para continuar hablando sobre el tema, y por continuar la plática se tocó el asunto del hilelismo. A Zamenhof le interesaba sobremedida conocer los puntos de vista de un librepensador, acerca de la materia, de la que el profesor estaba, desde hacía tiempo, bien enterado. Tenía curiosidad en saber si su proposición estaba suficientemente clara y, asimismo bien entendida...

Reticente en un principio, Boudin de Courtenay parecía no querer expresar su opinión sobre ese problema. Pero sus propias reflexiones le obligaron:

— *Usted ha ido demasiado lejos, estimado Doctor, —dijo al fin ya claramente— y se ha hundido en un nebuloso misticismo... Sus postulados fundamentales versan sobre democrática fraternidad de los hombres, libres de sentimientos chauvinistas, fanáticas beaterías y otras taras semejantes. Y enseguida usted escribe, sobre templos, catequesis y sinagogas jerosolimitanas de la época de Herodes... etc. Esto, para mí, sin tratar de ofenderlo, querido maestro, es una confusa filosofía...*

Un ligero rubor encendió las mejillas del maestro. Pero se mantuvo sereno, porque sabía lo difícil que era conciliar un criterio previa y largamente conformado en principios particulares, con una idea de índole universalista.

Tomó de sobre la mesa el texto de la doctrina, y leyó:

El hilelismo. es una enseñanza, cuyas premisas, sin sustraer a las personas de su patria natural, ni de su lengua, ni de su religión; le ofrece al hombre la posibilidad de evitar erróneos sentimientos antagónicos y las disputas que tienen por base esos principios. Y le permite comunicarse, cordial y conscientemente, con hombres de todas las lenguas y de todas las religiones en un fundamento de humana neutralidad, normada por principios recíprocos de fraternidad, igualdad y justicia... El hilelismo confía en que con la constante práctica educativa en tales términos, más el recurso de una lengua común, alguna vez los hombres se fundirán en un solo pueblo humanamente neutral.

—*Tal es, en síntesis, la esencia del hilelismo. Usted, estimado profesor, ¿Considera confusa esta filosofía?*

— *Algunos puntos propuestos me parecen verdaderamente admirables. Por ejemplo, el 3º de la Declaración hilelista que postula que los países no sean pertenencia particular de tal o cual grupo étnico, sino posesión, en plena igualdad de derechos, de todos sus habitantes sean cuales-fueren sus razas, lengua y religiones. Es un principio de justicia, de elemental sensatez que, por otra parte, es ya tema del progreso social. Pero, ¿Por qué crear una nueva religión? ¿Una nueva superstición? Usted escribe: "... bajo el nombre de Dios, yo concibo esa Fuerza Superior que rige el mundo, y cuya esencia tengo derecho a intuirlo según los dictados de mi conciencia y mi corazón" ¿Cuál sería el objeto de este cisma semi-ateo? Si usted tiene el valor de exigir a las iglesias libertad para interpretar a Dios, así, El se presentaría en consecuencia, como una ficción. Porque vuestra interpretación arbitraria a ello conduce... En otros párrafos, usted escribe: "—Cuando en nuestra ciudad se funde un templo hilelista, habremos de visitarlo lo más frecuentemente posible, y en congregación fraternal con hilelistas de otras religiones podremos juntos establecer nuevas modalidades rituales, de celebraciones y festejos... Allí escucharemos las indistintas enseñanzas de los grandes maestros de la humanidad, hallando todos, paz, instrucción y consuelo espiritual..." ¡Esto está demasiado fuera de nuestra época, Doctor! Usted quiere retroceder a los antiguos tiempos de Jerusalén, de Atenas o de Roma, donde en templos... en las termas o en las plazas, se fundaban academias, concilios o tribunas de sabios y estudiosos... En nuestro tiempo del vapor, la electricidad, el periodismo, el telégrafo... nosotros contamos con sistemas científicos modernos, más eficaces. Ningún templo nos garantiza el éxito de nuestros objetivos de progreso. Este lo obtendremos por los parlamentos, por la prensa o la ciencia... o quizás, finalmente, por la furia de los pueblos: las revoluciones... Debemos desechar de una vez por todas los 'fantasmas' retardatarios en forma de templos, de fanáticos misticismos... de las 'Más Altas Fuerzas', etc., que son los enemigos del progreso científico... ¡Honorable maestro! ¡Yo soy un ferviente admirador de usted! La suerte le*

dotó de genio brillante para crear una hermosa lengua para la humanidad. Pero ¿por todos los dioses, juntos con el hilelista?, pasaron ya los tiempos de las imploraciones lastimosas... de las humildes plegarias. Vivimos el momento de despóticas divisas en pugna... la hora de las luchas sangrientas... Y debemos estar acordados con la época...

Argumentos como aquellos de Baudouin de Courtenay, no obstante parecerle insustanciales, deprimían el ánimo de Luis Lázaro. En el fondo no eran otra cosa que la defensa de una actitud conformista, doblegada al imperativo de la época. Quisiera parecer una disposición valiente, audaz para encarar un presente tormentoso, pero, en rigor, solamente acusaba la carencia de una idea propia por la cual luchar —aun contra los dictados de la época— un algo distinto a la rutina, que le de sentido de individualidad y razón de ser a nuestra vida...

Unía a estas reflexiones su consideración al hecho desleal de de Beaufront, sobre el cual prefirió, durante mucho tiempo, guardar silencio absteniéndose de opinar.

Grabowski no cesaba de renegar de aquella acción que tan gravemente afectara la unión esperantista. Zamenhof le decía:

— Hace diecinueve años escribí en el Libro Segundo: "El perfeccionamiento del idioma se obtendrá con el consejo y la participación del mundo, a quien pertenece la lengua. Yo no pretendo ser el creador de este elemento; mi deseo es solamente poner los fundamentos de su existencia". Mi disposición actual es la misma a la de aquel entonces. Respecto al Ido, puedo asegurarte: el Esperanto ha sobrevivido 20 años: pasarán otros veinte cuando ustedes, ya sin mí, festejarán el cuadragésimo aniversario de su existencia. Para entonces, del Ido quedará sólo el recuerdo...

Zamenhof no desacertó en su pronóstico. Para el año 1927, ya después de su muerte, el Esperanto continuaba su marcha en próspera expansión con creciente número de adeptos; mientras el Ido se extinguía.

El 29 de noviembre de 1907 murió, a la edad de 70 años, Marcos Zamenhof. Los últimos días de su vida transcurrieron en despreocupada pero nostálgica inactividad, acompañado solamente por Alejandro, su hijo menor y una vieja sirvienta.

Días antes de su muerte, todos los familiares se reunieron en Nowolipie No. 28, la casa de Marcos, invitados por éste. Sentía próximo su fin y con admirable serenidad y entereza se despidió de todos ellos.

El libro de texto de geografía, el breviario bíblico y un pequeño tomo de refranes y proverbios —sus obras escritas en francés, alemán y ruso— sin duda muy poco significaron para él después de sentir el profundo orgullo —que creía no merecerlo— al darse cuenta, por el testimonio público, de la genialidad y filantropía de su hijo.

Desde entonces, los hermanos y demás parientes, consideraron a Luis Lázaro como el rector moral de la familia. De él recibían acertados y prudentes consejos que acataban con tanta o mejor voluntad, que cuando éstos provenían de la severa autoridad del padre. Porque Luis Lázaro no era precisamente tolerante, pero sí comprensivo e indulgente. El, por su parte, se sentía feliz de serles útil y, naturalmente, gozaba de recíproco cariño y atenciones. Su hermano Félix, económicamente más próspero que los demás hermanos, solventó los gastos de su sobrina Sofía para enviarla a estudiar a Suiza, como eran sus deseos.

Y aquel verano el hogar de Zamenhof quedó vacío y triste.

El 4º Congreso Universal de Esperanto, organizado en Dresden bajo el patrocinio honorario del Rey Federico Augusto; tuvo ocasión en agosto de 1908. En él participaron 1500 personas, constatando la existencia de 1266 agrupaciones en el mundo. Los congresistas disfrutaron la misma atmósfera de fraternal amistad y el mismo entusiasmo en el estudio y discusión de los problemas, que en las anteriores reuniones, tanto en las sesiones como en los actos recreativos accesorios.

Sin embargo, hubo una novedad que fue para todos agradable sorpresa: toda la policía de Dresden había aprendido el Esperanto, para informar con propiedad a los numerosos congresistas extranjeros.

En este congreso Zamenhof se refirió al hecho de Louis de Beaufront, sin recriminación alguna; considerándolo solamente como una actitud errónea de graves consecuencias; por lo que era necesario evitar en lo sucesivo cualquier particular iniciativa que originara defecciones capaces de malograr la finalidad del Movimiento. *Este, —señalaba el maestro— cuenta ya con los organismos aptos y especializados —como es el Comité Lingüístico— para estudiar y resolver los problemas relativos al idioma presentados, no sólo por los esperantistas, sino por cualquier persona con interés en la materia. Pues, —reiteraba— el idioma le pertenece al mundo y él contribuirá a su perfeccionamiento...*

Era manifiesto cómo estas reuniones anuales fortalecían el ánimo de la militancia esperantista. Y quienes así lo percibían comenzaron a organizar congresos nacionales, con la misma temática, pero más accesibles para los adeptos que no podían solventar costosos viajes a lejanos países.

Francia, Bélgica, Rumania, Bohemia y Alemania iniciaron esta tarea. Después, Italia, en 1910 efectuó su primer congreso nacional. Con estas promociones el número de sociedades y grupos llegaba a la cifra de 1447, en ese año.

La felicidad de Luis Lázaro hubiera sido completa de tener a sus hijos a su lado, o al menos respuesta más frecuente a sus innumerables cartas; pero no era así, y aquella ausencia, principalmente de Sofia, le parecía eterna.

En septiembre de 1909, Barcelona fue la sede del 5° Congreso Universal de Esperanto, que reunió a 1287 participantes. El Rey Alfonso XIII se dignó aceptar el patrocinio honorario del acontecimiento.

Zamenhof, en esta ocasión fue condecorado con la Orden de Isabel la Católica, la más alta distinción honorífica en ese tiempo de la España monárquica.

La resolución más importante de este acto, consistió en la creación del Consejo Internacional, entidad a la que quedaba encomendada la difícil tarea del financiamiento de los comités lingüístico y organizador permanente de los congresos. Y, atendiendo la petición de los delegados estadounidenses, se eligió la ciudad de Washington para efectuar el siguiente congreso. Este se inauguró el día 15 de agosto de 1910.

Debido a la gran distancia que se interpone entre América y Europa, — donde se concentraba el noventa por ciento más o menos, de la membresía mundial— los altos costos de viaje y otros inconvenientes; solamente permitieron congregarse a 357 personas. Sin embargo, los Gobiernos de 16 naciones expresaron su solidaridad, haciendo acto de presencia en el congreso sus representantes oficiales.

La fama mundial de los Estados Unidos, como país progresista, democrático y libre, influía poderosamente en el ánimo de Luis Lázaro, considerando la opresión, el atraso y desconcierto que sufrían otros pueblos, entre ellos el suyo en ese tiempo. Estas impresiones le hicieron exclamar en el saludo de apertura:

— ¡País de la libertad!... ¡Pueblo del futuro! ¡Ámbito privilegiado por el que soñaron y aún sueñan muchos seres falsamente inculcados y perseguidos por la injusticia!... ¡Te saludo, reino de hombres que pertenece, no a esta o aquella raza, no a tal o cual iglesia en particular sino a todos sus honestos y cumplidos hijos!

Me siento feliz de que la suerte me haya permitido estar entre vosotros para respirar, aunque sea por breves momentos en vuestra compañía, este aire puro, de libertad, que ningún despotismo contamina...

Pero, si bien, el escenario de las reuniones cambiaba de fisonomía de un país a otro, según la latitud y las costumbres; la atmósfera y el consenso general del conglomerado conservaba en todo lugar sus características únicas: No parecía una grey cosmopolita —en razón del origen de sus integrantes— sino un pueblo nuevo, diferente, un atisbo fehaciente de la posibilidad del ser humano para alcanzar su total liberación del egoísmo y los atávicos prejuicios.

En el verano de 1911 Adán regresó a Varsovia para visitar a sus padres. Su estancia en el hogar sería muy breve, pues después de haber recibido el título firmó un contrato por tres años, como asistente del profesor Eperon, médico oculista de la Clínica Universitaria de Lausana. Los pocos días de la visita fueron de fiesta para toda la familia.

Del 20 al 27 de agosto de 1911, la Ciudad de Amberes, Bélgica, acogió con muy particular entusiasmo a los 1733 esperantistas que, venidos de 42 países celebrarían allí su 7º Congreso Universal de Esperanto.

Esta vez el estudiantado belga contribuyó, con la ufana exaltación propia de la juventud, en la organización de los festejos, —restando quizás, un poco de la grave solemnidad acostumbrada en algunos aspectos— pero comunicando al acto y a la población de la pequeña ciudad, su alborozada alegría.

La juventud belga hizo su propio recibimiento a Zamenhof: A su arribo a la ciudad, los jóvenes desuncieron los caballos de la berlina que ocupaba, y tirado el carricoche por ellos mismos, pasearon al maestro por las calles llenas de gente que le vitoreaba y aplaudía. Organizaron un concurso literario en el idioma, el que dio magníficos resultados: para 16 temas propuestos, se presentaron cuarenta trabajos y de ellos 24 merecieron ser premiados.

Ahora, el Comité Organizador, financiado por el Consejo Internacional, editó por primera vez el boletín o gaceta del congreso por cuyo conducto, los miles de miembros no participantes, tendrían conocimiento del proceso y los acuerdos tomados en las asambleas.

La afluencia de espontáneas innovaciones, siempre tendientes a dar mayor lucimiento y a hacer más fructíferos a la idea estos actos, denotaba para Zamenof que su obra era realmente aceptada por el mundo... que la sentía como propia y trataba de algún modo de enriquecerla y embellecerla. Esto le hacía sospechar que su misión estaba cumplida. La marcha resuelta y uniforme de miles de personas en el sendero por él señalado, la imaginaba seguida de muchos miles más, de nuevas generaciones... Indudablemente estaba cerca el momento del reposo, el cese de aquella batalla agotadora y ruda.

Muchas veces el sol del amanecer iluminaba su cansada cabeza reclinada sobre los papeles en su escritorio. Ahora quizás atendería las constantes recomendaciones de su esposa que le instaba a guardar mayor descanso, a no fumar en exceso...

En julio del año de 1912 escribió en las páginas del *Pola Esperantisto* un comunicado que terminaba así:

...Este artículo es, posiblemente, mi última participación en el campo de las discusiones esperantistas.

Otras declaraciones en este sentido las expresó algún tiempo después, durante el 8º congreso en Cracovia, en agosto de 1912, donde presidió las sesiones el famoso bacteriólogo polaco Dr. Odo Bujwid, discípulo de Robert Koch y Louis Pasteur, profesor de la Universidad Jagellónica, y que había sido durante cuatro años condiscípulo de Zamenhof.

—... Ahora, cuando la madurez de nuestra empresa está totalmente fuera de duda —dijo Zamenhof— me dirijo a ustedes, queridos compañeros con una petición, que he retrasado mencionar hasta hoy por temor de que fuera prematura: Solicito de vuestra gentileza, que desde el presente momento cese de verseme en estos actos como “maestro”. Que cesen de honrarme con tal título y de considerarme persona indispensable. Pues de tiempo atrás he manifestado que la posesión y jefatura concernientes a la lengua, es de todo el conglomerado esperantista. Este será el último congreso en el que ocupó un lugar en el estrado. Si yo puedo concurrir alguna vez más a estas reuniones, mi deseo es estar entre vosotros...

Guardó silencio por un momento, pues su voz temblaba conmovida.

Parecía la voz del exhausto paladín que ha preparado la victoria y resignadamente cede el mando al no poder librar la última batalla. En suspenso, el auditorio esperaba la continuación de su discurso. Pues más que sus palabras, el tono terminante y resignado con que las pronunciaba, causaba conmoción y honda tristeza.

—Es mucho, muchísimo lo que hoy quisiera decir a vosotros... Sin embargo, creo que ha llegado el momento de callar. La reiteración de las consignas, la narración del hecho del nacimiento y los azares de la aún corta vida de la Lengua Internacional, la esencia del esperantismo y sus posibles y benéficas consecuencias para la unificación de la humanidad... Todo ello es para vosotros, perfectamente conocido, y más aún, generosamente practicado... Por esto, no en mí sino en vosotros se deposita y vive la esperanza de alcanzar el triunfo pleno. Con la propia fe que os inspiren vuestras particulares creencias... Pues si alguna vez, con la confianza del hombre que se dirige a sus hermanos, manifesté ante ustedes mi credo personal, jamás solicité que éste, o cualquier otro, fuera reconocido como credo obligado para los esperantistas.

Mi modesta aportación para la concordia humana se limita al idioma, con las características de ustedes conocidas. Yo tuve la inmensa dicha de escribir la obra... Y hoy guardo silencio. ¡Hablad vosotros, porque vosotros sois la voz del Esperanto!...

Zamenhof acompañó a los congresistas en la visita a la antigua Cracovia, aun cuando para él esa ciudad le fuera ya bien conocida.

Desde el primer día del ceremonial, el grupo había depositado ofrendas florales, junto con el estandarte esperantista, en el montículo artificial Kościuszko y en el monumento a Adán Mickiewicz, para honrar la memoria de estas glorias de las armas (Tadeusz Kościuszko) y las letras polacas.

En el Teatro de la Ciudad se había asistido a la representación escénica de la ópera *Halka* (Helena) del compositor Stanisław Moniuszko,

la tragedia *Mazepa* de Juliusz Słowacki, ambas en magistrales traducciones de Grabowski, además de la comedia *El Oso* de Antón Chéjov. Y por primera vez en su historia, los vetustos muros de los templos de Cracovia, escucharon prédicas en Esperanto.

Hoy se visitaba la parte antigua de la ciudad y sus plantaciones circunvecinas. Se describían a los paseantes los hechos históricos allí ocurridos... Zamenhof por un momento pensó que esa visita era su adiós a Cracovia. Se sintió incómodo y deseaba estar solo. Decidió regresar a casa antes que concluyeran los actos del congreso.

Pero ya en Varsovia nuevamente le angustiaba la ausencia de sus hijos.

Comenzó un régimen de vida más austero en lo que al desempeño de la profesión se refería, y aminoró también su actividad lingüística, haciéndose el propósito de dedicar más tiempo a sus reflexiones particulares.

Solícita y amorosamente, Clara se esforzaba en atender la salud del maestro, procurando sustraerlo a las inquietudes que pudieran alterar su reposo.

El verano de 1913 trajo consigo una gran felicidad para el hogar de Luis Lázaro: su hija regresaba de Lausana como orgullosa portadora de un ameritado título de doctora en medicina.

Sofía encontró a su padre muy desmejorado e inmediatamente resolvió ocuparse de él. Como todo nuevo profesional, alardeaba de sus conocimientos y quería demostrar la efectividad de los más avanzados métodos terapéuticos, de los que era portadora. No esto quizá, pero sí la alegría de su presencia en la casa, sus afanes y cariño por sus padres, procuraron una benéfica reacción en el ánimo y la salud de Luis Lázaro.

Hasta ahora las reuniones familiares, con alguna frecuencia, se hacían en la casa de Félix, el bromista y festivo farmacólogo. Sofía propuso cambiar esa costumbre en atención al delicado estado de salud de su padre, y desde entonces todos los sábados el hogar del matrimonio Zamenhof en la calle Dzika No. 9, se llenaba del animado barullo que originaba la reunión de toda la parentela.

Pronto llegó la fecha para efectuar el 9º Congreso Universal de Esperanto, esta vez en Berna, Suiza. Comenzó el 24 de agosto de 1913, y terminaría el día 31 del mismo mes.

El maestro gozó de una recepción y atenciones tan cálidas y sinceras como las de las reuniones anteriores. Pero conforme a su declaración en Cracovia, se abstuvo de asumir alguna posición representativa y permaneció confundido entre los mil y tantos participantes, de treinta países, allí reunidos.

No obstante, por aclamación general se le pidió que hablara para toda la concurrencia.

Con gusto aceptó la invitación para decir unas breves palabras:

—...En adelante el Esperanto ya no dependerá de una sola persona, ni de un determinado grupo de personas. Personas podrán venir... y personas podremos irnos. Pero mientras existan en el mundo personas de buena voluntad —y estos los habrá abundantemente— el Esperanto subsistirá para siempre con su indefectible virtud de elemento unificador, en servicio y para bien de toda la humanidad.

Adán, estando en el mismo país, viajó de Lausana a Berna para saludar a su padre y participar en el congreso.

Fue una sorpresa muy agradable para Luis Lázaró, porque además, Adán le enteró de su regreso al hogar, dispuesto para el mes de junio del año siguiente.

Dos meses después del congreso en Berna, nuevamente la salud del maestro decaía notoriamente. Le escribía así a su amigo Cart, el 16 de diciembre de 1913:

... mis fuerzas están en extremo agotadas... con mucha dificultad cumplo mis más elementales deberes...

En esos días, su esposa y Sofía estaban muy atareadas haciendo preparativos en toda la casa para una conmemoración que deseaban resultara muy lucida y grata para el festejado. El día 15 de diciembre de ese año, Luis Lázaró cumpliría 54 años de edad, y el 17 del mismo mes, habrían pasado 35 años de la fecha de la memorable velada con que se celebró la aparición —como obra terminada— de la incipiente Lingvo Universala.

Llegado el momento, en el salón bellamente ornamentado con delicados arreglos florales, se reunió la familia acompañada del numeroso grupo de sus amigos íntimos.

A manera de introducción, el grupo de jóvenes que integraban el coro preparado por Félix y Sofía, rompió a cantar la vieja estrofa que a modo de himno de la Lingvo Universala, se entonó aquella velada del año de 1878:

*Malamikete de las nacjes
Kadó, kadó, jam temp' está!
La tot' homoze in familje
Konunigare so debá!...*

El himno se repitió después en Esperanto:

*Malamikeco de la nacioj,
falu, falu, jam tempo estas!
La tuta homaro en unu familion
unuiĝi devas! ²*

² Odios de las naciones ¡caed, caed, ya tiempo es! ¡Toda la humanidad en una familia unirse debe!

Zamenhof, recostado en su viejo sillón, inmóvil y hondamente conmovido, escuchaba el canto acompañado por Clara en el piano.

La música parecía atraer al salón, y llenarlo todo, aquel lejano pasado del que, hoy, solamente quedaba el recuerdo...

Cuando el canto terminó, el maestro se levantó de su asiento y tuvo la intención de expresar su gratitud a los jóvenes cantantes:

— *¡Queridos amigos míos!...*

Pero le faltó la voz para continuar. Con los ojos húmedos recorrió una a una todas aquellas caras amigas, de semblantes amables, que cariñosamente le sonreían...

Sonó nuevamente un preludeo en el piano y Sofia comenzó a entonar dulcemente el predilecto canto de su padre:

*Ho, mia kor',
ne batu maltrankvile,
el mia brusto nun ne saltu for!
Jam teni min ne povas mi facile,
ho, mia kor'!*

*Ho, mia kor'!
Post longa laborado
ĉu mi ne venkos en decida hor'?
Sufiĉe! trankviliĝu de l' batado,
ho, mia kor'!*

9

En el fin

En el transcurso de la primavera de 1914, Sofia volvió a ausentarse del hogar paterno.

Esta vez viajó a Rusia para homologar, en la Universidad de San Petersburgo, el título profesional obtenido en Suiza.

La pena por la ausencia de los hijos mayores se atenuaba en buena parte por la dulzura y simpatía de Lidya, la hija menor, muy parecida a su madre en estos aspectos.

Luis Lázaró, complacido, veía casi con gratitud cómo, aquella encantadora jovencita de apenas diez años de edad, mostraba tanto interés por los asuntos del Esperanto.

— *Yo traduciré á tú idioma* —le prometía— *todos los libros que hay escritos en polaco. Cuando sea grande, papá, quiero que me permitas ser tu secretaria. ¡Así podremos ir juntos a los congresos!...*

Zamenhof, sonriente, balanceaba la cabeza aprobando la idea.

A propósito de los congresos, el maestro advirtió que no faltaba mucho para realizarse el décimo, que tendría lugar en París. Y él no lograba recuperar su salud... Hacía meses que sin notarlo, igual que antes, en su gabinete nublado por el humo del cigarro, prolongaba sus veladas de trabajo hasta muy entrada la noche; y por esto, mucho trabajo y complacencia le costaban también calmar las protestas de su esposa. ¿Y en el día? Desde temprano una larga fila de pacientes pobres reclamaba su asistencia en el consultorio y la labor terminaba en las últimas horas de la tarde. Nunca se quejó del exceso de trabajo.

— *¡Sal a caminar, mueve los huesos!... ¡respira un poco de aire fresco!* —le repetía Clara a diario, en un tono entre regañina y súplica—.

— *Sí, sí, ya voy...* —murmuraba Zamenhof—, *ya casi termino...*

Celosamente cumplía su deber profesional, aun cuando éste le impedía la completa dedicación a su actividad predilecta.

Miles de personas habían aprendido el idioma y lo aprenderían muchos miles más. Era obligada la producción de material de lectura en la lengua. Su propósito, al cual estaba ahora dedicado, era enriquecer la bibliografía esperantista con la traducción de los clásicos de la literatura mundial. Se hubieran visto colmadas sus ambiciones, si por este medio, ya como actividad profesional, exclusivamente a ella entregado, hubiera podido ganar el pan de su familia.

En 1937 —cincuentenario de la aparición de la *Unua Libro*—, en el boletín del 29º Congreso Universal de Esperanto, celebrado en Varsovia, Adam Zamenhof escribiría:

La idea del homaranismo, mucho ocupó los pensamientos de mi padre, en esa época. Su deseo era fundar un "Centro de Cultura Neutral" donde, bajo la más pura ética humanística, se discutiera sobre toda clase de temas, buscando conclusiones prácticas, surgidas de lo mejor de todas las tendencias... Procurando siempre la superación en el ser humano.

En junio de 1914, los organizadores de la Liga Hebrea se dirigieron a Zamenhof pidiéndole su apoyo a las finalidades de ese movimiento. Su hermano León pertenecía al Grupo Sionista y, por consiguiente, abogaba con empeño para que Luis Lázaro se les uniera y colaborara en esas actividades.

— *¡Quitate esas ideas de la cabeza!* —le replicó Zamenhof de modo concluyente— *Hace 17 años nació el Gran Movimiento Sionista, y desde entonces rehusé adherirme a él. Hoy mi convicción de la bondad del internacionalismo, es más profunda. Soy humanista —en el sentido de miembro de la humanidad— no partidario de tal o cual secta de ninguna índole. Aquí puedes leer* —añadió poniendo en sus manos la copia de una carta— *la respuesta que di a los fundadores de la Liga.*

León desconocía aquella circunstancia y comenzó a leer para enterarse:

... Yo no puedo contraer compromisos de solidaridad con ideales y objetivos pertenecientes a un grupo racial o religioso. Estoy plenamente convencido de que la sobreestimación de todo nacionalismo, con afán preponderante, sólo produce divisiones e infelicidad en la humanidad. Y creo que uno de los objetivos obligados del ser humano es vivir en paz con sus semejantes.

No es noble el exagerado nacionalismo de los pueblos fuertes, y es imprudencia, en las naciones débiles. No se podrán evitar esos errores y sus graves consecuencias, mientras el

hombre no se decida a transponer las barreras de egoísmo disfrazado de celo patriótico. La paz del mundo será, en la medida de la generosa cesión de nuestras particulares predilecciones...

— Soy yo, ahora, quien te invita a considerar estas simples ideas, — concluyó diciendo Luis Lázaro a su joven hermano.

Por fin terminó la larga espera del retorno de Adán al seno de la familia. Este regresó de Lausana en aquellos días.

Pero lamentablemente era portador de noticias muy desagradables que, por otra parte, sería inútil ocultar a sus padres.

— *En todo el mundo se habla de una gran guerra inevitable...* —comenzó diciendo a la familia—.

— *¡Nada de eso sucederá!* —replicó Zamenhof, no queriendo siquiera mencionar la palabra guerra, al interrumpir bruscamente a su hijo—... *las costumbres, los instintos, se han ennoblecido... la animosidad es cada vez más sutil y deseosa de confraternizar, ¡el hombre quiere vivir en paz! ¡No es posible que tal cosa suceda!...*

Ese criterio en él, debía considerarse completamente explicable: Cada vez más inmerso en sus sueños idealistas, y viviendo un mundo en el cual los sueños se habían trocado en bella realidad, para él y para miles de personas; era natural que ahora, aun presintiendo esos conflictos — motivo de sus luchas— no percibiera claramente los densos nubarrones que se acumulaban, ensombreciendo el horizonte de un mundo que no era el suyo... Pero, sí, aquello ciertamente podría ocurrir... allí estaba el reto en toda su tremenda desigualdad. ¡Era preciso continuar la lucha!

— *Tu madre y yo* —añadió para informar a su hijo y desviar el tema de su conversación— *iremos a París para asistir al congreso. Después comenzarás a practicar la profesión junto conmigo. Pronto estarás en aptitud de sustituirme en el consultorio...*

Antes de la fecha de la partida de Zamenhof a París, Adán había presentado los exámenes necesarios, en Kiev, para homologar su título. De esta manera adquiriría el derecho para ejercer la profesión en todo el territorio de la Rusia imperial. Sofía había hecho lo mismo en la Universidad de San Petersburgo, según informaba a sus padres por medio de una carta en la que anunciaba también su pronto regreso al hogar.

Para esos días los rumores del inminente conflicto se habían generalizado.

No obstante los posibles riesgos, Zamenhof se dirigió hacia París; pero solamente pudo llegar a Colonia. Estando de paso en aquella ciudad, estalló la guerra entre Rusia y Alemania. Y como ciudadanos de la nación enemiga, recibieron órdenes de las autoridades, conminándolos a abandonar inmediatamente el país.

El cambio intempestivo de las circunstancias causó en Luis Lázaró un profundo sentimiento de frustración. De un momento a otro comenzaron a recibir el trato hostil al “enemigo”. En grupo, con otros expulsados, se les envió a Suecia —país que permanecía neutral— y de allí emprendieron el largo viaje, lleno de dificultades y sobresaltos, de regreso a Varsovia.

No solamente la fatiga de este viaje empeoró la salud del maestro; más que todo, el terrible golpe moral, que sólo dejaba ruinas de sus sueños, haciendo evidente la inutilidad de sus esfuerzos.

Durante este trágico período sus viejos padecimientos se agravaban paulatinamente.

Otra causa de sus inquietudes era la incertidumbre del destino de Sofía. La familia la esperaba con angustiada impaciencia y los días, transcurrían sin tener siquiera noticias suyas.

Aún le faltaba al maestro la muy grata compañía de su leal amigo Grabowski. Sólo unos días antes de comenzar la guerra, éste había salido, en viaje de descanso para mejorar su salud, a Truskawiec, poblado de la parte de Polonia regida en ese tiempo por el Imperio Austríaco. Al extenderse la guerra a aquella región, le fue imposible regresar a Varsovia.

Zamenhof mantenía una intensa correspondencia con miembros del Movimiento en otros países, el intercambio de ideas, consultas y proyectos por medio de estas relaciones, se vio también interrumpido.

Pero el hecho más doloroso para Luis Lázaró, causado por el tremendo desastre, era la participación forzada de Alejandro, el más joven de sus hermanos, en las milicias del conflicto.

Adán comenzó a reemplazar a su padre en el consultorio desde que, en una noche de noviembre, su madre, muy alarmada, gritándole le despertó para que viniera a su recámara a auxiliar a su padre que sufría un intenso dolor en el pecho. Adán le encontró extremadamente pálido y gimiendo, y comprendió lo que ocurría.

— *¡Es necesario que venga el doctor!...* —dijo Adán— *voy a llamarlo...*

— *No hace falta,* —murmuró trabajosamente Luis Lázaró— *Soy médico, sé lo que es... el ataque pasará pronto. No molesten al doctor a estas horas de la noche, sin verdadera necesidad...*

Pero Adán hizo venir al médico, quien después de administrar al paciente los recursos de emergencia, en vista de la gravedad del caso, dispuso que permaneciera algunos días en la cama, en absoluto reposo.

— *Desde ese día sustituí a mi padre en la atención a los pacientes pobres* —recordaba años después Adán Zamenhof— *muchos de ellos no buscaban solamente curación, sino también consejos. Con alguna dificultad al*

principio, procuré sustraerlo totalmente de su tarea matinal en el consultorio, que era la que exigía mayor esfuerzo. Ahora ocupaba ese tiempo libre de la mañana, para sus trabajos en el Esperanto y solamente aceptaba pacientes, por dos horas, en las tardes... Ya no estaba obligado a permanecer en su escritorio hasta pasada la media noche. A pesar de todo, mi madre casi tenía que encolerizarse para obligarlo a salir a tomar el aire fresco de la calle...

Un día, en el verano de 1915, después de un intenso cañoneo que provocó el pánico general, tumultuosamente y en desesperada maniobra, los ejércitos y el personal de la administración rusa —después de cien años de ocupación del territorio— salieron de Varsovia bajo la incontenible presión de la ofensiva germánica.

Los nuevos invasores pronto demostraron ser más rígidos y absolutistas que los anteriores. Inmediatamente establecieron un severo régimen militar. Sus disposiciones económicas hicieron sufrir de hambre al pueblo y éste comenzó a manifestarles su antipatía y descontento; aun cuando muchos polacos esperaban lograr la independencia del país, gracias a la derrota del Zar de Rusia por los alemanes. Pero por el momento, todo el Reino Polaco estaba invadido y subyugado por los ejércitos de Austria y Alemania. Numerosos grupos de trabajadores eran, forzosamente, enviados a dar servicio en los países de la Europa central ya conquistados. La administración despojaba impunemente a los ciudadanos, y las relaciones políticas seguían un curso cada vez más tenso y ominoso.

Penosamente el pueblo polaco soportaba las imposiciones despóticas y arbitrarias de los nuevos invasores.

Cuando el frente de batalla se desplazó, alejándose de Varsovia, la familia Zamenhof, conservando la clínica en el mismo lugar de la calle Dzika, cambió su residencia al número 41 de la calle Królewska, precisamente frente al jardín sajón, muy próximo al Parque de los Viveros. El aire fresco y puro que allí se respiraba, resultaba ideal para el restablecimiento de la salud de Zamenhof.

El sitio ofrecía excelentes condiciones para trabajar con tranquilidad — escribía Adán en sus memorias—, tanto más, que mi padre podía desentenderse, casi completamente, del ejercicio-profesional. Muy pocos pacientes quedaban a su cuidado y así, la mayor parte del tiempo se le veía feliz, dedicado al trabajo de su querida idea...

Inmediatamente después de la entrada de los alemanes en el país, regresó Grabowski a Varsovia. Pero encontró su casa vacía: su familia había, emigrado a Rusia al mismo tiempo que se retiraban los derrotados ejércitos del Zar. Sin decidirse a abandonarla él también, en la soledad de su casa comenzó a escribir la obra más notable de toda su vida.

— *No puedes imaginar, querido maestro* —le decía a Zamenhof en tono de confidencia, como para dar mayor énfasis al asunto—, *la enorme empresa en que estoy comprometido...*

— *Explicáte mejor, dilo de una vez.* —pedía Zamenhof, picado por la curiosidad.

*Litvo! Patrujo mia! simila al sano;
Vian grandan valoron ekkonas litvano
Vin perdinte. Belecon vian mi admiras,
Vidas ĝin kaj priskribas, ĉar hejmen sopiras.*

(¡Litva!³ ¡Patria mía! como la salud;
de tu gran valor se da cuenta el oriundo
cuando te pierde. Tu belleza admiro,
la veo y la describo, porque al hogar suspiro.)

— *¡Espléndido!* —festejó Zamenhof emocionado— *Adán Mickiewicz, se sentiría dichoso si te oyera...*

La estrofa declamada era apenas la introducción de la novela histórica, basada en los hechos sangrientos del período de 1811 a 1812, que el glorioso poeta tituló *El Último Despojo Armado en Lituania* o *El Señor Tadeo*, (Pan Tadeusz) como es más generalmente conocida. No exageraba Grabowski al considerar ‘enorme empresa’ la traducción de la obra, pues ella consta de doce libros, todos en verso.

Pero si enorme era la empresa, su apasionado entusiasmo no lo era menos, y “La Lira del Esperanto”—como ya se le calificaba— vivía solamente para su obra: recitaba las bellas estrofas en polaco y en otras de las lenguas que conocía, y, a modo de corolario, en su traducción al Esperanto. Como era su costumbre, esto lo hacía sin prestar la menor importancia al auditorio, ni al lugar donde se encontrara. Naturalmente, mayor énfasis ponía en la declamación delante del maestro, a cuya opinión sometía uno por uno los versos traducidos.

Esto alentaba mucho el ánimo de mi padre —recordaba Adán Zamenhof— *las estrofas del poema vibran armoniosamente en el bello timbre del idioma, porque en labios de Grabowski el Esperanto fluía cálido, con graciosa y vivida presteza...*

Grabowski continuaba siendo el más asiduo visitante del hogar de Zamenhof. Pero también Brzostowski, Bujwid, Belmont, Eduardo Wiesenfeld —esperantista alemán—, el oficial de navío von Neubarth y otros amigos, se reunían allí con relativa frecuencia.

Brzostowski de mucho tiempo atrás soñaba con establecer un museo esperantista en Varsovia, y tomaba la resolución de hacerlo cuando la guerra terminara. Bujwid le prometía su ayuda en esa tarea Belmont leía para los contertulios los fogosos y vibrantes discursos que preparaba para las eventuales polémicas o celebraciones; Wiesenfeld discutía por horas acerca de los problemas lingüísticos relativos al idioma. Von Neubarth los

³ Territorio “Gran Ducado de Lituania”

atemorizaba a todos con sibilinos pronósticos de expansión de la guerra, lo que la haría más trágica y prolongada.

Las tertulias contribuían a disipar de la mente los problemas íntimos del maestro, al grado de hacerle sentirse optimista por momentos:

— *Tengo la plena certeza* —objetaba al fatalista von Neubarth— *que esta desgracia pasará pronto, y la terrible experiencia sufrida fortalecerá los deseos de hermandad y colaboración de los pueblos... ¡debemos alentar esta esperanza!*

Y surgía de allí el deseo de convocar a los humanistas adeptos del Movimiento, a un congreso en particular... Pero lamentablemente esto era imposible, tal vez inútil, en las presentes circunstancias.

Una tarde Zamenhof departía animadamente en su casa con los amigos de costumbre, cuando intempestivamente se abrió la puerta apareciendo en ella Grabowski, un tanto desaliñado, con el pelo en desorden caído sobre la frente, y gritándoles desde el umbral, sin saludar a nadie:

— *¡Hombres!... ¡Escuchad!*: —Y comenzó a declamar el fragmento de El Señor Tadeo en que la escena relata la cacería del oso. Al terminar, los amigos dieron su asentimiento y felicitación tributándole sonoros aplausos.

Pero Belmont, con rígido juicio poético, censuró uno de los versos:

— *...Esa frase* —concluyó— *carece completamente de sentido...*

Grabowski enrojeció de furia, arrojó al suelo el sombrero y el bastón, y azotando la puerta a su salida, se fue, más rápido de como había llegado.

Hubo un largo momento de expectación y de silencio. Todos estaban confusos y apenados.

— *Temo haberle ofendido...* —balbuceó Belmont apesadumbrado y tratando de explicarse— *No tuve la menor intención de hacerlo... ¡Nunca hubiera deseado perder a tan querido amigo!* Los otros decían comprenderlo todo. Luego rectificaban diciendo no comprender nada.

Y después, pasada más o menos media hora, Grabowski entró de nuevo, radiante y feliz.

Agitando la mano mostraba la cuartilla con la estrofa corregida:

— *¡El hombre es tonto!* —sentenciaba— *El ve que se ha equivocado, pero desea que los demás no descubran el error... ¡Escuchen-ahora!*

El verso criticado resultaba ahora magistral, y Belmont y los demás amigos lo aprobaron por aclamación, y festejaron con bromas la perplejidad que provocó en todos el chusco incidente.

En algunos aspectos Luis Lázaro era muy parecido a su padre, principalmente en el que correspondía a la sistemática manera de desempeñar su trabajo. Escribía Adán:

...la labor para ejecutarse en un día, estaba siempre prefijada y debía ser total y puntualmente cumplida: tantas páginas por día, tantas al mes, de producción traducida. Siempre me causó admiración aquella estricta puntualidad con la que el trabajo quedaba terminado, justamente en la fecha anotada en el calendario. Si, por ejemplo, tres días estaban destinados para disfrutar en vacaciones, o como simple descanso, después de la traducción de 'La Biblia'; al cuarto día estaba sobre su escritorio el volumen de 'Los Cuentos de Andersen' dispuesto para ser traducido. Pero a últimas fechas su afección cardíaca le obligaba a alterar su habitual ritmo de trabajo. Algunas veces se veía precisado a no abandonar el lecho por algunos días. Pero aun así, no podía dejar pasar el tiempo ociosamente: escribía cartas, consultaba libros, hacía notas... Si se entraba a su recámara para saber cómo estaba, o si algo requería, -pues el nunca pedía nada- casi siempre se le encontraba con el lápiz y papeles en la mano.

— Siempre se deben anotar las buenas ideas que le vienen a uno a la cabeza —recomendaba—, de otro modo se corre el riesgo de olvidarlas.

En el otoño de 1915, Zamenhof escribió uno de los mejores artículos con los que, de algún modo, quería opinar y presentar sus razonamientos pacifistas, buscando ser escuchado por algunas autoridades estatales. El artículo se tituló: "En la posguerra", y fue publicado en las gacetas *Esperanto* de Ginebra, y *The British Esperantist*.

Consistía en una especie de 'carta abierta', dirigida a los Cuerpos Diplomáticos. Se envió primero a la Suiza neutral, y por medio de ésta, a la Gran Bretaña después. Los fragmentos más importantes del escrito decían así:

La terrible tragedia de la guerra ha invadido casi la totalidad de Europa. Cuando termine la carnicería de este recíproco genocidio que a tal extremo deshonra al mundo civilizado, se congregarán los cuerpos diplomáticos para afrontar la difícil tarea de reorganizar las relaciones de los pueblos. A vosotros, los futuros organizadores, es a quien me permito dirigir estas palabras: Habrá de limitarse la responsabilidad de esa grave tarea, a reparar, remendando, la carta geográfica de Europa? Habrá de decidirse simplemente, que el territorio A, pertenezca al pueblo X; y el territorio B, a la raza Z? Cuárdense los organizadores de que la esencia de su gestión se concrete solamente a la fijación de nuevos límites territoriales! Semejante trabajo carecería en absoluto de valor. Y la sangre vertida resultaría una ofrenda inútil. La justicia, favorable así a unos, sería injusticia para los demás... Sobre cada pedazo de tierra en disputa trabajaron y lucharon y aún vertieron su sangre, no sólo un pueblo, sino hombres de otros pueblos. Una decisión que disponga que esta o aquella tierra deba pertenecer a esta o aquella raza o gente, además de ser una decisión injusta, será también impedimento para eliminar la causa de futuras pugnas sangrientas.

Será sofisma la libertad que se ofrezca a uno u otro pueblo, si esa 'libertad' confiere preponderancia de unos para con otros, a quienes se desconozca o niegue el derecho natural a la misma patria en que nacieron, y en la que juntos trabajaron y sufrieron... Nada justo y efectivo habrá de conseguirse al modificar los límites de las fronteras y mantener estados de privilegio. La causa del odio y las disputas permanecerá latente.

Una resolución justa y efectiva sería proclamar, como plenamente garantizada decisión de todos los reinos, este principio:

Todo país, moral y materialmente, es pertenencia de todos los hombres que lo habitan, y así lo disfrutarán, en absoluta igualdad de derechos y deberes.

Es fácil la convivencia pacífica y aun fraternal, entre hombres libres y en igualdad de derechos. Pero esto es imposible de lograr, cuando en la sociedad existen injustas diferencias que lesionan el derecho propio de la dignidad humana...

Concretando: Las ideas propuestas en los siguientes puntos, podrían servir de norma a la nueva legislación de la posguerra:

1. Todo reino pertenece por igual a sus naturales o naturalizados habitantes. Ningún grupo o raza en particular podrá tener mayores o menores derechos y deberes, sino los que son comunes para toda la sociedad.
2. Todo súbdito o ciudadano tiene plena libertad de utilizar el idioma que le convenga, y de confesar y profesar el credo religioso que sea de su preferencia...
3. La injusticia o transgresión cometida por las autoridades representantes de cualquier reino, deberá ser consignada en su responsabilidad, ante un Tribunal Permanente, erigido para tal efecto, con el concursó y la aceptación, de todos los reinos de Europa...
4. Los reinos y las provincias, sería conveniente designarlos con nombres... pura y neutralmente geográficos (como es el caso de Suiza. o Bélgica, cuyos nombres resultan indiscriminatorios para flamencos y valones, y para réticos y románicos), aceptados en común acuerdo por los reinos europeos.

Señores Diplomáticos! Europa espera de-vosotros la paz estable y congruente con un mundo de hombres civilizados. Y recordad que el único recurso válido para establecer esa paz, es desterrar de una vez para siempre la causa principal' de las guerras, el bárbaro atavismo de los tiempos antiguos: el ciego afán de predominio de unos hombres sobre los otros...

Durante los primeros meses, hasta muy avanzado el año de 1916, el estado de salud de Luis Lázaro empeoraba.

La guerra parecía interminable, pues en vez de disminuir la intensidad de la tremenda hoguera, con el tiempo nuevos pueblos se veían arrastrados al conflicto.

La falta, de noticias sobre el destino de su hija y de su hermano Alejandro... Y sus sueños, que ahora querían parecer un burdo engaño al que había dedicado su vida... destrozaban al hombre que imaginó el mundo mil veces mejor de lo que realmente es.

Escribía León Zamenhof:

Los ataques de la angina de pecho, se repetían con frecuencia impidiéndole atender a sus pocos pacientes y aun obligándolo a suspender por completo su labor esperantista. La afección le ahuyentaba el sueño por las noches, y la inactividad forzada le provocaba extrema excitación nerviosa.

Y complementaba Adán:

Fumaba mucho, en exceso, y el médico se lo prohibía terminantemente, confiando en que, al abstenerse, su corazón tuviera mejoría. Obedecía por poco tiempo las indicaciones, pues para trabajar, el cigarro le era indispensable y sufría mucho cuando este le faltaba...

Hacia fines del año, en octubre, comenzó a sentirse mejor. Los ataques se hicieron más aislados y menos dolorosos. Reconfortado con la idea de un pronto alivio, comenzó a hacer grandes planes para el progreso de sus ideas, proponiéndose realizarlos al término de la guerra. Presentía también como inminente el regreso de Sofía y de su hermano Alejandro.

A Edmond Privat, que —venido de París en viaje a Rusia— le visitó a fines del año, le anunció la creación de un vasto diccionario de la lengua.

— *¡Es una empresa gigantesca, sin duda!... Querido maestro, ¿cree usted haber recuperado sus energías para llevarla a cabo?*

— *¡Sí, por supuesto! ¡He comenzado a tener correspondencia sobre este asunto, con Marie Hankel, de Dresden!*

Privat sentía entrañable afecto por el maestro, y no tuvo valor de persuadirle para desistir de su propósito o, al menos, para sugerirle el posponerlo para después de su completo alivio.

— *Haré lo posible —le dijo— para que el próximo congreso —si el tiempo, lo permite— se efectúe en Varsovia. Esto le evitará los riesgos y la fatiga de un largo viaje.*

— *¡Gracias! ¡Acaso para entonces tengamos la suerte de celebrarlo ya en una Polonia libre!*

— *¡Todo será perfecto!* —auguraba entusiasmado Privat, con el brío propio de sus 27 años—. *¡Sólo deseo que usted viva al menos un siglo más para*

nosotros!... ¡Usted está destinado a producir el necesario cambio de la época!

— *¡Querido amigo! Sobreestimas mis posibilidades y mis fuerzas. Si alguna cosa he hecho en este sentido es... ¿cómo decirlo? Es algo así, parecido al papel del cerrajero: he forjado la llave para abrir el mundo. ¡Tómenla ustedes, los jóvenes, en sus manos y abran todas las puertas que aprisionan a nuestra vieja y atormentada humanidad... las puertas del corazón del hombre! ¡De esta manera, a vosotros se deberá el cambio de la época!...*

Pocas semanas después, en febrero de 1917, llegó al hogar de Zamenhof una noticia que resultaría fatal para tantos entusiastas proyectos, y para la misma vida del maestro.

Alejandro, que prestaba sus servicios como médico auxiliar en el ejército ruso, había muerto el 27 de julio del año anterior. El informe llegaba hasta ahora, a través de Copenhague.

Alejandro era el más joven, y para Luis Lázaró el más querido, de todos sus hermanos... El terrible golpe moral no podía ser más definitivo para perder la esperanza en la recuperación de la salud del maestro.

...Los ataques al corazón reaparecieron con mayor intensidad —recordaba León— minando cada vez más su resistencia. Kunig, su médico amigo, le prohibió terminantemente el uso del tabaco y el desempeño de la mínima actividad. No debía, siquiera, pensar fijamente en ninguno de sus múltiples problemas...

Postrado en el lecho, los días pasaban pareciendo interminables. No se quejaba nunca de sus dolencias, pero sí lamentaba a cada momento el ignorar la suerte de su hija.

Le parecía que entraba a saludarlo... trataba de escuchar si ya había llegado y podría oír su voz en otras habitaciones o tal vez llamaran a la puerta, y fuera ella la que iba a entrar...

Durante horas comentaba con su esposa, imaginando tantas cosas que podían haber ocurrido.

— *¡Hoy soñé con ella!* —muy seguido repetía— *¡Tal vez pueda burlar la vigilancia y llegar hasta nosotros!... ¡Es tan lista y emprendedora! Pero, ¿quién sabe? Quién sabe si en algún lugar... lo mismo que Alejandro...*

Cuando estalló la revolución en Rusia, Zamenhof ya no pudo tener sino los más funestos presagios sobre el destino de Sofía.

¡La revolución! ¡La caída de la tiranía! ¡Los grandes acontecimientos!... ¡Quizá la libertad de Polonia!...

Pero el maestro no podía compartir el regocijo de muchos ante aquella feliz eventualidad, a causa de su enfermedad y sus terribles desgracias.

Llegó el mes de abril y súbitamente Luis Lázaro experimentó una notable mejoría. El oficial de navío von Neubarth comentaba después, que cuando visitó al maestro, en esos días, le había hallado de muy buen humor y su voz era normal, sin la molesta ronquera que sufriera en los meses anteriores. Habían intercambiado bromas y no pocas hilarantes anécdotas.

El 14 de abril, pasado el medio día, vino a visitarle su amigo, el doctor Kunig. Zamenhof tenía buen aspecto y se sentía optimista. Después de la acostumbrada auscultación, el médico declaró satisfecho que la función cardíaca tendía a normalizarse felizmente.

— *¡Así debe ser! ¡Aun tengo que saludar a Sofía!...*

Charlaron por breves momentos y el Doctor se despidió para no fatigar al enfermo. Luis Lázaro pidió a su amigo que le permitiera descansar en el diván, la cama era ya insoportable tortura.

Clara acompañó al Doctor hasta la puerta; enseguida fue en busca de unas mantas y cojines para instalar cómodamente en el diván a su esposo, y se dirigió a la habitación del paciente. Algo le dijo, pero... no obtuvo respuesta.

Ese día, la misión de Luis Lázaro, en este mundo, había concluido.

Bibliografía

Bibliografía consultada originalmente por la autora:

Balaban, M. *Historia y literatura*

Descartes, René. *Oeuvres Completes*.

E. Privat. *Historio de la lingvo Esperanto*

Fisher, Andreo. *Historieto de Esperanto*.

Fourier, Charles. *Theorie de l'unité universelle*.

Kongresa gazeto "La Jubilea" (Varsovia, 1937)

La Sankta Biblio.

Oberrotman, Adolfo y Teo Jung. *La lastaj tagoj de D-ro Zamenhof*.

Schneeberger, F. *Detala raporto pri la unua universala kongreso de Esperanto*.

Zamenhof, L.L. *Leteroj*

Zamenhof, L.L. *Paroladoj de Zamenhof*.

Zamenhof, L.L. *Pri la deveno de Esperanto (originala verkaro de L.L.Zamenhof)*.

Fuentes adicionales consultadas para la presente edición:

Boulton, Marjorie. *Zamenhof, Aŭtoro de Esperanto*.

Lapenna, Ivo. *Esperanto en Perspektivo*

Pechan, Alfonso. *Gvidlibro por Supera Ekzameno*.

Privat, Edmond. *Vivo de Zamenhof*.

Vikipedio (Wikipedia en Esperanto) y otras fuentes de Internet.

Índice

1	En la calle Zielona	1
2	Nuevo Latín	13
3	¿Cuál es el camino ?	30
4	La obra destruida	35
5	El Doctor Esperanto	48
6	Tiempos aciagos	59
7	El triunfo	75
8	Gloria	85
9	En el fin	119
	Bibliografía	132
	Índice	133